LA PÉRDIDA DE LA BELLEZA

Zarzo Escribano

LA PÉRDIDA DE LA BELLEZA

Zarzo Escribano

LA PÉRDIDA DE LA BELLEZA

Zarzo Escribano



La pérdida de la belleza

A mi familia: la de sangre, la de la calle y la de internet.

En una de ellas estás tú.

ÍNDICE

La belleza es el esplendor de la verdad.

Platón.

El puente

El coche derrapó en medio del puente y se quedó allí parado, bloqueando el tráfico en los dos carriles dirección al centro comercial. El conductor se bajó a toda prisa y se acercó a las barreras de protección que impedían que los viandantes se precipiten al vacío. El puente estaba iluminado de color verde, un color que, en teoría, no invitaba a la muerte. Pero aquella noche todo era distinto.

—¡Alto, no se mueva!

El hombre no hizo caso de la advertencia, y el agente que lo perseguía sacó su pistola táser, pero no le dio tiempo a lanzar los cables de descarga antes de que el conductor se situara al otro lado de las barreras de protección. El hecho de que no se tirara tranquilizó, si es que eso era posible, al policía, pero no a los transeúntes que en ese momento paseaban, tranquilos, por el puente. Varios gritos, y una madre tapando los ojos a su hijo así lo atestiguaban.

—Por Dios, estese usted quieto, ¿qué va a hacer?

Otra policía también se bajó del coche y se acercó al supuesto suicida. Los dos compañeros, de la local de Marbella, habían perseguido al sujeto desde que, minutos antes, se había saltado un semáforo a más de ochenta por hora en un tramo de la calzada urbana donde solo se podía ir a cincuenta.

—Tengo que tirarme —dijo el conductor.

—No tiene por qué, déjanos ayudarte —pidió la policía.

La madre que tapaba los ojos a su hijo se retiró varios metros hacia atrás, como si tuvieran miedo de caer al vacío. El puente, no demasiado alto, se ubicaba sobre la autovía A-380 con su incesante discurrir de coches, camiones y motos. La muerte por la caída al vacío no era segura, aunque podría provocar un grave accidente y llevarse por delante otras vidas que no tenían culpa de nada.

—Tengo que tirarme, se lo digo.

—Haga usted el favor de venir aquí y nos lo cuenta todo —exigió el policía Ramón Torres, veterano del cuerpo municipal y que, a escasos meses de su jubilación, no tenía ganas de cargar con un muerto a cuestas.

—He hecho cosas muy malas con niños.

Los dos policías se miraron, incrédulos. Un par de curiosos, que habían sustituido a la madre y el hijo en primera línea del suceso, abrieron la boca y los ojos como si se los fueran a extirpar.

—¿Qué dices? —preguntó la policía Marina Caracuel, que en ese momento creyó reconocer al hombre.

—Cosas que no deben hacerse a los niños. A mi hijo incluso.

—Por favor, pase por encima de la valla y venga aquí.

—No puedo, tengo que saltar.

—Pero deja de hacer el tonto, que a lo mejor no te matas tú y te cargas a alguno de los coches que pasan por debajo… — Ramón había empezado a perder la paciencia. Quizá por todo lo vivido en sus casi cuarenta años de municipal no daba mucho crédito a las palabras de ese pobre desgraciado.

—Voy a tirarme.

—Escucha, por favor —medió la policía, que ya había reconocido al hombre sin lugar a dudas: lo había visto ese mismo día—. Tenemos que hablar de esos niños, sus padres se lo merecen. Nos tienes que contar todo.

—El maletero del coche —dijo.

Marina y Ramón, al unísono, hicieron el típico gesto de tragar saliva.

—¿Qué hay en el maletero? —preguntó ella.

—Ábranlo y me creerán —pidió el hombre.

El agente Ramón se acercó al coche.

—Si mi compañero abre el maletero, ¿me prometes que no saltarás?— No obtuvo respuesta; el tipo había empezado a temblar y eso complicaba su estabilidad sobre el borde del puente—. ¡Tienes que prometerme que no saltarás!

Marina se acercó hasta él, faltaba apenas un palmo para que pudiera asirlo de su muñeca y evitar la caída a la carretera. Su compañero tenía razón, no corría peligro solo su vida, sino la de los

conductores que, ajenos a aquel esperpento, conducían bajo el puente.

Ramón movió la cabeza en señal de afirmación. El veterano puso su mano sobre la palanca que debería abrir el portón trasero del flamante Range Rover que conducía el hombre. Si de verdad allí dentro había algo relacionado con un menor, le habría jodido su jubilación. El policía subió el portón y lo que sucedió no lo iba a olvidar con fácilidad. Lo recordaría cada vez que tuviera que meter en el maletero de su coche las mochilas del colegio de sus nietos.

Las máquinas

Una semana antes.

Un rugido mecánico los despertó. Mario subió la persiana, cabreado, no eran ni las siete de la mañana y una fila de camiones desfilaba rumbo al cerro situado detrás de su casa.

—¿Qué narices es eso? —preguntó Irene.

—Pues camiones y grúas y más camiones.

Irene se desperezó entre protestas.

—Las obras de la nueva urbanización.

—Supongo, pero mira que madrugan. Como esto sea así todos los días, nos toca comprar tapones.

—No seas protestón, anoche te quedaste hasta muy tarde.

—¿Tarde? Si me acosté poco después que el niño.

—Es que las once para Pablo es muy tarde.

—Te voy a dar yo a ti tarde…

Mario se abalanzó sobre Irene e intentó besarla, pero ella le hizo una cobra que ni David Bisbal a Chenoa.

—Quita, que te huele el aliento.

—Mira que eres desagradable, antes no te importaba mi halitosis matutina.

—Me molesta más tu pedantería matutina. Halitosis dice…

Mario se tuvo que conformar con un muerdo en la nalga de su mujer, ya que ella salió escopetada hacia el baño entre protestas de que el niño se iba a despertar antes de lo habitual.

La noche anterior, domingo, Pablo y Mario se quedaron viendo El señor de los anillos hasta casi las once de la noche. En la casa de los Gálvez-Lima, los domingos por la tarde estaban dedicados a jornadas maratonianas del séptimo arte. Unos domingos tocaba Star Wars, otros, Indiana Jones, otros, Disney-Pixar… El padre quería inculcar al

hijo su pasión por el celuloide, y, a falta de que pasaran los años para incluir el visionado de El padrino o Vértigo, se conformaba y divertía con clásicos tolerables para menores de doce años.

—Y no me gusta nada que vea tanta violencia —protestó Irene antes de cerrar la puerta del baño.

—Si solo son orcos… —replicó Mario.

Irene dijo algo acerca del exceso de sangre desde el otro lado de la puerta del cuarto de baño, pero, aunque tuviera parte de razón, Mario prefirió ignorarlo. Había retornado a su puesto de vigía en la ventana. Y la fila de camiones había sido sustituida por un par de convoyes de esos que llevan luces señalizadoras a los lados para indicar que son más anchos de lo normal. Transportaban sendas excavadoras que podrían confundirse con algún tipo de monstruo medieval digno de las novelas de Tolkien.

—Joder con el nuevo plan de urbanismo —masculló el abogado entre dientes.

Porque Mario era abogado. Era más que eso: era El abogado.

Al menos el abogado del momento en la Costa del Sol. Su mujer se lo recordó nada más salir del baño.

—Bueno, ¿qué? ¿Listo para recibir los honores?

Mario se abalanzó de nuevo sobre su mujer y la tiró sobre la cama.

—A mí el único honor que me hace falta es el tuyo.

La mordió en el cuello y ella, a pesar de sentir la tentación de ceder (el abogado conocía todos sus puntos débiles), se zafó por segunda vez del acoso y derribo del marido.

—No es no, letrado, y déjame que vas a despertar al niño.

—El niño ya está despierto —Pablo, con los brazos en jarra, protestó desde la puerta— Mira que hacéis ruido.

El hijo de la pareja se encaramó a la cama matrimonial y se tiró encima de su madre, que sí le recibió con los brazos abiertos. El padre, pese, o debido, al agravio comparativo, se tumbó sobre la espalda del hijo con la intención de achuchar a la madre. Por fastidiarla un poco.

Las protestas de esta no sirvieron para nada y pasados unos minutos fue liberada a petición de Pablo que también sufría los envites de los setenta y siete kilos del padre.

Poco a poco la familia se levantó de la cama y el niño se asomó a la ventana. Asombrado por el tamaño del segundo convoy, preguntó a sus progenitores.

—Eso creo que es una grúa —dijo Irene.

—Madre mía, van a construir un rascacielos o algo —protestó el padre.

—Sería guay un rascacielos tan cerca de casa —dijo Pablo.

—No, hijo, no sería nada guay. Ten en cuenta que van a arrasar con parte de la montaña de aquí atrás —replicó Mario.

—¿En serio?

El gesto del padre lo dijo todo. El niño pareció arrepentirse de sus palabras, aunque en el fondo le fascinaban los rascacielos y el año anterior cumplió su sueño de visitar Nueva York, no le hacía tanta gracia que tuvieran que talar árboles para construirlo.

—Vamos a desayunar, que ya que estamos despiertos tan pronto aprovechamos y comemos tranquilos —pidió Mario.

—Deja, voy yo. Prepárate el traje de los días especiales —replicó Irene.

—¿Es tu cumpleaños? —preguntó, inocente, Pablo.

—Pero ¿cómo va a ser mi cumpleaños hoy si lo celebramos el mes pasado?

—Es verdad, te regalé mi canción.

—El mejor regalo de todos.

La canción era una versión del *Here comes the sun,* de George Harrison y los Beatles. El niño había españolizado la letra y dado un toque distinto a la melodía.

—Aquí viene el sol, aquí viene… —Mario tarareó y el niño le acompañó.

—…a la costa, a la costa, siempre…

El padre, henchido de orgullo y amor, lo agarró entre sus brazos y levantó a pulso sus poco más de veinte kilos. Lo tiró sobre la cama y le mordió las costillas para provocar las carcajadas de su hijo.

Esa risa que tanto lo calmaba y tan contento le ponía. Mucho más que las palmadas en la espalda y las palabras vacías que horas más tarde recibiría en el bufete. Una risa que, en ese momento, él no sospechaba que pudiera ser una de las últimas veces que la escuchase.

Marina (y Ramón)

Marina escuchó el pitido del móvil que la despertó a las doce en punto del mediodía. El mes de junio había entrado más caluroso de lo habitual, por lo que el sudor impregnaba su cuerpo y parte de las sábanas. No silenció el teléfono, ni se hizo la remolona en la cama. Meses atrás, había tomado la determinación de no silenciar nunca jamás el despertador y levantarse al primer pitido.

¿La razón?

Se había informado —quizá en exceso— sobre los mejores hábitos de sueño. Y una mujer que trabaja a turnos debía de cuidar mucho su descanso. Tanto, que estaba obsesionada con ello. Su jornada laboral como Policía Local de Marbella cambiaba cada tres o cuatro días. Procuraba que le tocara siempre de tarde y de noche. También de fin de semana. Marina estaba soltera, sin compromiso y sin descendencia. Otros compañeros en el cuerpo con familia preferían los turnos matutinos y con libranzas los sábados y domingos. Además, el viernes y sábado noche eran momentos movidos: ya se sabe lo que trae el ocio nocturno mezclado con alcohol y sustancias. Ella no lo rehuía, le iba la marcha.

Acostumbrar al organismo al mismo horario de sueño es lo ideal, pero, dada la naturaleza de su trabajo, la cosa se complicaba; si tenía turno de tarde, retrasaba la hora de irse a la cama para hacerla coincidir con la hora a la que se acostaba en sus jornadas nocturnas (al menos acercarse). Al contrario que para el resto de los mortales, el despertador era su amigo. Y a fuerza de trabajar ese hábito de no holgazanear en la cama, había construido un descanso bastante aceptable que, junto a una rutina de ejercicio físico moderado y una alimentación saludable, la tenían en plenitud de forma. Ella siempre afirmaba, orgullosa, que estaba mejor a los treinta y tres que con veintitrés.

Esa semana tenía turno de tarde, por lo que contaba con algo más de dos horas y media para salir a correr, hacer su tabla de ejercicios, ducharse, comer y estudiar. Un poco apretado, pero podía con ello. Y si no tenía tiempo de estudiar, lo haría a la noche después de un buen vaso de té frío o de una coca-cola zero.

¿Por qué estudiaba?

Porque Marina aspiraba a no quedarse en agente. Se arrepintió de no terminar Magisterio; se arrepintió de hacer mucho el loco en la

primera mitad de sus años veinte, pero desde que ingresó en la policía municipal, tres años atrás, se había marcado el objetivo de llegar a inspectora. Y lo haría despacio, pasito a pasito. Primero debía promocionar a oficial. Y el tutor que llevaba su formación estaba seguro de que lo haría. Casi un noventa y cinco por cien de acierto continuado durante tres meses en todos los tests la avalaban. Ella quería llegar al noventa y nueve para curarse en salud y garantizarse el ascenso. Las pruebas físicas las tenía más que superadas, al igual que la prueba de idiomas, ya que su nivel de inglés era un C1 y, además, se defendía con el francés. De hecho, la especialidad que habría elegido si llegase a ser profesora hubiera sido la de maestra de la lengua de Shakespeare.

La única duda que albergaba acerca de su futura promoción era la entrevista personal. Meses atrás tuvo un altercado con un compañero, mejor dicho, un superior, porque un oficial es superior a un agente, aunque no exista mucha diferencia. El oficial Néstor Amigo, gran amigo —valga la redundancia— del Mayor de la Policía Local de Marbella, no hablaba bien de Marina Caracuel a sus espaldas. Y esto había llegado a oídos de la agente.

Ella quería poner a Néstor en su sitio, pero no encontraba el momento de hacerlo. Fue su binomio en el primer año de ella en el cuerpo y, hasta el incidente que lo cambió todo, lo trataba como si fuese un hermano mayor, un guía de la vida, un amigo de los de verdad. Desde aquel fatídico día, la cosa se fue enturbiando hasta el límite en el que llegaron a las manos y otro compañero tuvo que mediar para que no los expedientaran a los dos.

Si Néstor había sido su hermano mayor en el cuerpo, Ramón, el compañero que medió en la disputa, se había convertido en el padre de Marina en la local de Marbella. Ramón Torres, sesenta y cuatro años, oficial desde hacía más de veinte y con el culo *pelao* de patrullas por las calles marbellíes. Un tipo pequeño, entrado en carnes y en canas. El típico hombre al que le podrías vestir de rojo y barba blanca, y se convertía en Papá Noel.

Llevaban dos años de compañeros y, aunque a veces cambiaban, de los más de doscientos días laborables al año, pasaban juntos más de ciento cincuenta. Ramón tenía muchas manías, y una de ellas era la de llevar un calendario marcado, el cual tachaba como si de un presidiario se tratase. Además de tacharlo, apuntaba el compañero con el que había hecho la ronda. Mejor dicho, solo lo escribía cuando no le tocaba con Marina. Ramón tenía familia, con sus hijos ya fuera de casa, y un par de nietos. Su mujer trabajaba en el Casino, por lo que

también prefería los turnos de tarde y noche. Después de dos años de binomio, maestro y alumna se entendían a la perfección; tanto que apenas se hacían preguntas el uno al otro: bastaba con un gesto, una mirada o, en el caso de Ramón, un quejido para entenderse.

El día que les tocara lidiar con el suicida, les haría falta mucho más. Porque, a pesar de haber vivido situaciones complejas: amenazas con navaja, incluso con pistolas; accidentes de tráfico con personas al borde de la muerte; asistencia a indigentes al borde de la inanición; etc., aquella situación los superará con creces.

Nadie está preparado para ayudar o dejar de ayudar a un tipo que asegura haber hecho quién sabe qué barbaridades a niños, quizá a su propio hijo, y que amenaza con tirarse de un puente.

El bufete

A Mario Gálvez le habían tendido un puente de oro en el despacho de abogados para el que trabajaba. A sus treinta y ocho años era el niño bonito del bufete. Lo curioso del caso es que no había entrado por enchufe, sino que se ganó el puesto en Villegas y Familia después de una sobresaliente pasantía.

El bufete Villegas y Familia, especializado en grandes fortunas, era uno de los despachos jurídicos con más solera de la Costa del Sol. Sus letrados representaban y defendían los intereses de varios magnates afincados a orillas del mediterráneo andaluz, y los sacaban de no pocos apuros legales.

Siempre conforme a la ley y sin subterfugios.

Ese era uno de los lemas que su fundador, Antonio Villegas España, promovía como símbolo de orgullo de su empresa. Tenían que hacer mucho hincapié en la legalidad de sus procedimientos, ya que no en pocas ocasiones sus clientes eran blanco de las sospechas, no solo de la Agencia Tributaria, sino también de la Policía o la Guardia Civil.

Sin embargo, en más de cincuenta años de carrera, el bufete no había recibido ninguna reprimenda, ni los habían investigado por proteger a clientes, llamémosles, opacos. La cercanía con Gibraltar y el pequeño paraíso fiscal que alberga, era otro de los alicientes que situaban a Villegas y Familia como el bufete ideal para los clientes con mucho dinero.

¿Por qué no habían sido nunca investigados ni sospechosos de irregularidades?

Porque el mismísimo Antonio Villegas España revisaba todos y cada uno de los clientes que el bufete representaba. Él mismo, a sus setenta y siete años, supervisaba la auditoría que sus empleados hacían de los posibles clientes. Y decidía en última instancia si los representaban o no.

A pesar de esta fama de gran honestidad, toda la comunidad marbellí tuvo recelos cuando el gran jefe decidió que su bufete defendería los intereses de, nada más y nada menos, Alexei Berbatov; el ya ex-dueño del Marbella Fútbol Club, encarcelado meses atrás por la Policía Nacional y la Fiscalía Anticorrupción en una de las mayores operaciones contra el crimen organizado que se recordaba en la Costa

del Sol.

El grupo I de la UDYCO central había coordinado el caso desde Madrid junto al grupo GRECO de Málaga. El inspector Marcos Alterio, nacido en el barrio de la Divina Pastora de Marbella, fue la cabeza visible de la operación. Se lo tomó de forma personal, algo que quizá no debería hacerse: mezclar sentimientos y trabajo; y menos en una profesión tan complicada como la de policía especialista en crimen organizado. Berbatov adquirió el Marbella F.C. por cuatro duros, y a Alterio, exjugador del club, no le hizo mucha gracia. Cuando recibió el encargo desde la UDYCO central de coordinar el operativo, se le encendieron los ojos como a Cíclope de los X-Men.

No paró hasta meter a Berbatov en prisión haciendo gala del famoso dicho de «el fin justifica los medios».

Alterio no contaba con la implicación del despacho Villegas y Familia, con la supervisión del jefe Antonio Villegas, ni mucho menos con el talento de Mario Gálvez.

Si Alterio no había descansado hasta meter en prisión a Alexei Berbatov, Gálvez no lo hizo hasta desmontar y destapar las chapuzas que la Policía había cometido en la investigación. Mario pasó muchas horas repasando la instrucción del caso, documentando toda la contabilidad de las empresas de Berbatov, entrevistándose con todos sus empleados. También con varios policías que participaron en el operativo. Con Marcos Alterio solo consiguió hablar una vez, y tuvo que soportar los reproches del mismo: que si estaba defendiendo a criminales, que si habían venido a quedarse con Marbella, que si él no sabía nada de la ingeniería fiscal de Berbatov.

Mario mantuvo el temple y siguió investigando hasta dar con la pieza clave del caso: un testigo que puso en evidencia a la Policía, un testigo que demostró que Berbatov había diseñado una ingeniería fiscal dudosa, pero que nunca blanqueó capitales y que sus empresas no pertenecían a ninguna *-aya*, sufijo con el que se apodan los clanes mafiosos de Rusia. El testigo, a instancias de Mario, aportó pruebas irrefutables de la contabilidad de Berbatov y sus empresas. El juez, muy a su pesar, tuvo que poner en libertad a Berbatov, y sacar los colores a la UDYCO, al GRECO y al Fiscal Anticorrupción: su investigación había sido deficiente, y ahora tendrían que investigarlos a ellos mismos por sospecha de introducción de pruebas falsas.

Alterio se cruzó con Mario a la salida del último día de la vista, y no dijo nada. Tan solo se lo quedó mirando como el padre que mira al

asesino de su hijo. Mario no había matado a nadie, sino que había realizado su trabajo a la perfección, por muy polémico que fuera.

—Mucha suerte con el testigo, abogado… —dijo Raúl Solana en cuanto se lo cruzó en el pasillo que le hicieron los compañeros al entrar en la oficina.

—No Raulito, no, otro día me envidias, hoy no —Mario no se cortó y dijo las palabras con toda la mala baba que pudo, ya que Raúl siempre le estaba tocando las narices, por no decir otra parte más soez de la anatomía masculina.

El aplauso y el pasillo de los empleados del bufete, tanto abogados como personal administrativo, puso colorado a Mario Gálvez, que tenía fama de ser un tipo serio e incluso frío. Antonio Villegas, que lo esperaba junto a su gigantesco despacho, fue el último en dejar de aplaudir. Al llegar a su altura, Antonio le estrechó la mano con fuerza y le puso la otra mano sobre el hombro. Se miraron a los ojos y se sonrieron.

—Ven, tenemos más trabajo que hacer.

—Antonio, si me lo permite tengo que revisar los correos que me han llegado el fin de semana, que creo que han sido muchos.

Era la niña bonita del despacho y Antonio sabía cómo tratarlo. Le permitió consultar su bandeja de entrada, pero le conminó a reunirse con él lo antes posible.

Raúl Solana, por el contrario, no soportaba a Mario y se moría de envidia por su éxito. Sin embargo, tenía una cita con su venganza personal pocas horas después, justo después de la salida del colegio de sus hijas, que compartían aulas con el hijo de Mario: Pablo.

Irene Lima observaba a Pablo sentada en un banco del Parque de la Represa junto a Raúl Solana. Su hijo jugaba con las hijas de él en el nuevo castillo multiaventuras que habían instalado en el parque una semana atrás. Era la novedad en el barrio, y el espacio infantil se llenaba cada tarde hasta los topes. Irene, no demasiado amante de las multitudes, aprovechaba la hora de salida del colegio para que el niño jugara —y desfogara—, sacrificando la hora más normal de comida por una un tanto más tardía. Aquella tarde el niño solo tenía clases de inglés online y no debía llevarlo a lecciones de guitarra en el centro musical, ni a baloncesto en el polideportivo del barrio.

—Tienes a tu *maridín* exultante —dijo Solana.

—No te pongas tonto, Raúl.

—Es la verdad.

Irene lo miró con desdén, con apatía, como la que mira las noticias económicas en las que ha subido el Euribor.

—Estás celoso, como siempre. Y tiene delito que el amante tenga celos del marido.

Con esa afirmación, Irene arrancó una sonrisa de la boca de Raúl. Esa boca que le había hecho perder el control y arrastrado a la cama en varias ocasiones.

—¿Así que ahora soy amante? El otro día dijiste que porque nos hubiéramos acostado «tres o cuatro veces» —Raúl incidió en la cantidad a sabiendas de que era inferior a la real— no me daba derecho a nada.

—Y es que no te lo da. Amante o no, no tienes derecho a hacerme sentir culpable por no vernos más a menudo, o por preferir pasar más tiempo con mi familia. Que tú estés mal con tu mujer no implica que yo tenga que estarlo con mi marido.

—Joder, me follas como una leona y dices que no estás mal…

—¡Cállate! ¿Eres gilipollas o qué te pasa? —protestó Irene—. Somos padres de nuestros hijos que son amigos y estamos en el parque juntos, y eso no significa nada para quien nos pueda observar, pero si te pones a decir pamplinas…

—No, si la culpa la tengo yo por estar tan pendiente de ti.

Dicho esto, Raúl Solana se levantó y llamó a sus hijas para que acudieran a su lado.

—¿Ya os vais? —preguntó, caprichoso, Pablo.

—Sí, Pablete —contestó Raúl mesándole el pelo—, por la tarde estas dos princesas tienen baile.

Las dos niñas chocaron la mano del amigo y se marcharon con su padre, que dijo un escueto adiós para el cuello de su camisa, y se perdió por detrás de la Biblioteca Central. Él quiso imaginar, quizá, que Irene se le quedaba mirando, pero la mujer no le iba a dar el gusto.

—¿Se ha enfadado Raúl, mamá?

—Qué va, se ha acordado de que tenía una cosa importante de trabajo.

—¿Y porqué papá sigue en el trabajo y Raúl puede venir al parque si son compañeros?

—Pues porque Raúl tiene jornada reducida.

El niño no entendió qué era eso de jornada reducida y siguió acosando a la madre, incómoda, con preguntas sobre Raúl, el trabajo y su padre. Irene, en una huida hacia adelante, respondió las que pudo, y dejó en el aire las que le parecieron más complicadas.

—Ahora tú y yo nos vamos a comprar el pan y si quieres un dulce sin azúcar.

El niño se alegró y tomó la mano de su madre, que echó un último vistazo al camino por el que se había marchado Raúl, como buscando su estela. En el fondo estaba pillada por ese hombre, pero al mismo tiempo se sentía culpable por engañar a su marido. Más de quince años juntos y la obsesiva dedicación de Mario a su trabajo habían hecho mella en su amor. Eso era lo que Irene se repetía a sí misma cada vez que se acostaba con Raúl. A sabiendas de que era un engaño para calmar su díscola conciencia.

Irene estaba segura de que las otras dos madres que había en el parque con sus chiquillos no habían escuchado nada. Estaban demasiado lejos. De lo que no pudo estar segura era de que alguien los

estaba observando y anotando todos los movimientos de madre, hijo y amante.

Alguien observaba a Mario cuando llegó al día siguiente al trabajo a las nueve y veinte en punto.

Después de haber dejado a Pablo en el colegio Bocanegra, caminó por el casco antiguo de la ciudad, cruzó el paso de peatones que desemboca en la Alameda, atravesó el parque, no sin ciertas dificultades por un pequeño resbalón con el agua de la fuente, y bajó por la Avenida del Mar, con sus perennes estatuas de Dalí, hasta el paseo marítimo.

Ese pequeño paseo de diez o quince minutos, antes de entrar al trabajo, le recargaba de energía. Tenía que desviarse del trayecto más corto hasta el despacho, pero le merecía la pena y lo había convertido en una especie de ritual. Como si la brisa marina tuviera propiedades energéticas o sanadoras. Contemplar el mar y, si la bruma lo permitía, la costa africana era un deleite para los sentidos.

Se desvió por la calle Sevillano y retrocedió hasta Notario Luis Oliver. Ahí estaba la sede de Villegas y Familia. Cuando se disponía a poner un pie sobre el umbral, una persona en patinete casi se lo lleva por delante. Mario soltó un exabrupto que no debió de llegar a oidos del infractor del código de circulación. El abogado no pensaba perder las buenas vibraciones que le habían insuflado su breve paseo matutino, y olvidó el asunto nada más subir al ascensor.

Raro era el día que no se cruzaba con algún compañero o compañera en el portal. Antonio Villegas permitía cierto margen a sus empleados para llegar antes o después al trabajo en función de las obligaciones familiares que tuvieran. Ese día coincidió con Sabrina, una administrativa eslovena de escotes habituales que siempre lo recibía con una sonrisa. No es que Mario fuera un modelo, pero su casi metro ochenta, sus anchas espaldas, su piel sin arrugas y su buena educación lo convertían en el foco de muchas féminas. Sabrina hizo algún comentario banal que Mario respondió con la misma banalidad.

Llegaron a la sexta planta y Mario se fue directo a su despacho sin apenas saludar a nadie. El día anterior había dejado una tarea pendiente ante las insistentes llamadas del gran jefe. Esa tarea consistía en revisar con detenimiento uno de los emails que había leído, y decidir qué hacer. El correo en cuestión le proponía representar a un activista ecológico encarcelado en Alhaurín de la Torre. Había llegado allí por unos supuestos actos vandálicos contra la

propiedad privada en diversos puntos de la geografía malagueña y gaditana. Mario ya se imaginaba que ese supuesto vandalismo estaría magnificado, y que unos hábiles juristas podrían haber manipulado los actos del pobre desgraciado que intentaba salvar al planeta a su manera. Sintió una curiosidad morbosa por el asunto y, dado que el email indicaba un número de teléfono de contacto, Mario usó el fijo de su despacho para marcar los nueve dígitos.

Tras dos tonos de llamada, el teléfono se descolgó, pero nadie dijo nada al otro lado del aparato. Fue Mario el que tuvo que romper el hielo:

—¿Hola? ¿Hablo con Tomás Buendía?

—Buenas, ¿quién es?

—Soy Mario Gálvez, de Villegas y Familia. Le llamaba para…

—Señor Gálvez, prefiero hablar con usted en persona.

Mario se quedó sin saber qué decir, no estaba acostumbrado a un mensaje tan directo. Después de pensarlo, él tampoco había facilitado su email corporativo a esa persona.

—Disculpe, esto no funciona así. Se trata de una consulta profesional, ¿verdad?

—Mario, permíteme que te tutee. Te pido perdón por abordarte de esta forma, pero tenemos que vernos en persona fuera de tu despacho. No te preocupes, solo busco discreción.

—No me preocupo, señor Buendía, pero me pide algo que no es habitual. Si es profesional, debo recibirlo aquí.

—Es profesional. Cuando esté dispuesto a ayudar a su planeta, ruego que me vuelva a llamar. El señor Morales le manda recuerdos desde prisión.

Colgó sin esperar la queja de Mario, queja que no se produjo porque la estupefacción fue la única reacción que vino a la mente del letrado. Gálvez volvió a revisar el email, investigó en internet el caso de Luis Morales, el activista encarcelado, y llamó por teléfono a Villegas.

—¿Cómo estás, letrado? ¿Volviendo a la monotonía después del baño de masas?

—Buenos días, Antonio, ¿podemos reunirnos en media hora?

—Y en menos tiempo, si te iba a avisar yo. Dame diez minutos que haga una llamada y me tocas la puerta. ¿Ok?

Mario se despidió de su jefe y siguió investigando a Morales. No encontró nada destacable, tan solo un par de noticias en diarios regionales online. Luis Morales podría calificarse como un mindundi del activismo climático, aunque, a pesar de todo, Mario quería consultar al gran jefe.

Pasados los minutos estipulados, levantó el culo de su gran silla de cuero, pasó la mano por la impoluta mesa de roble y se encaminó al despacho del gran jefe. Si la opulencia del bufete tenía un epicentro, ese era el despacho de Antonio Villegas España: madera de roble de Quercus, asientos de cuero (el de Antonio reclinable y calefactado), más de veinte diplomas en la pared situada a espaldas del gran jefe, banderas de España, de Andalucía y de Europa como si del despacho del Presidente del Gobierno se tratase, y una televisión de cincuenta y pico pulgadas, acompañada de un gran sofá de tres plazas, también de cuero, y, cómo no: un minibar.

—Ven, siéntate aquí —Villegas señaló el sofá y se dispuso a servir una copa a su empleado.

—Antonio, es un poco pronto…

—¿Por quién me tomas? —Villegas ignoró el comentario de Mario y siguió con su tarea. Abrió la neverita del minibar y cogió una botella transparente con un líquido rojizo en su interior. La depositó sobre la pequeña barra y tomó dos vasos largos. Sirvió una notable cantidad del líquido y devolvió la botella a su lugar. Del pequeño congelador de la nevera tomó dos cubitos y los echó, uno en cada vaso. Una vez terminada la operación, entregó la bebida a Mario que, con recelo, aceptó. Con tanto recelo que no se decidía a ingerir tal cantidad de alcohol antes de las diez de la mañana.

—Bebe, coño, que no tiene alcohol —Mario debió de poner ojos de incredulidad y Villegas bajó los hombros, un tanto decepcionado por tener que dar explicaciones a uno de sus trabajadores—. Es kombucha de la India. Me la trajeron hace un mes y no me había decidido a probarla hasta ayer. Está fresquita, no tiene alcohol y te despabila más que tres cafés.

Dada la explicación por finalizada, el gran jefe chocó su vaso contra el de Gálvez a modo de brindis. Mario se dio por vencido y de

un lingotazo se acabó la bebida. La acabó tan rápido porque le gustó el sabor, entre amargo y ácido, de la kombucha. Levantó la copa en dirección a su superior y, con una sonrisa, dio las gracias por la invitación.

Villegas se sentó a su lado y dejó el vaso sobre la mesa acristalada de centro.

—Señor Gálvez, lo de los rusos parece el comienzo de algo más grande aún.

—¿Más? ¿Algún jeque?

—Joder, Mario, no puede uno poner ni una pizca de misterio…

Villegas levantó los brazos a modo de protesta y, ayudado por un resoplido, los dejó caer sobre el sofá de cuero. Mario no pudo reprimir una carcajada que tapó con su mano para no ofender al gran jefe, que se lo quedó mirando con recelo. Después de unos segundos de incertidumbre, Antonio soltó otra carcajada y se vanaglorió del buen fichaje que él mismo había hecho con Gálvez. Porque, aunque Mario hubiera llegado al despacho por una oferta de prácticas en un anuncio de internet, el gran jefe fue el que tomó la decisión de que trabajara en el bufete de forma estable.

—Pues sí, ingeniero Gálvez, ingeniero como dicen los argentinos; que el domingo estuve comiendo con unos amigos de mi mujer y me hicieron mucha gracia con su forma de llamarse —se explicó Villegas —. Sí, a ver, no puede salir de aquí, pero no se trata de «algún jeque», se trata de «El jeque».

—¿En serio? —dijo Mario, incrédulo.

—¿Tú me ves a mí con pinta de bromear sobre un asunto así?

—Claro que no, Antonio, es que mi hijo dice mucho esa expresión y me la ha pegado. Tiene ocho años y parece que tiene doce.

Villegas sonrió y se acercó para ponerle la mano en el hombro.

—Lamento decirte que vas a ver poco a tu hombrecito durante una semana al menos —Villegas detectó el fastidio en el rostro de su empleado a pesar de los intentos de este por disimularlo—. Pero no te preocupes que sumo otra semana más a tu cuota de vacaciones pagadas. Sumadas a todo el currazo que te pegaste con el caso de Berbatov, este año juntas casi dos meses. ¿Qué te parece? No me

contestes, porque además tus honorarios van a crecer un quince por ciento. Así que no hace falta que lo digas tú: te parece bien.

La ambición de Mario no era desmedida; cuando terminó entre los cinco primeros de su promoción, nunca imaginó que su salario estaría por encima del millón de las antiguas pesetas después de algo más de diez años. Con ese nuevo aumento podría reformar la casa y, lo que más ansiaba, cambiar de coche. No es que estuviera descontento con su actual BMW, pero ya tenía casi una década y empezaba con «los achaques de la edad». Irene, además, estaba enamorada de los SUV y en especial de uno: el Range Rover Evoque. Un coche valorado en unos obscenos sesenta mil euros, un coche que parecía que regalaban en la Costa de Sol.

Sí, «El jeque» sería el avalista de su nuevo coche, y cuando estrechó la mano de Villegas, imaginó que estrechaba la del director del concesionario en el momento de entrega de las llaves de su nuevo y flamante vehículo.

Antes de abandonar el despacho, Villegas le hizo una pregunta:

—Mario, ¿qué me querías cuando me has llamado antes?

—Ah —Mario dudó, pero como su jefe ansiaba todas las respuestas, se lo tuvo que confesar—, un activista climático que está en Alhaurín busca abogado.

—¿Activista climático? Como los de Greenpeace.

—Supongo —admitió encogiéndose de hombros.

—Esos no tienen plata —sonrió Villegas cuando imitó el acento argentino de los amigos de su mujer.

—Ya, pero puede suponer prestigio para el despacho.

—O desprestigio.

—También, aunque: sin riesgo no hay gloria, jefe.

—Se te quedó la frasecita, eh —Mario sonrió—. De momento céntrate en lo que hemos hablado, Laura te pasa toda la documentación. Más adelante ya hablamos.

Mario soltó un suave «de acuerdo» antes de abandonar el opulento despacho en busca de Laura, la secretaria de Villegas. Al

pasar delante de Raúl, se fijó en que no le quitaba ojo. Para olvidarlo, se repitió a sí mismo varias veces:

«¿Range Rover o el planeta?»

Puerto Banús

Marina tenía estudiado el mapa de Andalucía como si de un mapamundi se tratase. Se sabía de memoria todos los pueblos de la provincia malagueña y su ubicación exacta en el mapa. También conocía el nombre de todas las calles de Marbella como si de un taxista con más de cuarenta años de experiencia se tratase. Era el GPS humano de la comisaría de policía local y Ramón, a veces, jugaba a una especie de Trivial Pursuit con ella.

—¿Partido judicial de Torrox?

—Algarrobo, Árchez, Canillas de la Albaida, Cómpeta, Nerja, Sayalonga, Torrox y Frigiliana.

—Muy bonito Frigiliana.

—¿Te puedes creer que no lo conozco?

—Anda que has estado en Nueva York y no conoces el pueblo más bonito de tu tierra. Estás tardando, «Caraculo».

—Vete a la mierda, «Ramongolo».

Esos dos insultos/apodos se los habían puesto el uno al otro respectivamente. Aunque el de «caraculo» ya le venía a Marina Caracuel desde los tiempos de primaria. Un apellido tan singular era propicio para ese tipo de motes: caraculo, caraabuela, caracual, caraculona, etc. Todos estos y más tuvo que soportar la policía durante su edad escolar, y en el cuerpo lo recibió de la última persona de la que lo esperaba: su compañero del alma, Ramón, alias «Ramongolo». Mote que se había ganado a pulso y que, al principio, no le hizo ni pizca de gracia al veterano policía, aunque después tuvo que asumir sin resentimientos.

Los dos tenían turno de noche y estaban dándose una vuelta por Puerto Banús, a instancias del Mayor, Enrique Muros. Puerto Banús, ya se sabe, es una zona conflictiva dentro de la noche marbellí. Miles de jóvenes, y no tan jóvenes, ricos, y no tan ricos, chicas, chicos y *chiques* se citaban numerosas noches del año en los alrededores de uno de los puertos más lujosos de España. El lujo, también se sabe, atrae diversos personajes de toda índole: extranjeras compitiendo por ser la más borracha, magrebíes compitiendo por llevar la cadena más grande, ingleses compitiendo por follarse a la más o menos borracha…

Las consecuencias, como en casi toda zona de ocio nocturno menos heterogénea, solían ser robos, peleas y demás violencia callejera. Por fortuna, aquel estaba siendo un jueves tranquilo, y los dos compañeros disfrutaban de esos pequeños momentos de tranquilidad.

—¿Número de ciudadanos de Ucrania empadronados en la Costa del Sol?

—Te lo digo después de darle una colleja a ese *majarón*.

Marina salió disparada del coche y no escuchó los gritos de su compañero a su espalda. Había detectado a uno de esos guiris que competían por ligar con otra guiri en una actitud más violenta de la requerida.

Marina se aproximó al agresor y, sin darle tiempo a reaccionar, le dio la colleja prometida (más suave de lo que le hubiera gustado), le retorció la mano a la espalda y lo estampó contra la pared. Gritó bien alto en inglés que se estuviera quieto, y el tipo no supo ni cómo reaccionar. Sin embargo, un par de mostrencos, que debían de ser sus colegas, empezaron a gritar algo parecido a «*you bitch*» y a rodear a la agente. Ramón llegó, se unió a los gritos, y aquello atrajo las miradas de todos los transeúntes y curiosos. Se formó un buen revuelo: cuando Marina escuchó la voz de su compañero , se giró para ver dónde estaba. Se distrajo un momento porque uno de los maromos le puso la mano en el hombro, y el tipo que tenía inmovilizado aprovechó para escapar. Huyó como si ocultase algo: o eso pensó Marina, que salió en busca del escurridizo guiri, que muy listo —o muy sobrio— no es que fuera, ya que, en lugar de meterse por las intrincadas y blanquísimas calles aledañas al puerto, escapó por una avenida en dirección al mar.

La policía, muy en forma y acostumbrada a estos menesteres, le dio caza justo antes de que se metiera en el agua, intención que parecía tener el desnortado británico, y le hundió los morros contra la arena entre chillidos en la lengua de Shakespeare para que se estuviera quieto. Le puso las esposas, y la rodilla sobre la zona lumbar a la espera de que su veterano, y lento, compañero llegara para registrar al detenido. Los que llegaron antes fueron los amigos del sospechoso, y esta vez Marina no lo dudó. Sacó su pistola táser reglamentaria y los encañonó. Desde que las incorporaron al cuerpo, se sentía mucho más segura que desenfundando un arma de fuego. Nunca lo había tenido que hacer, por fortuna; sin embargo, la táser era la tercera vez que sentía la caricia de las falanges de la agente Caracuel.

Los bigardos se detuvieron ante la amenaza. Debían de haber visto las decenas de vídeos que circulan en redes sociales de los efectos de recibir una descarga eléctrica de una pistola de las fuerzas armadas. Ramón llegó, exhausto, y pidió ayuda por radio. Marina le conminó a que registrara al detenido. El veterano lo hizo entre protestas y, cuando metió la mano en los calcetines del tipo, miró a la compañera.

—Una de dos: o tienes mucha suerte, o mucho instinto.

Marina sonrió y se guardó para sí su respuesta.

Una semana después.

Mario, que no halló respuesta a su pregunta, colgó el teléfono con desazón.

Se acababa de citar con Tomás Buendía esa misma tarde. Como si en una película de gángsteres se tratase, la cita era en un parque con poca afluencia de transeúntes: el Parque de los Enamorados, a unos quince minutos andando del despacho y diez de la academia musical donde Mario acudía cada martes y cada jueves.

Tomás no quiso responderle a nada, había insistido en la importancia de reunirse fuera del despacho y le agradecía el gesto. Mario, después de ocho días de trabajo feroz con las cuentas del jeque de jeques, estaba exhausto. Exhausto y curioso, ya que a él, un hombre del siglo XXI como le llamaba su mujer, le preocupaba el cambio climático. Y Buendía había insistido en que el asunto que tenía que transmitirle era de suma importancia. Mario Gálvez, en los pocos huecos que le dejaron su trabajo y su familia, había investigado más a Luis Morales, el activista climático encarcelado. Y no encontraba motivos reales para su encarcelación más allá de una agresión al vigilante de seguridad de una obra, que había tenido la desgracia de cruzarse en su camino cuando Luis y algunos de sus acólitos intentaban destrozar maquinaria y materiales destinados a levantar un gigantesco hotel cerca de la costa malagueña. El pobre vigilante acabó con una fractura en una muñeca por una mala caída y un traumatismo craneoencefálico leve. Sin saber cómo, una excavadora salió ardiendo; mejor dicho: sin poder demostrarse que Morales fuera el culpable. Y Mario sabía, por experiencia reciente, que las pruebas falsas se pueden crear con cierta facilidad.

Dado que Morales tenía varios antecedentes por vandalismos similares, el juez decretó una pena de dos años y un día, para que el molesto activista pasara unos meses a la sombra. Al parecer, y siempre según los comentarios de Buendía, a Morales lo encerraron porque tenía información jugosa en su mano que podría poner en aprietos a algún poderoso o poderosa. La cuestión que le rondaba a Mario era que por qué no difundía esa información a los medios o a la policía. No cayó en la cuenta de preguntar un dato tan importante a Tomás, así que lo anotó para la reunión.

Era martes y, como le tocaba llevar al niño a las clases de

guitarra, aprovecharía esa hora que Pablo practicaba para reunirse con Buendía. Comió una rápida ensalada en el *office* del despacho, y salió pitando para casa a buscar a su hijo. Irene se lo entregó y se dieron un tibio beso y una despedida hasta la noche, ya que la mujer tenía turno de tarde en la clínica donde trabajaba como fisioterapeuta, y llegaría a casa pasadas las diez.

En el camino al centro musical, Pablo le pidió que abriera el techo solar.

—Venga, papá, ábrelo.

El padre, orgulloso, se hizo el remolón:

—¿Y si nos caga una gaviota?

El niño se rio a carcajadas y volvió a insistir. ¿Para qué si no habían comprado ese coche si no era para aprovechar cada detalle de los más de sesenta mil euros que había costado? Mario pulsó el botón que accionaba la apertura del techo y el niño inclinó un poco su pequeño cuerpo para observar el cielo. No se llegó a cagar, pero una gaviota cruzó el firmamento y provocó la sonrisa del niño.

Mario aparcó el flamante Range Rover frente al centro educativo, se limitó a dejarlo en doble fila para que la profesora de guitarra lo observara bien observado. Era una chica joven y él, cercano a los cuarenta, sentía ese chispazo de orgullo de que una jovencita se fijara en él, o en su coche. Así lo llevaba haciendo los dos últimos días.

Pablo se bajó del gran SUV y se despidió de su padre, que solo arrancó cuando la profesora chocó los cinco a su hijo y le dio paso al interior del local. Él la sonrió, aunque ella apenas le hizo caso, ya que otra niña llegó en ese momento.

Mario circuló poco más de quinientos metros y aparcó en línea verde al final de la calle Jacinto Benavente, cerca del Parque de los Enamorados. Se bajó del coche y se encaminó hacia el lugar de la cita, aunque se acordó de que no había cerrado el techo solar y tuvo que darse la vuelta para hacerlo. No fuera a ser verdad que a una gaviota o a una cotorra le diera por mancillar la tapicería del bólido.

Llegó al parque y se sentó en uno de los bancos. Se fijó en una de las varias estatuas que daban nombre al lugar: un hombre y una mujer de cobre o de estaño o del material del que se hicieran las estatuas estaban entrelazados y dándose un beso. Mario no recordaba si había estado alguna vez allí con Irene. Se aburrió pronto del paisaje. Llevaba

el móvil encima e hizo el amago de cogerlo y revisar sus redes sociales. Sin embargo, estaba tan nervioso que decidió omitir esa rutina tan aprehendida que tenemos casi todos los humanos del siglo XXI.

Pasaron los minutos y, a pesar de que la cita había sido fijada para las cuatro en punto de la tarde, Tomas Buendía no hizo acto de presencia. Mario tomó el móvil y buscó en su correo electrónico, pero se dio cuenta de que no había cogido el móvil de empresa. Siempre solía ir con los dos en los bolsillos, aunque a veces olvidaba uno u otro siempre en el momento en el que los necesitaba. No disponía del teléfono de Buendía y, si iba a buscarlo al despacho, tardaría más en aparcar y subir a la sexta planta, que lo que a su hijo le quedaba para terminar sus clases de guitarra.

Cuando llegaron las cuatro y cuarenta de la tarde decidió que ya había dado suficiente tiempo de cortesía al informador misterioso y se marchó rumbo a su Range Rover. Cuando llegó, una controladora de parkings se disponía a multarlo. «Mierda, la zona verde». Se le había olvidado por completo cuando aparcó el coche.

—Señorita, disculpe, todavía no son las cinco.

—En verano es una hora antes, caballero, lo lamento.

—¿Y no puedo anular la multa con los tres euros en la máquina?

—Eso es cuando se pasa del tiempo, no cuando no pone ningún tique.

—Por favor, no estoy teniendo un buen día —La controladora depositó el papel sobre el parabrisas y se marchó con un lo siento—¡Venga, mujer, por favor!

—Con ese coche no creo que tenga muchos problemas para abonar treinta euros de multa, tómeselo como un nuevo impuesto de circulación, que ese cacharro contamina mucho.

Como se suele decir: ¡Zas en toda la boca!

Él, tan petulante en sus convicciones climáticas, se movía en un coche que emitía más de ciento setenta gramos de CO2 por kilómetro recorrido.

No hizo ni el amago de protestar más. Se subió al todoterreno y, después de poner la llave magnética en el lugar indicado, pulsó el

botón de Start.

Aunque aquello no se encendió.

Ni después de intentarlo tres veces más.

¿Qué estaba ocurriendo? El coche tenía menos de nueve días; se lo habían entregado de kilómetro cero, contaba con solo trescientos kilómetros que algún saudí habría hecho para ir al aeropuerto o a Gibraltar. Al menos eso fue lo que le dijeron en el concesionario. Él había recorrido solo trescientos más. Y ahora estaba seco.

Miró su reloj, eran las cinco menos diez. Andando, al centro musical había algo más de cinco minutos. Pero antes tenía que llamar a la grúa. Así lo hizo. Le prometieron que llegarían en media hora, por lo que ir andando a por el niño y volver era su única alternativa. Dejó el coche abierto, total nadie se lo llevaría y, si el de la grúa lo llamaba, le indicaría que podría abrir el capó e ir investigando qué ocurría.

Caminó deprisa hacia el centro musical, se le había echado el tiempo encima con la llamada. Ya eran más de las cinco y todavía le quedaba un trecho. No solía retrasarse porque no le gustaba que las monitoras le pusieran una cara menos amistosa de lo que correspondía. No creía que por tres minutos lo fueran a hacer. Su sorpresa fue mayúscula al no encontrarse a la joven profesora de Pablo en la puerta, como cada martes.

Accedió al centro y preguntó al chico de la recepción, quien avisó a Julia, que era el nombre de la monitora de guitarra de Pablo. Acudió a los pocos segundos y sonrió a Mario preguntando si se le había olvidado algo al niño.

—¿Dónde está Pablo?

—¿Cómo que dónde está? Se ha ido con usted hace menos de cinco minutos.

—¿Cómo?

Se produjo un silencio, corto y de tal intensidad que parecía que alguien le había dado al botón del *pause* de una película de miedo.

—Se montó en su coche; yo escuché los pitidos ahí aparcado en doble fila y el niño se subió, que me lo ha dicho varias veces que está encantado con el todoterreno nuevo.

—¿De qué coche habla? El mío está averiado a quinientos metros de aquí.

La profesora se llevó las manos a la boca. Se acababa de dar cuenta de que el niño había subido a un Range Rover oscuro, pero no el Range Rover de Mario Gálvez.

—¡Ay, Dios mío!

—¡No me lo puedo creer!

Mario sintió como si le faltara el aire y se tuvo que apoyar en el mostrador para no doblar la rodilla o incluso caerse al suelo.

En ese momento sonó su teléfono móvil.

En la puerta del centro musical Mario no daba crédito a lo que escuchaba en el auricular de su teléfono.

—Vuelva usted ahí dentro y le dice a la monitora que ha sido su tío el que se ha llevado al niño. Que tienen coches parecidos y que le perdone por no avisar. Procure que suene convincente —La voz no tenía acento español, ni ruso, ni inglés. Tenía un acento extranjero indeterminado que en ese momento Mario no estaba por descifrar.

—¿Se han llevado a mi hijo? ¿Por qué? ¡¿Quién es?!

—Haga lo que le digo si quiere volver a verlo con vida. Respire hondo y comunique lo que le he dicho a la profesora. Le llamaré otra vez en cinco minutos.

Mario, con un vacío en el estómago que no le dejaba pensar, obedeció y procuró ser convincente. Sus nervios al hacerlo estaban justificados por el susto. La profesora respiró aliviada y el chico de la recepción le pidió que nadie más recogiera al niño sin presentar una autorización firmada. Mario se marchó sin abrir la boca.

Nada más salir del centro musical, su móvil volvió a timbrar.

—¿Dónde está mi hijo?

—Señor Mario. Le habla la grúa. No le entiendo.

El abogado estaba al borde del colapso. Una mujer de caderas anchas con un labrador se cruzó con él y lo miró como si fuera algún tipo de borracho o delincuente. La voz insistente del conductor de la grúa le sacó del trance.

—Sí, perdone, ¿está usted en el coche ya?

—Sí, pero aquí no hay nadie.

—El coche está abierto, yo estoy llegando que he ido a recoger… —Mario se calló al darse cuenta de que no debía contar nada—. Estoy llegando, el coche está abierto, puede echarle un vistazo. No arranca.

El hombre de la grúa prometió hacer lo que estuviera en su mano mientras llegaba Mario, que se pegó una carrera fuera de sus límites físicos. Quería dirigirse de inmediato a la comisaría. Cuando llegó, se encontró con un joven de unos veintipocos años y desconfió de su

pericia para arreglar el Range Rover y no tener que llevarlo al taller. Le entregó la llave y el chico repitió la maniobra para arrancar el coche. Y como por arte de magia, arrancó.

—¡No me lo puedo creer!

—Créaselo —dijo el muchacho—, me ha pasado esto más de una vez y más de dos.

Accionó la palanca que abre el capó y se bajó del coche con la intención de revisar el motor. Usó su linterna para echar un vistazo y, cuando dio su trabajo por concluido, cerró el capó y se dirigió al abogado.

—Este modelo tiene un cablecillo que está por ahí abajo que a veces falla —El mecánico se subió de nuevo al coche, lo apagó, y lo volvió a encender—. Me ha pasado más veces, lo mismo es un mal contacto. Yo no puedo hacer nada, llévelo a que se lo revisen, porque tiene pinta de ser nuevo, ¿no?

Mario asintió, y el muchacho fue a la grúa en busca del parte que atestiguaba que él había estado allí, aunque no hubiera hecho nada. Mario lo firmó y el operario se marchó deseándole lo mejor. Se subió al coche y puso las manos sobre el volante. El teléfono volvió a sonar y tardó poco en sacarlo del bolsillo y responder.

—Al coche no le pasa nada, señor Gálvez…

—¡¿Quién coño eres?!

—Ahora escuche, le aseguro que tiene que escucharme —La voz se tornó más grave—. Tenemos a su hijo y usted va a hacer todo lo que le digamos, paso por paso.

Mario se dio cuenta de que, fuera quien fuera el de la llamada, no podía andar lejos. Sabía que al coche no le pasaba nada, es decir: alguien lo había manipulado para que no arrancara y llegara tarde a recoger a su hijo. Y ese alguien tenía que estar cerca. Pensó en la controladora de parkings, se fijó en el papel que había dejado en el parabrisas. Salió a cogerlo y se dio cuenta de que aquello no tenía el código de barras habitual de las multas. Era una clara falsificación. Y él no se acordaba del rostro de la controladora. Miró en todas direcciones sin hallar a nadie sospechoso.

—Olvide la multa. No le va a llegar. Y escuche de una vez por todas.

—Por favor, le daré lo que me pida, lo que sea.

—¿Está seguro? ¿Lo que sea?

—Sí, llévenme a mí, lo que sea, pero suelten a mi hijo.

—Me alegra saber que está usted dispuesto a todo por salvar a Pablo. Porque es eso lo que le vamos a pedir por su rescate: todo.

Todo el sol de la costa abrasaba los pensamientos de Mario Gálvez. La tarde, despejada y veraniega como un mediodía de agosto, le hacía sudar y ni el aire acondicionado del Range Rover calmaba su sofoco.

Debía obedecer. Así que lo primero que hizo fue dirigirse a donde le habían indicado. Aparcó en el parking de Les Roches, muy próximo al desorbitado centro educativo privado. Caminó algo más de cien metros hasta la dirección indicada y que alcanzó gracias al GPS del teléfono.

La llamada, por supuesto, había sido realizada desde un número oculto. Y por mucho que él pataleó suplicando por la vida de su hijo, le conminaron a cumplir, paso por paso, todas las indicaciones pautadas.

La primera de ellas era la visita a la consulta del Dr. Tennetbaum. Dicha consulta estaba ubicada en un piso en la zona de Les Roches. Para ser exactos, en la segunda planta de un lujoso edificio destinado a no menos lujosas oficinas.

Cuando Mario llegó al portal, consultó en el panel de información, en el que varias empresas y profesionales avalaban la presencia de sus negocios en dicho edificio. Tardó un poco en encontrar el letrero del doctor, ya que era uno de los más pequeños y arrinconados en una esquina: Dr. Tennetbaum, Psychiatrist M.D.

Subió a pie los dos tramos de escalera de mármol, o de algún material parecido, y recorrió un amplio pasillo de color pastel. El mediocre letrero se repetía en la puerta del psiquiatra, puerta que estaba entreabierta y que Mario abrió sin llamar. En voz media verbalizó un «hola» que alguien debió de escuchar al final del pasillo, porque le invitaron a pasar y a cerrar tras de sí.

Con mucho recelo, el abogado accedió y cerró tras cruzar el umbral; se encaminó hasta el lugar desde donde procedía la voz, y abrió otra puerta, también a medio cerrar, con una ventana translúcida.

—Pase y siéntese en la silla —dijo alguien sentado en un gran butacón junto a una ventana.

—No sé quién es usted, pero me han mandado aquí…

—Siéntese y cállese, por favor —El acento del psiquiatra (o del supuesto psiquiatra) también era indeterminado.

—Se lo han llevado…

—Le he dicho que se calle o tendrá que marcharse —la voz se alzó. Sin embargo, la figura masculina siguió pegada a la ventana en una postura de costado. Solo se le distinguía un pelo rubio y una ligera barba, rubia también. Tenía las piernas cruzadas y procuraba no mostrarse en su totalidad. Mario obedeció y se sentó donde la sombra le indicaba.

—En la mesa tiene lo que viene a buscar.

El abogado se inclinó para ver con claridad el papel que allí reposaba. Lo tomó entre sus manos y no entendió por qué aquel hombre había escrito lo que había escrito y por qué actuaba cómo actuaba.

—¿Esto qué es?

—Eso es todo lo que necesita de mí. Cójalo y márchese. Hágalo, le recomiendo que lo haga por su propio bien. No me diga ni una sola palabra más o le arrebataré la receta y llamaré a la policía diciendo que me ha asaltado.

Mario encajó el golpe bajo que le acababa de dar aquel supuesto profesional de la salud. Tomó la receta, la metió en el bolsillo interno de su chaqueta y se marchó de allí. Lo hizo dando un portazo y solo lamentó que no se rompiera el cristal de la puerta.

Cuando llegó al coche, el teléfono le volvió a pitar.

—Ahora acércate a la farmacia que te pilla de camino en tu vuelta hacia el centro de Marbella. Volveremos a llamarte.

Mario sintió tanta impotencia que, una vez colgado el teléfono, rompió a llorar. Era la primera vez que lo hacía en mucho tiempo, quizá desde la muerte de su padre dos años atrás. Llorar es bueno para limpiar tus ojos, la ausencia del llanto indica felicidad. Quizá.

Le sacó del berrinche unos golpes en la ventanilla de su Range Rover.

Marina conducía el patrulla.

Era una especie de castigo que le había impuesto Ramón. La detención de la playa, la semana anterior, no tuvo reprimenda por parte del Mayor de la comisaría. Más que nada porque se demostró que el tipo era violento y, sobre todo, porque llevaba en los calzoncillos más de veinte gramos de MDMA. Eme, como lo llamaban en el argot. Una de las drogas más de moda. Una droga que no hacía falta picar ni formar las famosas rayas para esnifarla. Una droga en la que simplemente se mete el dedo meñique en la bolsita correspondiente, se chupa y al cabo de pocos minutos te coloca como si te inyectaran una anestesia general recurrente.

—Tuviste mucha suerte, Caraculo —bromeó Ramón.

—¿Otra vez con lo mismo, Ramongolo? —respondió la agente—. Ya me lo has dicho más de veinte veces. ¿A qué viene ahora?

—Nada, que vamos camino de Banús y me ha venido a la mente.

—Tú y tus recuerdos. Chocheas, Ramoncito, chocheas.

—No me toques los huevos, Marina —Ramón dejó de mirar por la ventanilla y clavó sus ojos en los de su compañera.

—No te me enfades, Ramoncito —Marina le imprimió a sus palabras un tono infantil, y le puso la mano en la barbilla a su binomio como si de un bebé se tratase. Ramón sonrió y no le dio más importancia al tema—. Quiero creer que el guiri del *eme* no volverá trapichear, al menos en un tiempo, y que se lo pensará dos veces antes de acosar a cualquier chica.

—Eres demasiado optimista, compañera.

—Es lo que tiene la juventud.

Ambos rieron.

El coche se detuvo en un semáforo en rojo en la Avenida Hohenlohe, a la altura del Hotel Puente Romano. Marina miraba distraída por la ventana las tiendas que había al otro lado de la calzada. Ropa que ella no podría pagar con su sueldo de funcionaria. Suspiró y pensó en que si conseguía el ascenso renovaría en parte su

vestuario. Eso sí: en tiendas de La Cañada, no en las de la Milla de Oro.

Absorta en esos pensamientos, no vio acercarse al bólido que circulaba en dirección contraria a más de ochenta por hora en una zona en la que solo se podía circular a cincuenta.

—¡No me jodas, moreno! —protestó la agente al mismo tiempo que iniciaba una maniobra para tomar el sentido contrario.

—Ni se te ocurra dar la vuelta, con la mediana no podemos y mientras llegamos a la siguiente *redonda* no le pillamos. ¿No has visto que era un Rover de esos?

—No, pero lo pillo fijo.

—Ya le habrá trincado el radar, mujer. Nosotros tenemos un encargo y lo vamos a cumplir. Ya le darán caza los civiles si sigue liándola.

—¿Por qué no avisas por transmisiones, al menos?

—Porque no he visto la matrícula. ¿Tú la has visto?

Marina calló y aceleró ante el avance de la circulación. No, no se había fijado en la matrícula y los Range Rover oscuros eran epidemia en las calles de la Costa del Sol. Le dio rabia no poder hacer nada, pero el compañero tenía razón. Suspiró hondo cuando se dio cuenta del modelo del coche que había rebasado los límites de velocidad. Ramón, que la conocía como si fuera su sobrina, le puso la mano en el hombro.

—No te martirices.

Nadie como Ramón para aportar la calma cuando las tempestades de su mente acudían con viento de levante. Dos años atrás, cuando su binomio todavía era Néstor, un Range Rover similar al que se habían cruzado casi la expulsa de la policía local: un camello portugués con varios nombres y apodos, Joao, Marcelo, El Guinda, El salao… conducía el famoso SUV. Los inspectores de la local lo tenían en el punto de mira. Era un camello del tres al cuarto; la Policía Nacional y la Guardia Civil a veces se apoyan en los municipales en tareas de seguimiento y control. El caso es que Néstor y Marina seguían al tipo. Recibieron la orden de darle el alto y registrarlo.

Joao o Marcelo estaba muy tranquilo cuando lo detuvieron.

Néstor pidió a Marina que hiciera el pertinente registro del maletero y asientos. Y Marina lo hizo tan bien que encontró una china de hachís de las grandes en el hueco de la rueda de repuesto. Se puso las manos negras, pero se sintió orgullosa de ello. Llamó a su compañero para enseñárselo.

—Con esta cantidad no lo podemos empapelar —dijo Néstor.

—Lo sé, pero podemos hacer otra cosa —Marina miró a los ojos a su binomio y le hizo un gesto con la cabeza, intentando que entendiera.

—No me estarás sugiriendo que… —Marina parpadeó una vez, muy despacio. Joao-Marcelo estaba cerca y podría escucharles.

—Si llamo ahora mismo, nuestro *dealer* podría venir en menos de diez minutos, es un tiempo razonable para hacer una inspección más rigurosa del coche y encontrar lo necesario para meterlo en el talego. Luego ya los nacionales que decidan.

—Ya, pero es que eso no lo vamos a encontrar —protestó Néstor —, eso lo vamos a meter nosotros para empapelarlo. Y nuestro contacto que ahora está de nuestro lado, puede que dentro de un tiempo no lo esté y se vaya de la lengua. Y, además, este tipo no es gilipollas y tendrá un buen abogado…

—O lo mismo, ni se acuerda de que tenía más hachís del que hay aquí y asume que es lo que hay. Si lo arrestamos, a lo mejor los nacionales pueden investigarlo mejor y encontrar más mercancía en su casa o donde sea.

—O a lo mejor les chafamos la operación.

—Pero qué operación ni que leches, si nos han dado vía libre es porque tampoco les interesa mucho. ¿A ti te apetece que este chalao conduzca su deportivo de más de sesenta mil euros mientras tú y yo vamos en un Dacia?

—No me jodas, Marina, no me jodas.

Néstor se dio la vuelta y pateó el suelo. Se llevó la mano a la boca y bajó la barbilla. Pensativo.

—¿Algún problema, *ayente*? —preguntó El Guinda.

—Súbase al coche y ponga las manos en el volante, por favor —

ordenó Néstor.

Joao obedeció con una leve sonrisa en sus labios.

Néstor volvió con Marina y le quitó la piedra de hachís.

—Inspecciona una vez más el coche y, si no encuentras nada más, le ponemos una multa y nos vamos a casa.

Marina no se movió. Se quedó mirando a su binomio con rabia, con impotencia, como el adolescente mira al padre que le ha castigado sin salir un viernes porque ha suspendido matemáticas. Después de unos segundos reaccionó:

—Busca tú, que yo ya he revisado todo.

Néstor no buscó, le enseñó la piedra a Marcelo-Joao, y él argumentó que era para consumo personal. Néstor le incautó el hachís, y le puso la multa pertinente. El tipo se marchó muy despacio, y sacó la mano por la ventanilla a modo de despedida.

—Ya te vale, Néstor.

—No, ya te vale a ti que pretendías hacer algo que se sale del procedimiento y es ilegal.

—Ilegal es el tipo que has dejado marchar.

—Vete a la mierda, que te crees que esto es una película.

Aquello fue el detonante que hizo que Marina y Néstor rompieran relaciones.

¿Por qué?

Porque Joao fue detenido dos meses después. No por tráfico de drogas, que también, sino porque atropelló hasta dejar en coma a un mecánico de un taller de Nueva Andalucía. Según declararon testigos, compañeros de trabajo, el motivo del atropello fue que no le hizo bien un doble fondo para guardar la droga. La Guardia Civil se lo detectó en otro alto en carretera, y esa vez sí llevaba más cantidad. Al parecer, una chapa que cubría ese doble fondo se había despegado. El tipo pasó un mes en Alhaurín y, cuando salió, lo primero que hizo fue visitar al mecánico.

Marina nunca se lo recriminó a Néstor con palabras, sí con miradas. Y con una solicitud para cambiar de compañero.

La farmacia

La desesperación nunca es una buena compañera.

Mario aparcó junto a la farmacia veinticuatro horas de la Avenida Hohenlohe. El sol había caído un poco y la sombra del lugar le permitió respirar con mayor facilidad. Volvió a poner las manos en el volante con la esperanza de descansar los cinco minutos que el gorrilla del parking de Les Roches no le había dejado cuando golpeó su ventanilla. No lo consiguió porque su mente estaba saturada de preguntas y de preocupaciones.

Le habían indicado que no se comunicara con nadie. Al parecer, tenían su teléfono intervenido y se enterarían de cada llamada o mensaje que realizara. Pensó en ello y dudó acerca de esa amenaza. Él nunca pinchaba en los enlaces que le llegaban por SMS de publicidad. Tampoco consumía porno, al menos desde el móvil, ni navegaba por páginas sospechosas de infectar el terminal. Redes sociales, WhatsApp, llamadas y Google para buscar información. Y pequeñas compras online. Poco más.

Cogió el teléfono y se puso a indagar en las aplicaciones, por si había alguna sospechosa. Lo hacía como si de verdad supiera lo que estaba haciendo, como si se hubiera formado en auditoría informática. Al cabo de unos minutos tiró el móvil en el asiento del copiloto, desesperado.

Tenía que cumplir las exigencias: miró hacia la fachada blanquísima en frente de su parabrisas y la acera que la precedía. Por aquel lugar circulaba poca gente, casi todos se detenían con sus vehículos, aparcaban como podían, accedían a la farmacia y se largaban de allí. Él había conseguido un aparcamiento y se tomó un par de minutos. Al poco, inspiró una gran bocanada de aire, salió del coche y accedió a la farmacia. Un dulce aroma a perfume le abordó; en el establecimiento algún tipo de sensor lo activaba con la entrada de los clientes. Mucho mejor que los molestos pitidos que tienen en otros locales; sin embargo, a Mario no le agradó el bofetón de ambientador.

Entregó la receta, arrugada, a la auxiliar, que la observó y, acto seguido, hizo lo que de toda farmaceutica o manceba se espera: recelar de una receta de drogas legales expedida por un médico privado.

—Un momento, por favor.

Mario ya contaba con aquello. Los ansiolíticos que le habían pautado podrían tumbar a un pura sangre de carreras. Se lo advirtió la voz que le había dado las órdenes por teléfono, y le dijo que tendría que aparentar toda la normalidad posible. La auxiliar retornó desde la guarida donde el encargado de la farmacia disponía los medicamentos que se podían vender y los que no. Pulsó algunas teclas en el ordenador, y le mostró el precio a Mario en el display orientado hacia el público. El abogado sacó unos billetes —le habían ordenado pagar en efectivo— y esperó a que el robot de la farmacia mandara por el tobogán los medicamentos.

—¿Bolsa?

—No es necesario.

La manceba le entregó las dos cajas de dos ansiolíticos distintos, y le dio las gracias. Mario se marchó de la farmacia pensando que quizá un par de tranquilizantes le vendrían bien. Sería la segunda vez en su vida que los tomara. La primera fue poco después de la muerte de su padre, cuando una crisis nunca vista le golpeó en los cimientos de su vida.

La crisis que estaba viviendo esa tarde no es que golpeara sus cimientos: era un terremoto que amenazaba con derrumbar toda su existencia. Aunque él no pretendía dejar que todo cayera. Así que se tomó el Lorazepam y el litio con la ayuda de una botella que guardaba en la guantera refrigerada de su nuevo y flamante coche.

Aferró con fuerza el volante, y se marchó al lugar donde le esperaba la siguiente prueba de la macabra yincana a la que le estaban sometiendo.

Un vídeo aterrador

El calor había dejado de someter el ánimo del abogado.

Una brisa que se colaba por los edificios de la primera línea de playa golpeó su rostro, y el salitre le trajo buenos recuerdos. La playa siempre se los traía, tanto de su época de soltero como de su vida en pareja y, sobre todo, de su hijo. Al que le encantaba trastear con la arena y chapotear en la orilla.

La noche estaba ganando la batalla a la tarde y guardaba la esperanza de que ningún niño jugara en la zona infantil del Parque de la Constitución. No tuvo esa suerte porque junio era casi verano y las familias alargaban las tardes de juegos hasta mezclarlas con la hora de la cena.

El parque en cuestión albergaba, no solo una zona infantil, sino también un auditorio musical, y un pequeño observatorio astronómico. Estaba construido sobre un antiguo vivero municipal, lo que le otorgaba una profusa vegetación con pinos canarios y cipreses. Era un parque frío, con mucha sombra. Un parque acordonado por rejas grandes y altas que se habían convertido en una improvisada jaula para el abogado Gálvez.

Habría como tres o cuatro chiquillos en la zona de los toboganes; sus padres y madres se repartían por los diferentes bancos, o estaban de pie charlando por el móvil. Las farolas anaranjadas no iluminaban todo lo necesario y otorgaban al lugar una ambientación siniestra, como de cuento de Edgar Allan Poe.

Aunque no tan siniestra como la tarea que habría de cometer en aquel lugar.

Se sentó en el banco más alejado de los toboganes y se puso a curiosear en el móvil. Miro en el WhatsApp y sintió la tentación de escribir a su mujer. Se contuvo. Tenía varios mensajes de algunos grupos de amigos: los del pádel, los de la universidad y los padres del colegio de Pablo. Se le escapó una lágrima cuando se fijó en el avatar del grupo: una foto de la orla de la graduación de infantil. Su hijo, con el pelo de pincho en aquella época, lucía orgulloso el birrete y la orla azul marino que le coronaba el cuello. Quiso ampliarla, pero la resolución de la foto no le permitía distinguirlo mejor.

En ese momento, un niño de la edad aproximada de Pablo pasó por delante de él, seguido de su madre y de una hermana más

pequeña. Mario se fijó en la zona de juegos donde apenas quedaban dos chiquillos. No estaba preparado para cumplir esa orden, era demasiado macabro, demasiado perverso. Se levantó y se dispuso a marcharse del parque. Reculó. Volvió y se acercó más a la zona de juegos. Se sentó en otro banco y observó a los niños. Uno de ellos tendría unos cinco años, el otro era algo mayor, quizá siete. Una chica de aspecto latino cuidaba del pequeño; una mujer enfrascada en el teléfono móvil parecía ser la progenitora del niño mayor.

Con tanta espera habían dado las diez de la noche; Mario no se decidía. En ese momento su móvil vibró. Era un mensaje, un SMS. El remitente era un número corto y se podía leer: pincha aquí y mira el vídeo. Casi por instinto lo hizo, y se arrepintió al instante.

Se llevó la mano libre a la boca, abierta, y ahogó un grito.

En la pantalla podía observarse a Pablo, semidesnudo, amordazado y con una venda en los ojos. Y un cuchillo en primer plano amenazaba la vida de su hijo. El cuchillo y la mano que lo portaba se alejaron del objetivo de la cámara que grababa y se acercaron al cuello del niño. Mario lloraba, se mordía los dedos, pateaba el suelo. El vídeo solo duraba quince segundos, quince segundos de violencia que llevaron a Mario al borde del vómito. Quince segundos que mostraron al abogado el significado de la palabra terror.

Nada más terminar el visionado, le llegó otro mensaje:

—¡Hazlo ya!

Mario se guardó el teléfono en el bolsillo de la chaqueta, se puso las manos en la cara, suspiró hondo y se levantó. Miró en derredor, sintiéndose observado. Se detuvo unos segundos, volvió a inspirar profundo y se encaminó hacia el chiquillo mayor, que escalaba el tobogán por el lado por el que se desciende. Le estaba costando un poco y Mario le puso las manos en la espalda y lo ayudó a subir. El chiquillo se sorprendió, pero no dijo nada. La madre seguía absorta en su teléfono móvil. El niño se deslizó por el tobogán y, cuando llegó al suelo, subió de nuevo por el mismo lugar por el que había bajado. Mario lo volvió a ayudar; esta vez le puso una mano en el culo del niño, que protestó:

—¡Yo puedo solo!

La madre reaccionó en ese momento y se acercó para ver qué estaba ocurriendo.

—Creía que se iba a caer —se excusó Mario.

—Venga, Lucas, vámonos que ya es tarde.

El niño bajó entre protestas y se fueron sin decir adiós. Mario suspiró y, al girar la cabeza, se fijó en la chica latina. Ella había observado todo y, en el momento en el que cruzaron miradas, ella también llamó al niño que estaba a su cuidado, un nórdico de cabellos rubios y pecas, y se lo llevó a toda prisa del lugar.

Mario notó como una bilis le subía por el esófago. Había tocado el trasero de un niño más pequeño que su hijo y se sintió tan sucio que le vino una arcada. Dos.

Poco a poco se calmó, y volvió a sentarse en el banco. En el parque ya solo quedaban él, su sombra y su angustia.

A los pocos minutos le sonó otra vez el móvil y el masculló, antes de responder, un insulto inservible.

El sujeto pronunció un insulto en un lenguaje que Pablo no entendió.

Al poco le quitaron la venda de los ojos. El niño se fijó en su propio aspecto: ya no llevaba la ropa con la que acudió al centro musical: pantalón corto azul claro y polo amarillo. Ahora vestía una camiseta interior de tirantes y unos calzoncillos largos que le recordaron a los de su abuelo.

—¿Qué hago aquí? —balbuceó.

No obtuvo respuesta. Tenía una pierna atada a una silla y las manos atadas la una a la otra con una brida negra. Escuchó un golpe a su lado y se sobresaltó. Alguien había depositado un bol de cereales con leche en una mesa que tenía delante. Dado que la luz del habitáculo era muy tenue, no pudo distinguir su cara. Además, no hizo ademán de mirarlo. Él era pequeño, pero sabía, de alguna película que había visto, que era mejor no reconocer las caras de los secuestradores.

—Come.

Una voz grave se anticipó a una mano grande que le entregó una cuchara pequeña y blanca. Un cuchillo le cortó la brida, provocando un estremecimiento en el niño.

—¡Come!

Aquello ya era una orden clara, así que cogió la cuchara con desgana y la metió en el bol. No tenía mucha hambre, pero quizá sería bueno obedecer. Cuando hubo engullido dos cucharadas, el estómago se le abrió y no paró de comer hasta terminar el plato.

El mareo que tenía por el pinchazo sufrido en el cuello, se le había pasado un tanto. Tuvo la intención de volver a preguntar, pero decidió callarse.

Al cabo de un rato, se dio cuenta de que se estaba orinando.

—Tengo que ir al baño —Lo ignoraron. Y a los cinco minutos repitió—: tengo que mear, no aguanto más.

—Aquí no tenemos baño.

Pablo hizo lo que la naturaleza le obligó a hacer, algo que no había repetido desde que tenía tres años y vio Pesadilla antes de Navidad con sus padres. Mientras la orina recorría sus delgadas piernas, pensó en Jack Skellington y en si el hombre que lo custodiaba tendría su mismo rostro.

Amantes

El rostro de Raúl, mientras pronunciaba toda clase de improperios e insultos dirigidos a Irene y la penetraba desde atrás, era digno de una película de terror.

Ella le pedía que se callara y no dejara de follarla. Después de unos minutos de pasión, piel y fluidos, los dos amantes estallaron en un sonoro orgasmo que los ocupantes de la habitación contigua tuvieron que escuchar sí o sí.

Raúl sería un envidioso y un cínico, pero nadie había hecho disfrutar a Irene tanto como él. Solo Mario, en los primeros años de su noviazgo, se le acercaba. En los últimos tiempos con el trabajo y el niño la pasión marital había alcanzado cotas paupérrimas. Uno a la semana como muchísimo. No era él, era ella quien se había aburrido. Ese pensamiento acudía a la mente de Irene, que no hacía nada por apartarlo, no se esforzaba en sentirse menos culpable. Lo asumía. Y disfrutaba del momento. Al menos los primeros minutos después del orgasmo y los últimos antes de llegar a casa. El tramo intermedio era otra cosa.

El techo y las paredes de la habitación lucían un rosa pálido que todavía desprendía un ligero efluvio tóxico. El hotel, reformado un mes atrás, ya no mostraba el aspecto mediocre de pensión barata de los primeros encuentros sexuales de la pareja de amantes, justo hacía un año.

—Se puede decir que es nuestro aniversario —dijo Raúl.

—¿En serio?

—Sí, creo que fue el nueve de junio, lo recuerdo porque fue el día de los fuegos de la Feria.

—¡Qué buena memoria!

—Claro, te hice ver fuegos artificiales.

Ambos rieron a carcajadas. Irene se levantó de la cama en dirección a la ducha. Raúl la siguió y se metió con ella, pero la mujer le vetó la entrada.

—Me tengo que ir, ya es tarde.

—Solo un poquito….venga.

Las caricias de Raúl hicieron mella en la libido de Irene, sin embargo, pudo el sentido de la responsabilidad.

—En serio, para. Tengo que marcharme que es tarde.

—Mujer, que tu marido no tiene testigos en todas partes…

—No lo estropees, Raúl, que lo hemos pasado muy bien.

Él levantó las manos a modo de perdón y se largó del cuarto de baño.

Irene frotó su cuerpo casi con violencia, como si con la limpieza de su piel pudiera arrancar la suciedad que provoca la traición. Siempre le sucedía: después de los impresionantes polvos que echaba con Raúl, y pasada la euforia del placer sexual, la culpa le golpeaba en toda la frente y se veía forzada a largarse del lugar lo antes posible.

Por ello se vistió, ignoró los comentarios que el compañero de su marido le hacía a su anatomía, y se dispuso a marcharse.

—Irene —Raúl trató de retenerla—. En serio, tu marido no es Perry Mason, tienes que relajarte y disfrutar más.

La mujer suspiró. Sintió ganas de mandar a la mierda a Raúl. La envidia que rezumaba en cada una de sus palabras le agotaba. Estaba convencida de que la energía sexual del amante era directamente proporcional a la envidia que le tenía a Mario.

—No voy a decirte que esto se acabó porque ya te lo he dicho más veces. Pero como sigas con tus mierdas de comentarios sobre mi relación con mi marido, voy a venir cada vez con menos ganas.

Raúl abrió la boca. No fue capaz de hablar porque, en esa ocasión, la amenaza de Irene era distinta. Más dañina. Sus palabras sonaban a desencanto, no a enfado. Y no hay nada que mate más las relaciones que el hartazgo.

Irene bajó las escaleras del hotel a toda prisa, nunca lo hacía en ascensor. Se subió a su Citroën C4 y se marchó del polígono industrial de Marbella con ganas de ver a su hijo. Y quizá también a su marido.

Llegó a casa y se extrañó al no ver el coche de Mario aparcado en la puerta. Luego se acordó de que desde que se había comprado el

Range Rover lo metía en el garaje. Subió las escaleras que le llevaban al patio delantero y a la puerta de la vivienda.

Se preocupó cuando descubrió que todo estaba apagado. Ni Mario ni Pablo estaban en casa.

Cogió su móvil y llamó a su marido.

Mario no se consideraba el mejor marido del mundo. Aunque tampoco el peor.

Habían vivido de todo juntos en sus quince años de relación: momentos muy felices, momentos no tan felices y momentos tristes. Ella siempre lo había apoyado en los malos, y él pensaba que eso era recíproco. Mario tuvo un tonteo con una compañera de trabajo en el pasado, poco antes de casarse con Irene. En esos momentos en los que te replanteas si quieres atarte de por vida a una persona y las dudas asoman. A lo único que llegaron es a unos besos en el cuarto de baño de un garito en la fiesta posterior a la cena de empresa por Navidad. La chica fue la que lo detuvo cuando empezaban a bajarse los pantalones, uno, y subirse la falda, la otra. Ella preguntó si él estaba seguro, y ahí fue cuando la erección del abogado se vino abajo. Se dio cuenta de que no le merecía la pena un momento de placer a costa de sentirse culpable. Ella le dio un pico y le agradeció su honestidad.

Irene jamás había tonteado con un hombre desde que empezó a salir con su marido hasta que conoció a Raúl, con el que se dio la doble coincidencia de que era padre de una compañera de Pablo en el colegio, y compañero de Mario en el trabajo.

El atractivo del también abogado y, sobre todo, su ímpetu la condujeron a un punto de no retorno del que no sabía cómo iba a acabar.

Esa noche Mario volvió a casa con el corazón, no encogido, sino, más bien, encapsulado al vacío. No sabía cómo iba a contarle a su mujer la hecatombe que acontecía: su único hijo y sol de sus días, secuestrado y amenazado de muerte. Él, sometido a las órdenes de un macabro secuestrador sin una intención clara. Órdenes que incluían hacerse pasar por un acosador de niños, uno de los peores deshechos de la sociedad.

Cuando Mario, por fin, llegó a casa, el coche de Irene ya estaba allí. Su teléfono sonó en el mismo instante en el que aparcó el coche en la puerta. No tenía tiempo de meterlo en el angosto garaje de la vivienda unifamiliar. No contestó a la llamada de su mujer, se limitó a subir de dos en dos los peldaños de la escalera de acceso al patio delantero y abrir la puerta.

Se la encontró en el recibidor con el teléfono en la mano. Se miraron, y en el rostro de Mario debió de dibujarse algo que hizo que

Irene doblara las rodillas y se derrumbara en los brazos de su marido entre lamentos.

—¿Qué le ha pasado?

Mario empleó todas sus fuerzas en levantar a su mujer, en abrazarla y en llevarla hasta el sofá. Allí se sentó junto a ella y le explicó el infierno que había vivido desde que fue a recoger a Pablo al centro musical.

Irene se privó.

Su respiración no toleró el llanto y la angustia que le habían provocado las palabras de su marido. Mario no sabía muy bien cómo actuar. Llegó a marcar en el teléfono el 112. Se dio cuenta de que no debía hacerlo, y animó a Irene para que recobrase el aliento. La levantó desde las axilas y la transportó con dificultad hasta el pequeño cuarto de baño junto a la puerta. Le echó agua en la cara, por la nuca y por el cuello. Pellizcó con suavidad las mejillas de la mujer, que poco a poco recobró el aliento. Cuando consideró que respiraba de una forma parecida a la normalidad, le ayudó a sentarse en el sofá. La ausencia de ruido pesaba en la casa. De haber estado Pablo, la televisión tronaría a todo volumen, o sus pasos retumbarían en el parqué, o quizá Los perros de Arde Bogotá (uno de los grupos favoritos de padre e hijo) sonaría en el altavoz bluetooth que le regalaron los pasados Reyes Magos, o casi con seguridad, el niño tocaría Starway to Heaven en su guitarra acústica.

Quizá, en lugar de Los perros, la canción ideal fuera La salvación.

Porque eso era lo que la familia Gálvez-Lima necesitaba en ese momento.

—¿Por qué no has llamado a la policía?

—Ya te lo he dicho, si lo hago, lo matarán.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Porque lo saben todo, me siguen. Es posible que estén ahí fuera.

Irene pegó un brinco y salió disparada hacia la puerta. Salió al patio y miró en todas direcciones. En el parque justo en frente de su casa, algunos vecinos apuraban el día paseando a sus mascotas. Ya no había adolescentes jugando al baloncesto o al fútbol en el recinto de reciente construcción. Quedaba poco para la Feria de San Bernabé y la calma previa se notaba en el ambiente. El cielo tenía un grisáceo de luna en cuarto creciente, y las farolas LED iluminaban el parque; allí, las sombras de los olivos daban cobijo a los dueños de las mascotas que hacían sus necesidades en un lugar no permitido para ello. Por mucho que Irene indagó en la penumbra, no encontró nada fuera de lo habitual. Si alguien estaba siguiendo a su marido, sería una sombra o uno de los paseantes de perros. Y ella creía reconocerlos a todos.

Mario la siguió, sin asomarse. La contempló desde el umbral de la vivienda. Ya había intentado encontrar a su perseguidor en el Parque de la Constitución, sin éxito. Quien lo estuviera siguiendo sabía muy bien lo que se hacía.

—No veo a nadie —protestó Irene.

—Vayamos dentro.

A ella le hubiera gustado gritar que le devolvieran a su hijo, a su Pablo; se reprimió para ahorrarse los cuchicheos de los vecinos.

En lugar de caer derrotada en el sofá, como minutos antes, se puso a dar vueltas por el salón. Sin saber por qué, tomó el atizador de la chimenea, en desuso desde el mes de marzo y lo meció como si tuviera la intención de agredir a alguien.

—¡Los rusos, son los rusos! —exclamó.

—¿Qué rusos, Irene? Si los rusos eran mis clientes y los libré de una buena.

—Sus rivales, todos los mafiosos tienen un clan rival.

Mario suspiró y se acercó, despacio, a su mujer. Le puso la mano en el hombro y la detuvo en su vaivén.

—El juez dictaminó que mis clientes no pertenecían a ninguna organización mafiosa.

Ella sostenía el atizador con una mano y se mordía las uñas de la otra. Lo miró.

—Entonces, ¡dime tú quién coño se ha llevado a nuestro niño!

Irene, tras esos breves minutos de furia, volvió a caer derrotada. Mario la abrazó. Con tanta fuerza que ella protestó y la tuvo que dejar. Tiró el atizador de mala gana y, al caer, el estruendo resonó en los tímpanos de la pareja. Se sentaron los dos en el sofá. Ella devoraba sus uñas, movía sus pies que parecía que le fuera a dar un ataque epiléptico y se frotaba las manos como si en lugar de en junio estuvieran en enero.

—Solo tengo que seguir lo que me ordenen y todo saldrá bien — La maniquea frase de todo saldrá bien colmó la paciencia de Irene.

—Mario, tengo un lío.

Él no la entendió. Creyó que decía que estaban metidos en un lío, y así era.

—¿En qué sentido?

La mujer se levantó de nuevo. Dio un par de zancadas y recogió el atizador del suelo.

—Me estoy tirando a otro.

Mario dejó caer sus hombros y su espalda hacia atrás. Sintió como si alguien tirara de él para hundirlo en el sofá.

—¿Y por qué me cuentas esto ahora?

—Porque a lo mejor tiene algo que ver, a lo mejor se ha vuelto loco y nos quiere hacer daño.

—¿Tiene motivos para hacernos daño? —Irene se quedó sin palabras. Raúl tenía mucha envidia de Mario, pero no lo creía capaz de hacer algo así—. Dime, ¿tiene motivos? —Mario se levantó y se dirigió a su mujer. Se detuvo a escasos centímetros, ella ya había alzado la mano en la que portaba el atizador de la chimenea.

No le aguantó la mirada.

Se dio la vuelta y volvió a sollozar. Mario no sabía si abrazarla o si marcharse corriendo de casa. Estaba a punto de explotar cuando recordó que tenía munición en el coche. Bajó corriendo y subió corriendo con el Lorazepam en la mano. Se tomó dos de golpe, sin agua; casi se atragantó. Subió al segundo piso de la vivienda y se metió en el cuarto de baño del rellano, que era casi exclusivo de Pablo. Se desnudó y se dio una de las duchas más calientes y más largas que recordaba.

Los recuerdos acudieron a la mente de Mario cuando se metió en la cama. La temperatura rozaba los veinte grados, pero tenía el cuerpo descompuesto y necesitó arroparse con una sábana. Su cabeza estaba repleta de caras de su hijo, tanto alegres en la playa o en sus actuaciones de guitarra, como tristes, cuando se murió el yayo o Jerry el Hámster. Tuvo tiempo de pensar también en sus caras de terror la primera vez que vio Pesadilla antes de Navidad, una de sus películas favoritas. Contaba con solo cinco años y algunas expresiones de Jack Skellington podían provocar miedo.

Irene se tumbó a su lado y él notó el calor de su cuerpo. Tímida, con ganas de acercarse, pero la barrera que ella misma había construido, se lo impedía.

—¿Lo conozco?

La mujer calló durante unos segundos, para, después, traicionarle por segunda vez en el día.

—No.

—Entonces dime, porque no me ha quedado claro. ¿Puede estar detrás de esto?

—No.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Llámalo.

—¡¿Cómo?!

—Que lo llames y salgamos de dudas.

—No voy a hacer eso.

Mario se incorporó y clavó su mirada en la de su mujer.

—¿No? Te recuerdo que por encima de tu dignidad y de la mía está la vida de nuestro hijo. Llámalo ahora mismo.

—No, son casi la una de la madrugada, no lo va a coger.

—Tú no lo sabes.

—También está casado.

—Vaya, no perdéis el tiempo.

—Mario, ódiame todo lo que quieras, pero confía en mí en esto: ha sido un error pensar en ello y contártelo. Es imposible que esté implicado porque… —Mario seguía con sus inquisitivos ojos clavados en los de ella. Como no se atrevía a seguir, fue Mario el que lo hizo en su lugar al darse cuenta de lo que sucedía.

—Vaya, así que vienes de verlo ahora mismo —Dicho esto, se levantó de la cama y se marchó a la habitación de Pablo—. No me sigas, necesito descansar unas horas.

Mario cerró la puerta y, una vez dentro del cuarto, no quiso mirar nada de la decoración ni las fotos que allí había. Sufrió un nuevo bofetón de realidad cuando se metió en la cama del niño: las sábanas conservaban su aroma.

Se durmió después de más de una hora de llanto, exhausto.

Había sido un día durísimo: un paseo por un parque de atracciones comparado con lo que le esperaba cuando se despertara.

Nuevo día

Le despertó el sonido del teléfono móvil.

Sintió deseos de estamparlo contra el armario, pero la puerta estaba decorada por el famoso póster Guitar Heaven, que reunía las dieciocho mejores —en teoría— guitarras de la historia. Guitarras y los nombres de los guitarristas que con su púa crearon melodías inolvidables: Jimmy Hendrix, Van Halen, Angus Young o Slash entre otros.

No recordaba el momento exacto en el que su hijo se aficionó a la música, pero sí el momento en el que decidió que quería ser guitarrista. Fue en un concierto homenaje a Isaac Albéniz. El ayuntamiento celebró unas jornadas dedicadas a la música española, con música de Falla y Albéniz entre otros. Mario recibió unas invitaciones y llevó a su hijo de apenas cuatro años a uno de los eventos. El niño salió encantado, y todo el camino a casa se lo pasó tarareando la mítica Leyenda. Desde ese día, los padres de Pablo se encargaron de fomentar la cultura musical del niño con todos los estilos posibles: flamenco, rock, jazz, etc. Pablo todavía no se decantaba por ninguno, le gustaban tanto los repiqueteos de The Edge de U2, como las caricias de Paco de Lucía. Con todos los términos medios que hay por el camino.

—Espero que hayas descansado porque hoy tienes un día movido —dijo la voz que lo torturaba desde el día anterior—. ¿Has avisado ya al trabajo y al colegio de vuestras ausencias?

—No me ha dado tiempo, no sé ni qué hora es.

—Hora de avisar. Hazlo rápido porque volveremos a contactarte dentro de quince minutos.

La voz colgó de forma tan abrupta como lo había hecho las ocasiones anteriores.

Irene apareció en el vano de la puerta de la habitación infantil.

—¿Eran ellos?

—Él, yo solo he hablado con una persona.

—¿Qué te ha dicho?

Mario no respondió y entró en la aplicación con la que se comunicaba con la tutora del niño. Mintió diciendo que tenía fiebre. A continuación se levantó y, sin mirar a Irene, llamó a la oficina. No cayó en la cuenta de que todavía no eran las nueve de la mañana y no habría nadie en recepción.

Irene lo perseguía con la vaga esperanza de que recayera en su presencia.

—Yo no voy a ir a trabajar hoy.

Mario la ignoró y buscó en el armario algo que ponerse. Dio con unos vaqueros cómodos, cogió la primera camiseta de manga corta que se encontró y encima se puso una camisa negra, también de manga corta. Dejó a un lado el estilo en favor de la comodidad.

Se lavó la cara y bajó hasta la cocina en busca de algo que comer. No tenía nada de hambre; sin embargo, llevaba más de doce horas sin ingerir alimento y su cuerpo necesitaba energía.

—¿Qué vas a hacer? —insistió Irene. Como recibió por respuesta el silencio, ella le puso las manos en la espalda—. Mario, ya te lo he dicho: ódiame todo lo que quieras, pero tenemos que estar juntos en esto. Yo no te culpo a ti de nada y mira que sigo pensando que los rusos tienen que estar metidos…

Mario se giró bruscamente. Irene lo culpaba. A pesar de que sus palabras dijeran lo contrario, lo culpaba. Su propia y adúltera mujer lo acusaba, como si él fuera el responsable del secuestro de su hijo. Mario le agarró por las muñecas y la miró a los ojos. Irene tembló, su pulso se aceleró tanto que Mario podía notarlo en las venas de sus antebrazos.

—Voy a hacer lo que me digan, como vengo haciendo últimamente en todo.

Dicho esto, la soltó y se calentó una taza de café con leche. Cuando estuvo caliente cogió un croissant algo rancio y lo mojó en el líquido marrón. Le dio dos bocados a uno y dos tragos al otro, y lo dejó todo en el fregadero.

—¿Qué puedo hacer yo?

Irene le cortaba el paso.

—¿Le has llamado?

—Le he escrito, pero no he dicho nada. Solo le he preguntado qué hizo ayer. Le he mentido diciendo que sospechas algo.

—¿Y?

—Dice que del trabajo fue a casa, estuvo con su familia y se fue al gimnasio.

—¿Y después?

Irene calló.

—¿Dónde estuvisteis? —Silencio— ¿Te fijaste si os seguía alguien?

—No.

—¿No te fijaste, o no os seguía nadie?

—A él no sé, a mí no me siguió nadie. Tengo cuidado con esto.

—Ya.

Ese «ya» dolió. Llevaba implícito más cosas que dos simples letras. El teléfono acudió en la ayuda de Irene.

—¿Qué pasa ahora?

—¿Estás listo? Tienes que volver al parque y repetir tu gran actuación de ayer. Procura disfrutar de los tocamientos.

—¡¿Qué?!

—¿Tengo que explicártelo?

—Pero… ¿de día? Los niños estarán en el colegio, y me verá todo el mundo…

—De eso se trata. Procura que te vea todo el mundo, procura que una madre, mucho mejor que un padre, tenga un altercado contigo. Excúsate diciendo que solo querías ayudar a la criatura, pero procura que la madre se ponga nerviosa y llame a la policía.

—¿Cómo?

—¿Eres sordo o tonto?

—Es que no entiendo por qué…

—No tienes que entenderlo, tan solo hazlo. Cuando hayas formado el altercado, te volveremos a llamar para el siguiente paso. Ya no queda nada para que Pablete regrese sano con su mamá —prometió el tipo—. Ve al mismo parque que ayer. Y procura que no te detengan, tienes que hacer un buen teatro sin llegar a pasarte.

—No me lo puedo creer.

La voz colgó. Y Mario se dobló sobre sus propias rodillas. Estaba a punto de cruzar un umbral del que no sabía cómo podría volver. Irene lo miraba estupefacta. Había escuchado la conversación a pesar de que Mario no puso el altavoz.

Ella lo miró y en sus ojos parecía dibujarse que lo único importante era rescatar a su hijo.

Lo más importante era no atraer demasiadas miradas.

Sentado en el mismo banco que la noche anterior, cavilaba las posibilidades de éxito que tenía esa prueba de la siniestra yincana. Para provocar un altercado real con un progenitor —una madre a ser posible—, debería acosar de verdad a un infante. Cualquier padre tendría dudas si simplemente se limitara a ayudar a su hijo o hija a subir un tobogán. Nadie puede concebir que un pederasta se someta a sus bajos deseos a plena luz del día en un parque infantil, aunque hay casos en la reciente historia negra española que documentan la presencia de estos depredadores en zonas infantiles en horarios matiales. La exigencias eran claras: tocamientos y acoso. Provocar que la madre se diera cuenta, se alertara y, con un poco de suerte, llamara a la policía.

Irene se quedó en casa, derrotada y sin energía. Le hizo prometer que no alertaría a las autoridades, que no se lo contaría a nadie. Se lo hizo prometer por su hijo. Le costó, pero después de tanta insistencia, lo juró tantas veces que parecía que el juramento ya no tenía valor. Mario le pidió estar pendiente del fijo, por si en algún momento pudiera llamarla desde un teléfono público.

Quiso ir con él, pero las instrucciones eran meridianas: solo él podría montarse en el Range Rover. ¿Y cómo te quedas en casa con esa angustia presente? ¿Qué haces? ¿Poner la televisión? ¿La radio? Irene se hizo con una de las tabletas de la caja de Lorazepam, y se metió dos para el cuerpo con un gran vaso de vino. No había dormido en toda la noche, y la suma de los tres factores la noqueó en pocos minutos.

Mario procuraba encontrar un balance entre no parecer un pederasta de las películas: bigote, gafas y periódico; y entre ir a pecho descubierto. El bufete quedaba a menos de trescientos metros del parque, y no podía a arriesgarse a que alguien lo reconociera. Por ello se puso una gorra y unas gafas de sol que, junto con la ropa de *sport* y una mascarilla que guardaba en el bolsillo, deberían ser suficientes para, en caso de emergencia, camuflarse al máximo.

Acudió al parque muy pronto: sobre las diez de la mañana ya estaba allí. Y como bien había protestado, un día laborable con los niños en el colegio era complicado los pequeños acudieran a su cita con los columpios y los toboganes.

El mar estaba cerca, el paseo marítimo por el que cada mañana paseaba. Y el olor a salitre se colaba por entre los edificios de primera línea de playa. Sin embargo, aquel día no servían para despejarlo ni para insuflarle energías. Por el contrario, creyó percibir cierto hedor. A veces la marea empuja la materia fecal hacia el lugar de su procedencia y se producen emanaciones no deseadas. O quizá el mal olor viniera de sí mismo, porque estaba cercano a convertirse en una basura.

Después de más de una hora en el parque, sin el avistamiento de ningún niño, sus párpados se le cerraban y le dolía la espalda. Le hubiera gustado llamar y preguntar si podía ir a otro parque, quizá alguno cercano a un centro escolar. Se aterrorizó cuando se dio cuenta de la gravedad de sus pensamientos. Era como si estuviera deseando tocar a los colegiales. Notó el reflujo: el café de primera hora trepaba por su esófago.

Pudo controlarlo.

Solo tuvo que esperar cuarenta minutos más.

Se dio la casualidad de que la misma chica latina que cuidaba al pequeño nórdico volvió por el parque pasadas las once de la mañana. Mario los observaba de reojo mientras fingía consultar algo en su móvil. El niño corría por todas partes, incluso llegó a pasar cerca de él. El abogado lo saludó y le ofreció chocar los cinco. La criatura tendría unos cuatro años y Mario no estaba seguro de hacer lo que tenía que hacer para salvar a su hijo.

Cuando por fin reunió el valor (¿se le podía llamar a eso valor?) suficiente para ejecutar el asqueroso cometido, se levantó. Esperó a que el niño subiera por el tobogán: lo hizo por las escaleras, y Mario se acercó. La chica latina lo estaba observando de reojo, y ella se adelantó y se llevó al niño de allí sin decir nada. El pequeño protestó, pero la mujer no le dio opción y tiró de él con tanta fuerza que tropezó, cayó y lo arrastró un par de metros. El niño rompió a llorar, y la mujer miró con recelo o con odio a Mario, antes de largarse del parque. Él se convenció de que, o no volvería por allí, o lo denunciaría.

Si no en su totalidad, una parte del encargo estaba cumplido. Por lo que se sentó y se permitió el lujo de respirar con tranquilidad y bajar las pulsaciones por primera vez en lo que iba de día.

La calma no le duró mucho, porque recibió una nueva llamada.

—Una mujer se ha largado en cuanto me ha visto, estuvo aquí ayer por la noche también —se adelantó—. Estoy seguro de que va a avisar a la policía.

—Hasta que una pareja de agentes no se presente en el parque y te interrogue, no te vas a marchar. Repito: no te puedes marchar.

La voz colgó y Mario, por segunda vez, sintió la tentación de estampar el móvil contra el suelo.

Aunque ese teléfono era el único nexo que tenía con la vida de su hijo.

Es curioso como te cambia la vida un hijo.

Mario, con tres hermanos, decidió, junto a Irene, tener solo uno. Ella era hija única y nunca sintió añoranza por rodearse de una hermana o un hermano. Sus padres, unos conocidos empresarios de la comarca, la colmaron de todos los caprichos posibles. Mario, el pequeño de los cuatro, y, por tanto, al que le tocó heredar ropa y bicicletas, tampoco guardaba buen recuerdo de su condición de hermano pequeño. No solo nunca estrenó ropa nueva, sino que sintió que sus padres lo trataron más como el hijo que estorbaba porque llegó el último y sin desearlo. Eso no fue motivo para que él quisiese a sus padres con locura.

Se había quedado dormido en el banco y poco antes de despertarse estaba soñando con su padre y con el infarto que se lo llevó con setenta años. Un infarto es lo que él casi sintió cuando un bocinazo lo sacó de su dormidera. Los gritos de los niños que, vestidos de colegiales, acudían en masa al recinto infantil, le devolvió a su confusa realidad.

Miró la hora en el móvil: las dos y cuarto. A pesar de que allí no había ningún colegio, los vecinos del barrio llevaban a sus hijos al parque antes de la hora de la comida. El calor apretaba y hasta bien entrada la tarde no podrían retornar. Era miércoles y la feria, inminente, se presentaba apasionante para los jóvenes. Mario sintió una punzada cuando recordó lo mucho que le gustaba la feria a Pablo. En especial los conciertos al aire libre en la barriada de Las Albarizas.

Un chiquillo flaco, pálido y con el pelo castaño, muy parecido al de su hijo, reclamó su atención. Se le había quedado mirando, como con ganas de decir algo. Sonrió y se subió al tobogán por el lado que no correspondía. Mario indagó buscando a su progenitor. El niño tardó poco en volver a la falda de su madre, reclamando un trozo de pan que mitigara su hambre infantil. La madre era una mujer tan flaca como el niño, con el pelo rizado y negro como una africana. Irradiaba tristeza o ira o las dos cosas juntas. Era la mujer perfecta para montar un escándalo.

Mario se levantó, ni siquiera hubo debate moral. El chiquillo se había interesado en él por algún motivo, y el abogado estaba dispuesto a cometer la siniestra tarea de convertirse en algo parecido a un pederasta.

Empujó al niño del culo y lo encaramó a la base del tobogán. El chico no se lo esperaba y, al darse la vuelta, se quedó mirando a Mario, que sonreía. Le correspondió a la sonrisa y bajó por las escaleras corriendo para subir de nuevo por la resbaladera: la vida al revés. Mario volvió a empujarlo y, de reojo, controlaba a la madre, que se había puesto a charlar con otra mujer. Repitieron la operación varias veces, y Mario no se atrevía a ir más allá. Dejó de fijarse la madre y se centró en el niño, al que mesó el pelo, acarició las mejillas y siguió empujando sus escuálidas nalgas.

—Perdone, ¿conoce usted a mi hijo?

Había llegado el momento de la verdad. Mario tomó aire y suspiró.

—Mamá, es el tito, ¿no lo reconoces?

—¿Cómo? —preguntó la madre, confusa.

—Sí, mamá, el hermano de papá.

—Te estás confundiendo, chiquillo —dijo Mario al mismo tiempo que le acariciaba la mejilla.

La madre, alarmada ante la caricia, agarró a la criatura y lo apartó del abogado.

—¿Se puede saber qué haces?

—Es que él también me recuerda a un sobrino... —Tenía la excusa más o menos preparada

—Haz el favor de marcharte de aquí.

—Disculpe, es que hace mucho que no veo a mi sobrino y lo echo de menos —Mario alargó la mano con la intención de volver a tocar al chico.

—¿Pero qué coño estás diciendo, tío?

—Mamá, que es el tito —El niño se escabulló de las garras de la madre, y le tomó la mano a Mario, que se la apretó y le ayudó a subir de nuevo al tobogán, empujándole de las nalgas.

—Estate quieto, ¡hijo de puta! —La madre le golpeó por la espalda—. Marta, llama a la policía, haz el favor.

Mario suspiró entre aliviado y asqueado. Lo había conseguido. Y no supo si eso lo alegraba o lo marcaría para siempre.

Marcaban las dos y media en el reloj del coche de Marina.

Su hora de entrada eran las tres de la tarde y, los días que podía, le hacía antes el relevo al compañero o compañera que tocase. Solo si estaba segura de que Néstor no era la persona a relevar.

Ella era consciente de que el motivo de su disputa era una irregularidad. Una irregularidad que no sería ni la primera ni la última en cometerse. Marina Caracuel jamás metería pruebas falsas para enchironar a inocentes, pero aquel tipo, Joao-Marcelo, y lo que hizo a posteriori, merecían saltarse las reglas. Al menos eso era lo que ella se repetía para acallar su conciencia.

—Hola, Caraculo —Ramón le dio la bienvenida cuando la agente salió del vestuario.

—Bueno… Si ya está el Ramongolo hoy aquí también.

—Estaba deseando verte, mejor dicho, despedirme de ti porque ahora te tocan tres días libres, ¿no?

—Y a ti también.

—Qué va, mañana y pasado curro de mañana.

—¿Y eso?

—Me lo ha pedido Robles. Que le debía un día y el otro dice que me lo debe él.

—¿Te quedas sin el puente de feria?

—No sufras, hoy voy a dormir como un bendito: mis nietos están con sus padres toda la feria.

A pesar de la excusa, Marina se apenó de que le tocara pringar todos los días de fiesta. Se ofreció a traerle un café de la máquina, pero el veterano rehusó; ya habría tiempo a lo largo de la tarde. Los dos policías se dirigieron al patrulla aparcado en la puerta de la comisaría. Le tocaba conducir a Ramón y, nada más sentarse en el vehículo, recibieron un aviso de transmisiones.

—¡Algún patrulla que se pueda acercar al Parque de la Constitución!

—Sí, Torres y Caracuel. Vamos para allá. ¿Qué ha ocurrido? —contestó Marina.

—Al parecer un señor que anda acosando a los niños.

Marina y Ramón se miraron. No era habitual lo que acababan de escuchar. Mejor dicho: no les había pasado algo así nunca. Marina insistió por el intercomunicador en que estaban en camino. Y por ese camino no dijeron nada. Ambos sabían que lo que les esperaba en el Parque de la Constitución sería desagradable.

Marina dudaba: por una parte, sintió deseos de enfrentarse a una de las peores lacras de esta sociedad; por otro lado, le daba miedo que se le fuera la mano con ese tipo, porque podría acabar atizándolo como si fuese un puching ball, y eso acabaría con un expediente. Ramón, al parecer, podría pensar algo igual. Aunque no se lo confesó a su compañera.

Tardaron en cubrir el trayecto desde la jefatura de la Policía Local hasta la Avenida de la Constitución seis minutos y medio. Marina puso el luminoso y eso agilizó el traslado.

Aparcaron junto a un Range Rover oscuro que ocupaba más de una plaza, aunque no le dieron importancia. Tras las rejas del parque, ya vislumbraron que nada bueno podía ocurrir allí. Accedieron por una de las entradas y, cuando llegaron a la zona infantil, la policía y el supuesto pederasta cruzaron miradas por primera vez en aquel día.

No sería la última vez.

La primera vez que Mario se fijó en los ojos de Marina tuvo una sensación extraña. Como si la conociera de toda la vida.

Un reducido grupo de madres y padres rodeaban al abogado, que tenía las gafas de sol puestas y la gorra: el penoso disfraz de supuesto acosador infantil. Le increpaban por haber acosado al crío que le llamaba *tito*.

Ramón fue el que se introdujo entre el grupo de los progenitores y llegó hasta Mario. Pidió calma a los padres y la identificación al abogado. Él dijo que la tenía en el coche, que si le permitían salir de allí, se la entregaría con gusto.

—¿Qué ha pasado exactamente aquí?

—Este energúmeno, que anda acosando a mi hijo —dijo la madre agraviada.

—Yo no he hecho nada, señora —se excusó Mario—, su niño me confundió con su tío y yo a él con mi sobrino. No hay más.

—¿Con tu sobrino? Hijo de la gran..

La mujer levantó la mano y cerró el puño, pero antes de que pudiera golpear la gara del abogado, Marina la detuvo.

—Calma, por favor —exigió Ramón—. Acompáñenos.

La agente Caracuel cruzó una nueva mirada con Mario y le agarró del brazo para sacarlo de la pequeña multitud que lo rodeaba.

—Eso, eso, *protegerlo* en lugar de meterlo en la cárcel —protestó la mujer—. Siempre igual.

—Señora, que vamos a identificarlo, tenga usted un poco de paciencia —gritó Marina.

Mario les guió hasta el Range Rover, justo delante del patrulla.

—Vaya, ni tique de la hora, ni aparcar bien, mal empezamos —dijo Ramón.

Mario no respondió, abrió el coche, sacó sus documentos de la guantera y entregó el permiso de conducir al oficial, que a su vez se lo

entregó a Marina. Al leer el nombre, Marina torció el gesto. Aquel tipo le sonaba de algo, aunque no caía en ese momento. Se dirigió al patrulla y por transmisiones facilitó nombre y número de DNI. A los pocos segundos recibió la respuesta.

—Caracuel, ¿estás de broma?

—¿Por qué?

—¿No sabes quién es ese hombre?

Ante la negativa de Marina, la compañera al otro lado de las comunicaciones se lo explicó. También le dijo que no constaba ningún tipo de ficha policial de ningún cuerpo en su expediente. ¡Todo lo contrario! Marina agradeció la información y se encaminó hasta Mario.

—Señor Gálvez, ¿qué está pasando?

—No lo sé, esa señora se ha vuelto un poco loca. Le juro que confundí al niño con mi sobrino, hace mucho que no lo veo.

La agente giró la cabeza y, por entre los barrotes que acordonaban el parque, se encontró con la atenta mirada de varias madres y algún que otro padre. Incluida la de la madre del niño supuestamente agraviado.

Ramón preguntaba con su mirada a la compañera. Ella le pedía calma con la mano.

—¿Y qué hacía usted aquí en el parque infantil? —Insistió la agente.

—Estaba un poco agobiado en el trabajo y me he dado un paseo por la playa, como sé que aquí se está fresquito, me sentado a descansar un poco. Sinceramente, no he caído en la hora y no pensé que habría chiquillos.

Marina lo examinaba de arriba abajo, como si fuera capaz de detectar la mentira del lenguaje corporal, cosa para lo que ella no estaba preparada, al menos de momento. Después de unos segundos, le entregó el documento.

—Ahí tiene, le pido que tenga más cuidado —sentenció Marina—. De la multa no podemos salvarlo —sonrió.

—Al mediodía la zona azul es libre, ya me multaron el otro día y me enteré bien del horario —Mario hizo un intento de devolver la sonrisa.

Marina calló, con una leve curva aún en la boca, y se quedó con las ganas de multarlo, al menos, para que las personas que lo habían increpado se quedaran más tranquilas. Ramón arrugó el gesto; no sabía lo que estaba ocurriendo y en cuanto Mario se subió al coche agarró del brazo a su compañera.

—Calma, Ramón, vamos primero a tranquilizar a esas madres.

Mario, por una parte, estaba tranquilo: había cumplido con su tarea. Por otra, la vergüenza, la humillación, la culpa le hicieron dudar de su capacidad de aguante. Miró por el retrovisor y se fijó, una vez más, en la agente, aunque la luna estaba tintada, sintió que los ojos de Marina podían alcanzarlo.

Sacó la mano por la ventana y, sin poner el intermitente, se incorporó a la calzada. A los pocos segundos, recibió la llamada que le cambiaría, que le destrozaría, para siempre la vida. Una llamada que le convertiría en una persona distinta.

Mario Gálvez ya no sería más Mario Gálvez.

Nagüeles

Mario Gálvez siempre decía que la vida es corta.

Lo confirmó nada más colgar el teléfono. La siguiente y última tarea era imposible, inviable, inalcanzable. Le habían asegurado que su hijo solo podría salir con vida si la llevaba a cabo. Tenía hasta las diez de la noche para cumplirla. La voz le concedía un tiempo para pensárselo, entendía la gravedad de la petición. Mario había exigido una prueba de vida. No sabía de qué película recordaba aquello, pero tenía claro que necesitaba ver a Pablo con vida. Los secuestradores no le prometían nada. Aunque dejaron la posibilidad abierta.

Mario aparcó en la zona de Jacinto Benavente, muy cerca de donde empezó todo. A escasos metros de la escuela musical de Pablo. El termómetro del coche marcaba los veintinueve grados. El abogado sudaba. Necesitaba buscar un lugar más resguardado de los rayos del sol, porque allí estaba demasiado expuesto, no solo al calor, sino a las miradas de curiosos, entre los que podría haber algún conocido del despacho. Arrancó de nuevo y, cuando llegó a la circunvalación, viró a la derecha. Subió la cuesta y, pocos metros más adelante, tomó la carretera en dirección a Nagüeles. Sospechaba que el parque estaría vacío a esa hora con el calor y en día laborable. Y no se equivocó.

Después de aparcar, se adentró por el camino de grava blanca y anduvo entre los pinos; buscó el banco más alejado de la entrada y, con una botella de agua que llevaba en el coche, se mojó la cabeza. Cuando se le agotó, buscó una fuente, rellenó la botella y repitió la operación. Se dio un par de bofetones en la cara. Como si quisiera despertar de la pesadilla en la que estaba envuelto.

Se tumbó boca arriba sobre el banco y se puso a llorar. Porque nada más cerrar los ojos, los recuerdos de Pablo vinieron a su mente. La de veces que habría jugado con él en aquel parque, las barbacoas con los amigos, el sexo con sus primeras novias en el aparcamiento contiguo…

Después del berrinche, el cielo azul le proporcionó algo de paz, le costaba trabajo incluso mover las piernas. Y tras dos o tres parpadeos, cayó en un duermevela del que no despertó hasta casi una hora después. El teléfono le vibró en el pecho, que es donde lo había dejado, y sonó un tono de llamada distinto al habitual.

Era Irene, desde una videollamada de WhatsApp.

Les habían prohibido tener contacto, así que no descolgó. Al poco, el mensaje de «escribiendo» apareció en la pantalla, y como en una película de suspense, tardó más de un minuto en mostrarse.

«Cógelo, están aquí»

Al principio no entendió bien, y se lo hizo saber. Ella contestó de nuevo.

«Ellos… y Pablo».

Pablo aparecía en la pantalla, asustado, temblando. Abrazado a Irene que lo asía con tanta fuerza que parecía que se lo quería meter dentro del cuerpo. Donde estaría protegido, como cuando estaba embarazada de él.

—Tranquilos, por favor —rogaba Mario— Todo va a ir bien.

Irene sollozaba, solo salían ellos en pantalla, pero estaba claro que había más gente a su alrededor.

—¿Qué va a ser de nosotros, Mario?

—Vais a estar bien, os lo prometo.

El teléfono se alejó y el abogado, antes de que la comunicación se cortara, lanzó un «os quiero»; así, en plural. Cuando cortaron, se puso a llorar, y llamó de nuevo. Las tres veces que lo intentó le colgaron. Después de la tercera tentativa, recibió una llamada por la vía ordinaria desde el número oculto habitual del último día.

—Ya tienes suficiente, joder, deja de molestar —le ordenaron.

Mario se puso a insultarlos en todos los idiomas que conocía. Al otro lado recibió alguna carcajada.

—¡No te rías más, desgraciado, cobarde! Devuelveme a mi hijo, joder…

—Tu hijo ya está con tu mujer. Solo tienes que hacer tu cometido para que nos vayamos y la dejemos tranquila.

—¿Y quién me asegura a mí que cumpliréis vuestra palabra?

—¿Todo el teatro que hemos montado para qué te crees que es? —Mario se calló, no comprendía nada—. Tan brillante para unas cosas, tan torpe para otras, abogado…

—¿Qué coño pasa?

Entonces el secuestrador se lo explicó todo. Y Mario comprendió que no tenía otra alternativa. Habían urdido un montaje que quedase recogido a la perfección por testigos, psiquiatra, policía, e incluso medios de comunicación.

—Así que ya lo sabes. Si quieres que tu hijo viva … —terminó de decir la voz—. ¡Salta!

Saltar para quitarse la vida no es fácil.

Por mucho que uno se encuentre al límite, se lo piensa más de una vez y más de dos antes de tirarse por un puente. O de cortarse las venas de las muñecas. O de ingerir mil pastillas. Las películas y las series han contribuido a una suerte de romantización del suicidio y, sobre todo, a mostrarlo como algo fácil.

La situación de Mario no era límite, él ya lo había cruzado. Aquel hombre, aquel famoso abogado estaba rozando el hecho de convertirse en otra entidad, no sería nunca más el gran letrado Gálvez de la firma Villegas y Familia.

Tuvo que obedecer, como el perro obedece al amo; porque el premio que recibiría sería mucho mejor que una galleta para mascotas: sería la libertad de Pablo.

Obedecer comprendía una serie de catástrofes sucesivas.

La primera, poner su todoterreno deportivo a más de ochenta o cien kilómetros por hora en una calle donde el máximo de velocidad eran cincuenta.

La segunda era pasar rozando a un coche patrulla de la policía local para que lo persiguieran de inmediato.

La tercera…

La tercera era la más compleja. La más difícil. La más macabra.

Mario recorrió la Avenida Ricardo Soriano y siguió por la de Ramón y Cajal, y tuvo que sortear varios vehículos y zigzaguear como si aquello se hubiera convertido en una pista de rallies. Lo hizo hasta que se cruzó con el patrulla que andaba busando; en ese coche policial viajaban dos recientes conocidos del abogado: Ramón y Marina. Cuando llamó su atención, como era requerido, redujo la velocidad hasta asegurarse de que lo persiguieran. Viró a la izquierda —saltándose un semáforo en rojo— y subió por las calles Serenata y Vázquez Clavel. Ya no circulaba a casi cien por hora, pero sí que iba rapidito.

A todo esto, procuraba no chocarse con ningún otro vehículo, ni atropellar a nadie. Llegó al cementerio y volvió a girar, esta vez a la

derecha, para enfilar la cuesta que lo llevaría al puente sobre la autovía.

Marina conducía y maldecía al maldito tarado que se pensaba que las calles de Marbella eran una pista de carreras. Cuando Ramón dio el aviso por radio del modelo, color y matrícula del coche, Marina sintió una punzada en la sien. Conocía ese Range Rover. Todavía no sabía de qué, pero cuando, minutos más tarde, descubriera al piloto suicida, recordaría que ese mismo día había tenido una difícil charla con él en un parque infantil.

Mario cruzó la rotonda del McDonalds como si no hubiera rotonda. Se fijó por el retrovisor: el patrulla venía cerca, pero no pegado a su culo. Cuando recorrió unos cincuenta metros sobre el puente, derrapó y se quedó cruzado en mitad de la calzada. Se bajó a toda prisa. Esperó a que la policía llegara y se dirigió hasta la valla.

Hasta ahí, perfecto. Era un perro obediente y eficaz.

El resto de la historia no salió como le habían ordenado.

Mario, esposado y con lágrimas en los ojos, viajaba en el coche patrulla que Marina conducía.

—¿Dónde vas? —preguntó Ramón cuando la agente enfiló por la Avenida General López Domínguez en sentido este. Ella no respondió, lo que provocó la indignación de su compañero y el reproche airado.

—Voy para la comisaría local, deja de protestar.

—Nos vamos a meter en un lío. Nos han dicho que lo llevemos al…

—¿Quién te lo ha dicho?

—Tú misma lo has escuchado.

—Por eso, Ramón, no me fío ni un pelo de nada de esto.

Ramón, a pesar de ser superior de Marina, en ocasiones, dejaba hacer a su compañera. En parte porque le quedaba poco en el «convento», en parte porque la consideraba una policía muy capaz, mucho más que él. Por eso procuraba transmitirle toda la sabiduría que había acumulado en sus más de cuarenta años de «guindilla», y la dejaba hacer en la medida de lo posible. Si no fuera por ella, ese hombre hubiera caído al vacío.

Porque Mario se resbaló.

Después de que Ramón abriera el maletero, Marina se acercó al abogado en un despiste; él reculó y, al mover el pie trasero, no lo apoyó bien y perdió el equilibrio. La policía llegó justo a tiempo de sujetarle de la mano que tenía en el aire. Como todo suicida no convencido, el instinto de supervivencia de Mario hizo que con la otra mano se sujetara a la valla. Un chico de unos veinte años que actuaba de curioso en la escena, dejó de grabar con su teléfono móvil y colaboró. Entre los dos tiraron del abogado y lo pusieron a salvo.

Mario cayó derrotado en la fría acera y rompió a llorar, diciendo frases poco inteligibles en las que Marina creyó escuchar «ahora sí que lo he matado, ahora sí».

Ramón se acercó y contó a su compañera que en el maletero había encontrado una mochila con restos de lo que parecía ser sangre.

La policía se agachó y le preguntó al letrado qué estaba pasando. Mario cruzó con ella una fugaz mirada y volvió a su llanto.

Ramón comunicó por transmisiones el problema. Al lugar de los hechos acudieron otros dos policías municipales en moto, que pusieron orden dispersando a los curiosos y dirigiendo el pequeño caos de tráfico que se había formado.

A los pocos minutos, en la radio del patrulla, recibieron un mensaje que pedía que trasladaran a Mario al cuartelillo de la Nacional. Mario ya estaba en la parte trasera del coche, esposado, y Marina lo miró. Él seguía con los ojos rotos y llenos de lágrimas, y perdidos en algún lugar que ella prefirió no saber. Ese hombre al que al mediodía había tenido que poco menos que rescatar de un linchamiento. Ese hombre ocultaba algo; algo demasiado complejo para intuirlo o lanzarlo al aire como un rumor. No, ese hombre no era un asesino o un pederasta, al menos hasta que se demostrara lo contrario. Eso era lo que su instinto, o quizá algo mejor: la lógica, le decían.

Marina preguntó quién pedía que lo trasladaran a la comisaría de la Policía Nacional. Al poco rato recibió un nombre, el de un inspector. Mario reaccionó al escuchar ese nombre: sus ojos ya no estaban perdidos en algún lugar del horizonte, sino que miraban la radio, con curiosidad, con ganas de saber más. La policía municipal se fijó en ese detalle, y ató cabos.

—Nos vamos a meter en un lío —insistió Ramón.

—No lo vamos a dejar libre, hombre. Lo llevamos a nuestra comisaría y si quieren que vengan a por él.

—Es que no lo entiendo y no sé por qué me dejo mangonear por ti.

Marina sonrió. Él no la correspondió. Cuando llegaron a un semáforo, la policía sacó el móvil y tecleó el nombre del abogado y del inspector que había solicitado el traslado. Miró por el retrovisor y Mario volvía a tener los ojos perdidos. Pinchó en la primera noticia de los resultados de búsqueda y entregó el móvil a su compañero con disimulo. Le hizo un gesto con la mandíbula para que leyera, alzó las cejas e inclinó la cabeza señalando a Mario. Ramón abrió la boca, y también los ojos y entendió el motivo de su compañera.

—De todas formas no es correcto —protestó Ramón.

—Vamos a preguntar al Mayor, ¿vale?

El veterano no dijo nada más.

Marina se había salido con la suya y se encaminaron hacia la comisaría de la Policía Local.

Mario, abstraído de la realidad, no había cumplido con la tarea: ya no era un buen perro, ahora se había convertido en un chucho apaleado, y el premio del rescate de Pablo lo veía difuso, como en una neblina.

No se había quitado la vida, tal como le habían ordenado, y ahora no sabía si Pablo habría perdido la suya.

No era la primera vez que Mario Gálvez visitaba unos calabozos.

En el pasado, se había entrevistado con algunos de sus clientes. Marina protestó porque no consideraba oportuno tener que meterlo entre rejas, pero el Mayor fue tajante:

—Hasta que vengan los nacionales, es un potencial suicida y prefiero tenerlo vigilado.

El Mayor dio el visto bueno a Marina. Él, como casi toda Marbella, estaba al tanto de quién era Mario y el problema que había tenido con la Policía Nacional a raíz del mediático juicio de Berbatov. No aprobaba la actuación de su joven agente, pero tampoco estaba en desacuerdo. Las explicaciones que Caracuel le había dado, le parecían tan extrañas como a ella. Procedió a comunicarse con la comisaría de los nacionales y le dijeron que el inspector Marcos Alterio en persona le llamaría de vuelta.

Quien de verdad le daba vueltas a lo sucedido era Marina:

Primero, el tipo aparecía en un parque rodeado de mujeres que lo acusaban de acoso sexual a menores.

Después, circuló a casi el doble de la velocidad permitida en una vía urbana.

Y, para finalizar, se intentó tirar de un puente delante de sus narices.

Todo en menos de ocho horas.

Por no hablar de la mochila con restos de sangre que había en el maletero y que el propio Gálvez advirtió de su presencia.

No es que ella fuera una sabuesa, solo que no creía en las casualidades, y sí en las causalidades. Por ello se acercó a hablar con Gálvez al que encontró gritando.

—¿Qué le pasa, Alberto? —preguntó Marina al compañero que custodiaba el calabozo.

—No para de pedir que llamemos a su mujer.

—¿Y por qué no lo ha hecho? No está detenido.

—No lo sé, a mí nadie me ha dicho nada —Alberto llevaba solo un mes como policía municipal y pecaba de prudente.

Marina pidió, no de muy buenos modos, que le abriera la puerta, y le indicó al compañero que trajera el inalámbrico de la recepción. Alberto abrió y marchó a hacer su cometido.

—Buenas noches, Mario. ¿Cómo está?

—¡Necesito llamar a mi mujer!

El estado de nervios del abogado podría calificarse como el de una persona neurótica: tenía la cara desencajada, como si hubiera tomado alguna sustancia propia de la noche; también estaba despeinado, y a la camisa que llevaba encima de una camiseta le faltaba más de un botón.

—Ahora mismo mi compañero le trae un teléfono. ¿Y el suyo?

—Lo dejé en el coche.

Marina se llevó la mano a la barbilla. Era más que probable que el equipo de inspección ocular de los nacionales que iba a hacer la investigación de la mochila ensangrentada recogiera los objetos personales del abogado. Se maldijo por no haber caído en la cuenta. Aunque, por otra parte, indagar en el teléfono de Mario podría acarrearle problemas.

—Pediré que se lo traigan —dijo con la intención de calmar al aparente suicida.

—¿Y cuándo podré llamar a mi mujer?

Marina salió del calabozo y se asomó al pasillo. Pegó una voz por si Alberto podía escucharle desde la planta superior. Al parecer, hizo efecto porque el novato llegó corriendo con el inalámbrico.

—Gracias, compi —dijo sonriendo. Alberto correspondió la sonrisa.

Marina volvió al interior de la estancia y le entregó el inalámbrico a Mario. Lo cogió despacio, como si tuviera miedo de que el aparato le diera una descarga. Con mucha lentitud llevó su dedo gordo a las teclas. Sin embargo, no marcó ningún número.

—Disculpa, me salgo para que puedas hablar con tranquilidad.

Cuando se dio la vuelta, escuchó el sollozo del abogado. Los codos sobre las rodillas y las manos apoyadas en la cabeza, sujetándola.

—No me acuerdo del maldito número…

Marina suspiró y, al mismo tiempo, empatizó con el letrado: en un mundo digital donde toda o casi toda la información la tenemos en nuestro pequeño ordenador llamado smartphone, que hubiese olvidado el teléfono de su mujer era algo de lo más normal.

—¿Tienes fijo en casa?

Mario levantó la cara.

—Sí…

—¿Tampoco te acuerdas?

Mario calló y levantó los ojos en dirección al lado izquierdo de su cerebro, ese en el que se guarda la memoria de verbal. Marina dejó al abogado con sus pensamientos y salió del calabozo. Le dedicó al compañero una sonrisa indolente y esperó.

A los pocos minutos, un trote de pisadas firmes y veloces la alertaron. El Mayor y dos hombres vestidos de calle, uno grande y calvo y con barba, y el otro pequeño, con pelo ralo, rechoncho y afeitado como si fuera el primer día de mili, llegaron a la puerta del calabozo.

—Buenas noches —Se adelantó ella, porque el trío no tenía muchas intenciones de saludar.

—Hola, Marina, estos son el inspector Alterio y el oficial Parra, del GRECO Málaga. Vamos a ver a Mario Gálvez.

El único que dijo algo parecido a un «hola» fue el tipo alto, calvo y con barba. El rechoncho y bajito ni la miró. Por alguna extraña razón, a ella no le gustó que se presentaran allí. Ellos no eran de Homicidios ni de la Científica.

La curiosidad no es algo que tenga base científica. Es algo inherente al ser humano. Quizá, por ello, Marina, a pesar de que no había sido invitada, se coló dentro del calabozo.

—Este hombre no ha cometido ningún delito —dijo.

Alterio, que era el policía bajito y rechoncho, esta vez sí habló:

—Que sepamos. ¿Y quién es usted?

—Marina Caracuel, agente de policía local —dijo esto bien cuadrada y sin saludar—. Mi Mayor nos acaba de presentar ahí fuera.

—Marina, si no te importa, estos compañeros tienen que interrogar al señor Gálvez —dijo Enrique Muros.

—Pero Mario Gálvez no ha hecho nada más que intentar tirarse por un puente.

—Agente, la sangre que están examinando ahora mismo los compañeros de criminalística determinará lo que ha sucedido, y si eso es lo que le ha motivado en sus tentativas suicidas —intercedió el subinspector alto y calvo.

—Pero ustedes no son de Homicidios, con el debido respeto.

El Mayor abrió mucho los ojos, por una parte, habría querido matar a su subordinada, y por otra tenía toda la razón del mundo. Alterio decidió ignorarla y se giró para proseguir con las preguntas a Mario.

—¿Puedes repetirme por qué te ibas a tirar del puente?

—Inspector, necesito llamar por teléfono a mi mujer antes de contestarle.

Alterio bufó. Era la segunda vez que hacía la pregunta al abogado, y la segunda vez que le respondía lo mismo. Todo detenido tiene derecho a llamar por teléfono, y Gálvez no estaba detenido, así que el policía nacional hizo un gesto al Mayor y salió del calabozo, aunque se quedó en la puerta con el compañero. El Mayor hizo otro gesto a Marina para que los acompañara.

El abogado encontró en su memoria el teléfono de su casa y

marcó el número en el inalámbrico. Dio varios tonos de llamada, pero nadie contestó, para desesperación de Mario.

—Vuelve a intentarlo —dijo Marina desde la puerta.

Mario la miró, y el gesto de comprensión en los ojos de la agente le calmó. Volvió a marcar. Cuando estaba a punto de colgar después del quinto o sexto tono de llamada, una voz sonó al otro lado de la línea telefónica.

La línea por la que caminaban Mario e Irene era más delgada que la de la película mítica de Terrence Malick. E igual de roja.

El abogado estaba al borde del llanto.

—¿Cómo que está dormido? —preguntó a su mujer.

—Sí, ha venido *maluquillo* y se ha acostado. Además ya son más de las diez.

—Pero… ¿qué está pasando, Irene?

Escuchó dudar a su mujer.

—Na..Nada, creo que yo también estoy algo resfriada. En la clínica hay varios *compis* de baja, a lo mejor se lo he pegado yo.

Mario no daba crédito a las palabras de su mujer. Sin embargo, notaba algo extraño en su tono de voz. No quería decir nada delante de los policías que lo custodiaban.

—Irene, ¿seguro que el niño está bien?

—Sí..sí, todo bien. Todo en orden.

Esa expresión fue el espaldarazo que necesitaba Mario para saber que nada estaba bien, nada estaba en orden, porque ella nunca usaba esos términos.

—Disculpe, ¿cómo se llama usted? —dijo Mario dirigiéndose al Mayor, que estaba junto a Marina

—Soy el Mayor Enrique Muros.

—¿Podrían ir a mi casa, por favor?

Marina se incorporó a la conversación, y los policías nacionales también se aproximaron.

—¿Con qué motivo, señor Gálvez? —preguntó el Mayor.

—A ver… Esta tarde cuando he ido a recoger a mi hijo de sus extraescolares, el niño no estaba allí. Se ha escapado —mintió Mario —. Me he puesto a buscarlo y no lo he encontrado por ningún sitio —

Todos le miraban expectantes—. Creo que… se me ha podido ir la cabeza y por eso lo del puente. No me acuerdo bien, tengo como lagunas.

A Marina no le cuadraba la historia, y al Mayor tampoco. Alterio, que permanecía callado, parecía mucho más incrédulo.

—¿Estás seguro de eso que estás diciendo, Gálvez? —inquirió el inspector.

—Mi mujer dice que el niño está en casa, ¿podrían ir a confirmar que esto es verdad?

—¿Por qué? —Alterio no le daba tregua—. ¿No confías en tu mujer en algo tan importante?

Mario enmudeció. Sus mentiras le estaban acorralando, pero no quería confesar toda la verdad por miedo; por miedo a ese teléfono oculto que le había estado martirizando durante las últimas horas; por miedo a esa voz entre rota y cómica que le resonaba en los tímpanos.

—No es eso, simplemente me quedaría más tranquilo.

—¿Qué hay de la mochila con sangre en el maletero de tu coche? —insistió el inspector.

—La encontré en un parque, se me ha ido la cabeza. Últimamente no estoy muy bien, Marcos. No sé qué me ha podido ocurrir.

—Mayor, ¿podemos hablar fuera un momento? —preguntó Marina

Los nacionales se quedaron a hacer más preguntas a Mario, mientras Muros y Marina salieron del calabozo.

—Haga usted el favor de librarse de estos maderos y hablemos nosotros con el abogado.

—Agente Caracuel, creo que estamos pisando terreno pantanoso. No es nuestra competencia…

—Ni la de estos dos; son de la UDYCO, delitos económicos, Mayor, y aquí no hay ningún delito económico. Usted sabe tan bien como yo que Alterio busca otra cosa.

—¿Qué cosa?

—No lo sé, pero tocarle las narices a Gálvez es una de ellas. Y este hombre no está muy bien, ya lo ve. No es competencia de estos inspectores, Mayor. Es nuestra, nosotros somos seguridad ciudadana de primera línea.

El Mayor suspiró. Dio un cuarto de vuelta sobre sí mismo con los brazos en jarras.

—En media hora venga usted a mi despacho.

—¿Va usted a mandar a alguien a casa del abogado?

—¿Quiere ir usted?

—No me gustaría irme de la comisaría sin que hayan dejado a este hombre tranquilo.

—Le garantizo que Gálvez dormirá aquí esta noche. Llame a su compañero y vayan.

Marina se cuadró y agradeció al Mayor el trato prestado. Entró al calabozo y le pidió la dirección a Mario, que le dedicó una mirada cargada de agradecimientos. No así el inspector Alterio, que ni se despidió cuando ella abandonó el lugar en dirección al domicilio del abogado.

Lo que allí encontraría no lo esperaba nadie.

Nadie esperaba que Marina reclutase al peor compañero que podía reclutar.

Ramón ya se había ido a casa y ella estaba echando horas extra. El Mayor insistió mucho en que la acompañase Néstor Amigo. Y, precisamente, eso era de lo que ellos dos carecían: amistad.

Después del problema con el traficante portugués y, a pesar de que el tipo cometiera la atrocidad que cometió, Néstor no rebajó nunca la tensión con Marina. Es más, conspiró contra ella en la comisaría. El Mayor Muros era un amigo de su padre de toda la vida y, como en casi todo, las conexiones personales suponen un aval. Néstor dio pelos y señales al Mayor del intento de irregularidad de Marina con Joao. El Mayor los reunió a los dos y allí se dijeron de todo. Marina tenía las de perder, más novata, más impulsiva y sin enchufes en el cuerpo. Y con la alargada sombra de la irregularidad.

Tuvo que recular, pedir perdón y tragarse el orgullo. Solo cuando Joao cometió el atropello, el Mayor tuvo cierta condescendencia con ella. Marina no dijo ni pío en público, ni al Mayor ni a su compañero. Tan solo una mirada al día siguiente de conocer la noticia. Una mirada que Néstor no pudo aguantar a pesar de contar con la razón que otorga cumplir las normas.

Apenas hablaron en el breve trayecto de la comisaría a la casa de Mario en la Urbanización de Bello Horizonte. La noche estaba templada y se notaba en el ambiente la próxima feria. Era la noche del chupinazo y muchos chavales estaban todavía en la calle a esperas de ver los fuegos artificiales desde una colina del barrio. La urbanización estaba formada, en su gran parte, por bloques de chalets adosados de tres o cuatro plantas. Con fachadas blancas y tejas rojas, y puertas de garajes de diferentes tonos. Marina tocó el timbre de la casa que Mario le había indicado en el calabozo. Tardaron en contestar. La policía se identificó y al otro lado se quedaron mudos.

—¿Irene? Somos la policía local. ¿Sigue usted ahí?

—Sí, disculpe. Le abro.

El telefonillo permitió a los policías abrir la verja de la entrada. Marina dejó paso a Néstor, por aquello del respeto al rango superior. Ambos policías subieron por las estrechas escaleras de baldosas rojizas hasta llegar al patio delantero. La puerta principal de la casa estaba

cerrada y Néstor golpeó, impaciente, con los nudillos.

La mujer tardaba en abrir, por lo que Marina tuvo que llamarla en voz alta. A los pocos segundos, la puerta se abrió.

Irene, en ropa deportiva y con la cara mojada, apareció ante los ojos de los agentes locales.

—Buenas noches y disculpe la molestia a esta hora —dijo Marina adelantándose a Néstor, que la miró con desespero—. Solo queríamos comprobar que todo está bien.

—¿Mi marido está detenido? —disparó ella, casi sin anestesia.

—No, está…

—Está en nuestras dependencias, señora —interrumpió Néstor—, va a pasar la noche allí. Nos ha enviado para comprobar que tanto su hijo como usted se encuentran bien.

—Sí, estamos bien. Me preocupa él, lo he notado muy nervioso.

—Señora, su marido se ha intentado...

—Irene, se llama ¿verdad? —Marina interrumpió a su compañero y casi le da un codazo por bocazas. Mario le pidió que no dijera nada del incidente. Irene asintió al escuchar su nombre—. Mario nos ha pedido que le confirmemos que Pablo está bien. ¿Podemos pasar?

—Está dormido.

En ese momento se escuchó un ruido en la parte superior de la casa.

—¿Le habremos despertado? —preguntó la policía.

—Espero que no, una compañera ha venido a ayudarme. Es pediatra en prácticas en la clínica donde trabajo. Está arriba echándole un ojo.

—Nos gustaría comprobar que el niño está bien, no hace falta que lo despierten —intervino el oficial.

—De acuerdo —suspiró Irene—. Pasen.

Los dos policías accedieron al interior de la vivienda. Marina sonrió a Irene que no le correspondió. Subieron al segundo piso.

—Por favor, con cuidado, no me lo despierten.

La compañera de Irene esperaba en el rellano. Era una mujer morena de pelo rizado que llevaba una sudadera con capucha tapándole la cabeza.

—Rasha, estos señores son de la policía.

La mujer bajó la cabeza a modo de saludo.

Irene señaló la habitación donde Pablo dormía bajo una luz nocturna de un color parecido al verde. La lamparita de noche iluminaba la habitación del niño de una forma un tanto tétrica con un verde fantasmal rebotando en el techo.

La respiración de Pablo, algo ronca, se escuchaba desde el rellano.

—Tiene fiebre —dijo Rasha con un marcado acento árabe.

Irene tenía los ojos clavados en Rasha. A la agente Caracuel aquello no le pasó desapercibido.

—Nos vamos —dijo Néstor—, le comunicaremos a su marido que el niño está en la cama. ¿Cómo dice que ha aparecido?

Irene tragó saliva.

—Estaba en un parque con otros niños y Rasha se lo encontró, le extrañó verlo allí solo y me llamó enseguida.

Néstor apuntó el dato. Marina buscaba algo en la expresión de Irene, algo que la descuadrara, aunque no sabía el qué.

—Muy bien, nos vamos. De todas formas es posible que venga algún compañero de la Policía Nacional.

—¿Y eso? —preguntó Irene.

—No lo sé, señora, es lo que me han dicho mis superiores.

Irene bajó los hombros y agachó la cabeza; Marina anotaba mentalmente todas las reacciones de la mujer de Mario.

Los dos policías bajaron las escaleras y se marcharon de la casa.

—¿Qué piensas? —preguntó Marina cuando se montaron en el coche.

—Pues que no es oro todo lo que reluce —respondió Amigo. Su compañera le interrogó con los ojos—. Que no es un matrimonio perfecto y que se están peleando por el niño de alguna forma que no sabemos. Pero eso a ti y a mí no nos incumbe.

Dicho esto, Néstor arrancó y se puso en marcha rumbo a la comisaría.

Marina miró una vez más la casa y en ese momento, se escuchó el estruendo del primer cohete de los fuegos artificiales. Por el espejo, y gracias al resplandor que provocaron los siguientes, pudo observar un todoterreno de lujo aparcado en una acera en frente del domicilio de Irene y Mario.

En ese momento no se dio cuenta de la importancia que ese vehículo tendría en el futuro.

El futuro no era halagüeño para Mario Gálvez.

Encerrado en el calabozo, de dos metros por dos, le daba vueltas a todo lo sucedido. Se preguntaba por las posibles conexiones de Berbatov con las mafias de San Petersburgo. Por mucho que hubiera investigado y no hallado nada, podría haber cometido algún error y que todo aquello fuera una represalia de una banda rival. Era lo único que se le ocurría. Esta sospecha tomaba fuerza por la inesperada visita y, sobre todo, por el interés desmedido del inspector Alterio en su detención.

Mientras Marina y Néstor inspeccionaban la casa de Mario, el Mayor y Alterio habían tenido una intensa charla en la que habían acordado dejar al abogado allí retenido.

—No está detenido, inspector. Es un potencial suicida y como tal tenemos el protocolo activado —dijo el Mayor.

—En unas horas volveré con una orden para llevármelo.

—Me parece bien, pero me gustaría saber por qué tanto interés.

—No voy a desvelarle aspectos importantes de nuestra investigación, Mayor. Quédese con que es más que extraño que el hombre que puso en libertad a Berbatov hace menos de una semana se haya querido suicidar —El inspector se tocó la sien con el dedo índice —. No hay que ser muy listo para saber que algo huele mal.

El Mayor no le dio importancia a ese intento de humillación por parte del nacional. Le invitó a volver con la orden para llevárselo.

Marina regresó junto a Néstor, que la retuvo cuando bajaba las escaleras de dos en dos para informar a Mario de que en su casa todo parecía correcto.

—Vamos a informar al Mayor primero —sentenció.

Marina suspiró y agachó los hombros. ¡Cuánto le fastidiaban los protocolos!

—El Mayor hace horas que tendría que estar en casa —repuso la agente.

Néstor no dijo nada y se limitó a caminar por los impolutos

pasillos de la jefatura en dirección al despacho de su superior. La puerta estaba abierta. Pese a ello, el oficial llamó con los nudillos, aunque no esperó a que le dieran el acceso. El Mayor hablaba por teléfono y les hizo un gesto con la mano para que esperaran fuera. Marina intentó pegar la oreja.

—¿Qué haces, Caracuel? —reprochó Nestor.

Ella lo ignoró, aunque la reprimenda le impidió escuchar nada. El oficial se puso delante de ella y, con gesto serio, le invitó a dejar de cotillear.

—¿De verdad? —protestó la agente.

Al oficial no le dio tiempo a responder porque al otro lado el Mayor les llamó.

—A ver, me cuentan qué han visto en la casa del abogado que yo me tengo que ir a la mía que mi mujer me va a matar.

Néstor se cuadró delante del superior a pesar de que este no hizo ningún saludo oficial. Marina, a la que le dieron ganas de reírse por lo ridículo que suponía tanta formalidad entre dos amigos de toda la vida, se adelantó a su compañero:

—En casa de Gálvez todo parece ir bien, pero… —se detuvo.

Néstor la miró con condescendencia, o con rabia.

—Todo en orden, Mayor.

Muros ignoró al oficial y no le quitó ojo a la agente que, ante la actitud del superior, se decidió a seguir.

—Hay algo extraño, no sabría decirle.

—Inténtelo.

—El niño está metido en la cama, bastante abrigado para el calor que hace.

—Han dicho que estaba enfermo, Mayor —intervino Amigo.

—Sí, pero también que tenía fiebre, y para la fiebre no recomiendan taparse tanto.

—La mujer que los acompañaba era pediatra. ¿Ahora sabes tú

más de salud infantil que un pediatra?

—Néstor, no hace falta ser tan quisquilloso —intervino el Mayor —. ¿Había una mujer allí?

—Sí, mi Mayor —dijo Néstor—. Una compañera de la clínica donde trabaja Irene Lima, la mujer de Gálvez.

—¿Y qué hacía allí?

—Por lo visto el niño sí que se había fugado y ella fue quien lo encontró en un parque.

El mayor se echó hacia atrás y se tocó la barbilla. El sillón en el que estaba sentado era el típico sillón rotatorio de oficina fabricado con polipiel de la buena.

—¿Han informado al abogado?

—No, me disponía a bajar a hacerlo, pero el oficial me ha instado a comunicárselo a usted primero.

—Hágalo.

—¿Le han puesto el protocolo antisuicidio, mi Mayor? —preguntó Marina.

—Lo habitual, nada especial.

—¿Le importa si solicitamos la protección especial?

—Tiene razón, doy la orden. Baje y revise que todo está correcto en el calabozo.

Los dos agentes se cuadraron y se marcharon de la oficina. Marina caminaba a paso muy ligero para dejar atrás a Néstor con la esperanza de que no lo siguiera. La siguiente conversación con Mario Gálvez prefería mantenerla al margen de cualquier protocolo.

El protocolo antisuicidio no se había activado, pero Marina comprobó que Mario no tenía cordones en los zapatos, ni cinturón y que en la celda no había ningún objeto cortante. A no ser que Mario decidiera estrellar su cabeza contra el espartano catre o contra las desconchadas paredes o contra el desgastado inodoro, sería complicado que se quitase la vida allí.

—Levántese, por favor —pidió Néstor, que para disgusto de Marina había bajado también.

Nestor registró al abogado para verificar que no quedaba nada en su ropa con lo que pudiera autolesionarse. Mario se incorporó como el que se levanta de su cama un día festivo: despacio y con la mirada perdida. A Marina le extrañó su actitud, muy diferente a la que mantenía tan solo una hora antes. Era como si le hubiera dejado de importar lo que le ocurriera a su hijo.

—Mario, hemos estado en tu casa —inició Marina, pero Mario no dejaba de mirar al suelo—. El niño está bien. Bueno, tiene fiebre, pero está en su cama tranquilo con su madre y una amiga que es pediatra y le está cuidando…

—¿Una amiga pediatra? —Mario levantó su cabeza y en sus ojos brillaba la sombra de la duda.

—Una tal Rasha —afirmó Néstor.

Mario volvió la vista al suelo.

—¿La conoce? —indagó Marina, que esperaba una información que la sacara de sus dudas.

Mario no respondió. Los dos agentes se miraron entre sí y Néstor se encogió de hombros. Al poco le hizo una señal a su compañera para abandonar la celda. Ella trató de resistirse, pero el oficial insistió con la mirada.

—Si necesita cualquier cosa, hágaselo saber al compañero de la puerta —indicoó Néstor.

Mario tampoco dijo nada ante el ofrecimiento. Los dos policías abandonaron la celda y Néstor le pidió a Alberto que estuviera pendiente de él. El novato se cuadró ante el oficial para darle a

entender que obedecería.

Marina puso un pie en el primer escalón de la escalera que conducía a la planta superior. No lo puso en el segundo. Se apoyó sobre la barandilla y se quedó pensativa. Su compañero le preguntó qué le pasaba. Ella dijo que estaba agotada y que le había dado un pequeño mareo. Néstor se ofreció a ayudarla, pero rehusó. Como Amigo no se movía, cambió su estrategia.

—En la taquilla tengo unas barritas, me las como antes de irme.

Néstor asintió y subieron juntos. Marina debería haber abandonado la comisaría un par de horas atrás. El oficial caminó por el pasillo que le conducía a su puesto de trabajo, mientras Marina consultaba —o hacía que consultaba— algo en el móvil. Para no llamar demasiado la atención fue a la sala de vestuarios, abrió la taquilla con esfuerzo, ya que la llave estaba oxidada y cogió la mencionada barrita proteica.

Salió de los vestuarios todavía de uniforme, con el disimulo que pudo bajó las escaleras que conducían al calabozo. Se cercioró de que ni Néstor ni ningún otro compañero la seguía y le pidió al policía novato que le dejara entrar. Este hizo un amago de preguntar para qué, pero se lo pensó mejor y abrió la puerta. Marina sabía que iba a escuchar la conversación por lo que ya había diseñado una estrategia.

—Hola de nuevo, Mario —dijo. Estaba de espaldas a la puerta, por si al novato le daba por cotillear. Sostenía en su mano el teléfono móvil en el que había escrito algo en la pantalla. Se lo mostró a Mario, al que le costó reaccionar.

Aunque no dijera nada, la cara del abogado no dejaba lugar a dudas.

Marina tecleó de nuevo en su teléfono móvil y se lo volvió a mostrar a Gálvez. En esa ocasión, Mario hizo un pequeño movimiento con la cabeza arriba y abajo. La conversación prosiguió entre mensajes en la pantalla del móvil y negaciones o afirmaciones del abogado. Hasta que la agente le cedió el móvil. En ese momento los cimientos de la vida personal y profesional de Marina Caracuel acababan de cambiar; quizá dejaría, incluso, de ser policía.

Ascender en la policía no era fácil.

Marina y sus noches de estudio así lo atestiguaban. Estaba sentada en su escritorio, en una esquina del salón de su pequeño piso de una sola habitación. La casa estaba equipada con muebles funcionales de automontaje, aunque tuvo que pedir ayuda a su padre para los más voluminosos, el resto lo equipó ella solita. Y la pintó de un tono amarillo suave que, según ella, le otorgaba cierta personalidad. Bajo la luz LED de su lámpara de estudio, subrayaba o intentaba subrayar con fluorescente verde lo más importante del tema. Sin embargo, era incapaz de concentrarse. Lo que Mario había escrito en la pantalla de su móvil era demasiado perturbador.

Cuando terminó de leer toda la confesión, hizo el amago de preguntar al abogado si de verdad estaba bien de la cabeza y ese había sido el motivo para saltar del puente. No concebía que hubieran podido orquestar semejante teatro para acabar con su vida y alguien creyera que había sido un suicidio. Marina se marchó, malhumorada, del calabozo y se dijo a sí misma que no creería lo que había confesado el abogado; que no dudaría de si la tal Rasha era amiga de la familia, y que no dudaría de que el intento de suicidio había sido real.

Debido a que no se concentraba para el estudio, se dio una segunda ducha. Estaba empapada en sudor. El verano se adelantaba y la luz de la lámpara, a pesar de ser fría, calentaba lo suyo. Además, esa noche no corría una gota del preciado viento de levante —más cálido— o de poniente —más frío— que solía refrescar el ambiente en la Costa del Sol. En esta segunda ducha sus manos fueron más allá de lo necesario para asearse o refrescarse. Sintió esa punzada de pulsión sexual que le había provocado una jornada de trabajo demasiado intensa. Pero esa misma intensidad que le llevó a subir la libido, fue la responsable de bajársela: no se concentraba ni para masturbarse.

—¡Joder! —Protestó, con los azulejos como únicos testigos de su frustración.

En cuanto se secó, se puso a apuntar todo lo que Mario le había contado: la cita en el Parque de los Enamorados en la que no se presentó nadie; la extraña avería del coche; la desaparición de Pablo; las llamadas de la voz anónima con acento neutro; la visita al supuesto psiquiatra; la ingesta de ansiolíticos y tranquilizantes; el desagradable incidente en el parque infantil con el niño; la videollamada con Pablo e Irene; la huida a más de ochenta por las calles de Marbella y, para terminar, el intento de suicidio. De la mochila ensangrentada él no sabía nada; dijo que la habrían metido en el maletero sin que se diese

cuenta.

Al parecer, y según su versión, alguien lo había obligado a suicidarse. Ese era el pago del rescate de su hijo.

Cuándo ella preguntó el por qué, Mario no supo contestar.

Como no sabían la causa, Marina se puso a analizar los hechos, y llegó a la conclusión de que alguien lo estaba siguiendo muy de cerca. Cuando se dio cuenta de esto, pegó un brinco. Paseó por la estancia, y se fijó en las paredes amarillas y en los escasos muebles blancos.

—Si lo están siguiendo… —se dijo.

Si lo estaban siguiendo, era posible que estuvieran en las inmediaciones de la comisaría. O también vigilando la casa del abogado. Si todo lo que Mario había contado era verdad, esto sería la prueba que ella necesitaba para confiar en su versión. Sin embargo, se echó a temblar: si todo era verdad, jamás podría estarse quieta. Además, era más que probable que ella también estuviera bajo el radar de los supuestos secuestradores.

No tenía claro a quién recurrir, porque el Mayor, por muy distante que se hubiera mostrado del inspector Alterio, nunca actuaría fuera de protocolo policial. Y lo que Mario le había pedido se los saltaba todos. En Néstor tampoco podía confiar. No era más que un lameculos de Enrique, y su enfrentamiento personal era un lastre.

Solo le quedaba una persona a la que acudir: un buen compañero.

Ramón era el mejor compañero que cualquier policía, hombre o mujer, pudiera tener.

No solo era un mentor, era como un padre, como un hermano mayor que la protegía de casi todo. Casi, porque la jerarquía policial no le permitía enfrentarse a los superiores. Ya se lo había advertido en el pasado: «—Si tienes un problema con Muros, no podré ayudarte». Por eso Marina se cuidaba mucho de respetar las órdenes del Mayor.

—¿Qué quieres a estas horas, caraculo? Son más de las tres de la madrugada.

—Mongolo, si coges el móvil es porque estás despierto. ¿Qué serie ves?

Si Ramón había instruido a Marina en actuaciones policiales, Marina le había metido el gusanillo de las series de televisión: desde Mindhunter hasta Mentes Criminales, pasando por True Detective.

—La de los que fabrican *eme*, que tiene un nombre raro en inglés…

—¿Estás viendo Breaking Bad? Pero si decías que no te gustaba.

—Y no me gusta, estoy enganchado por tu culpa. Es como los yonquis con el caballo, seguro que no les encanta, pero no pueden vivir sin ello.

—Anda que vaya comparación.

—¡Qué quieres, dime!

—Necesito que me hagas un favor enorme.

—¿Cómo de enorme?

Cuando Marina le contó lo que requería de él, el primer instinto del oficial fue el de colgar el teléfono.

—¿Tú estás mal de la cabeza, caraculo?

—Ramón, es todo muy extraño…

—Lo es, lo es, pero para eso tienes que redactar un informe y se

lo presentamos al Mayor. No puedes ir por ahí investigando por tu cuenta fuera de servicio.

—Si presentamos un informe con mis sospechas al Mayor, Muros lo va a remitir a Policía Nacional. Y sabes a quién le va a llegar el primerito de todos, ¿no?

—¿Y qué si le llega? Es cosa suya. Estás especulando con la información que te ha dado un suicida…

—Presunto suicida, Ramón.

Al otro lado del teléfono el oficial soltó un bufido. Esa cría le estaba metiendo en un berenjenal del que no sabía cómo iba a escapar. Por un lado, todo lo que ella decía estaba fuera de lugar, por el otro…

—Es una locura, Marina.

—Lo sé, pero solo te pido que me acompañes a hablar con la mujer y cerciorarnos de que el niño está bien. Nada más —Eso era todo lo que Mario le había pedido a Marina. Que mirara a la cara a su hijo y le hiciera una pregunta que solo el niño podría responder. Entonces él estaría seguro de que su hijo estaba bien.

—Me levanto en menos de cuatro horas.

—Siempre me dices que con eso vás *sobrao*…

Los argumentos de la agente desmontaban todos y cada uno de los peros que el oficial ponía. Tras unos segundos, accedió.

—Echamos un vistazo rápido y nos volvemos.

Ramón condujo su Seat Ateca particular por las calles de la urbanización donde residía Mario Gálvez. Al llegar a la rotonda del parque, Marina le pidió que girase a la izquierda y que circulase despacio. Por alguna razón, las farolas estaban fundidas o apagadas sin más, y la visibilidad era escasa. Giraron a la izquierda y se aproximaron a la vivienda del abogado.

—No te pares, ve muy despacio —solicitó Marina.

Ella se fijó en la casa de Gálvez, las luces parecían apagadas y no había rastro de movimientos en el interior.

—Mira ese coche —dijo Ramón.

Un imponente todoterreno de lujo estaba aparcado en la acera de enfrente, junto a unas casetas de la luz o de telecomunicaciones del vecindario. Marina hizo memoria a marchas forzadas, el coche le sonaba de algo, aunque no conseguía recordar.

—Entras a las siete, ¿verdad?

—Ya lo sabes, ¿por qué?

—Porque hoy vas a entrar antes —Marina lo miró con los mismos ojos que el gato con botas miraba a Shrek—. Por favor.

El favor que Ramón le iba a hacer a Marina lo comprometía demasiado.

No obstante, el veterano oficial se había dado cuenta de que las cosas apestaban en aquel extraño incidente. El Range Rover mal aparcado junto a la vivienda de Mario Gálvez era muy similar al del propio abogado. En el interior había, al menos, una persona.

—Despierta Ramón, ya son las cinco y media.

Habían pasado dos horas desde que aparcaron el coche cerca de la comisaría. Cerca, pero lo suficientemente distantes para que ningún compañero los detectara.

—Vete al carajo, me dijiste a las seis —protestó Ramón mientras se revolvía en el asiento buscando una mejor postura para seguir dormitando.

—Tienes que estar a las seis en punto en jefatura. Amanece a las siete.

—Y qué más da cuando amanezca.

—Coño, Ramón, ya te lo he dicho antes: tengo que entrar de noche.

Ramón bufó y se desperezó, todo casi al mismo tiempo. Todavía era noche cerrada y Marina quería aprovechar la oscuridad para entrar en la casa de Mario a cumplir con su pequeña misión. El plan era sencillo: Ramón llegaría antes a la comisaría y daría el relevo al compañero de la noche. ¿El argumento? Que no podía dormir y así le hacía un favor, cosa no extraña, ya que era habitual entre los compañeros. Tanto como una hora de adelanto quizá sería demasiado. Pero tratándose de los albores del verano y con las temperaturas tan altas, provocaría menos sospechas.

Así que Ramón se presentó en la jefatura a las seis en punto, con cara de resaca y casi echando al compañero para que se fuera a casa a dormir con su mujer y aprovechara el día de feria. Ese policía era, precisamente, Néstor Amigo. Que receló un poco de las prisas del veterano, aunque acabó cediendo.

En cuanto se marchó, Ramón se cogió al novato que custodiaba la

celda de Gálvez y pidió a otro compañero que bajara.

—Voy a enseñar a este pipiolo cómo trabajamos en día de feria.

El pipiolo quiso protestar porque solo le faltaba una hora para terminar su turno y estaba deseando irse a dormir y aprovechar lo poco que pudiera de la tarde festiva, ya que a las once volvía a entrar al tajo. Sin embargo, no le importaba pasarse un poco de la hora si Ramón tenía pensado acogerlo en su seno, al igual que había hecho con otros muchos agentes.

—Tira para Bello Horizonte, chiquillo.

—Creía que habías dicho que íbamos al recinto ferial a ver cómo estaba el tema con los borrachos.

—Tienes ganas de fiesta, ¿eh? —repuso Ramón—. Tranquilo que borrachos vas a encontrar. Tú tira a donde te he dicho.

El novato no puso más objeciones y arrancó en dirección a la urbanización, sin darse cuenta de que a pocos metros los seguía una mujer en un coche prestado.

Cuando estaban a punto de llegar a la casa de Gálvez, Ramón le dio su excusa inventada.

—Me ha escrito un amigo que había un grupo de chavales rematando la noche en el parque de aquí. Así que los vamos a mandar para casita y luego nos acercamos al puerto o al recinto ferial.

El novato tan solo asintió. En el lugar, como era obvio, no había ni chavales ni botellón. Ramón protestó diciendo que los chavales ya se habrían ido a sus casas y que no volvería a hacer caso a su amigo. A continuación le pidió al chico que se dirigiera donde estaba aparcado el Range Rover.

—Vamos a aprovechar el viaje y le decimos a ese tanque que la acera no es suya. Para aquí.

El veterano policía se bajó del coche a la altura del todoterreno. En sus más de cuarenta años de servicio, Ramón solo había disparado dos veces. Las dos de ellas al aire. No supo por qué, pero el instinto hizo que llevara sus manos a su arma reglamentaria, la de fuego, no la eléctrica, justo antes de tocar la ventanilla del coche. Se retiró y su mano siguió posada sobre la pistola. Incluso había desabrochado el automático de la funda para sacarla rápido si fuese necesario. Como

un pistolero de verdad.

Marina lo observaba todo desde el otro lado del parque. Había estacionado en el lugar donde estaban los supuestos botelloneros y tenía una panorámica clara de lo que ocurría. Se puso nerviosa cuando vio a su compañero llevarse la mano al arma.

La ventanilla se bajó. Se topó con unos ojos claros, una melena negra y una cara morena, como de actor secundario de cine de acción.

—Buenos días —dijo Ramón.

—¿Qué ocurre? —preguntó el tipo del coche.

Ramón constató que solo había una persona dentro.

—Está usted mal aparcado, ¿le importaría bajar el coche de la acera?

—No estoy molestando a nadie.

Ramón aferró el arma con más fuerza y ese detalle no pasó inadvertido para el conductor: arrancó el motor.

—Mueva el vehículo, haga usted el favor.

El tipo no contestó y maniobró hasta sacar el coche de allí. Ramón tuvo que moverse para que no se lo llevara por delante.

Marina suspiró, aliviada, al comprobar que el coche bajaba de la acera sin incidentes, y se alarmó cuando se dio cuenta de que iba en su dirección. Arrancó el Seat de Ramón con la intención de largarse escopetada; sin embargo el Range Rover tomó la rotonda a la derecha y enfiló dirección al centro de la ciudad.

Sin tiempo que perder, marcó el teléfono fijo de la casa de Mario (el abogado lo había memorizado a conciencia y se lo facilitó a la policía). No contestó nadie. Lo intentó un par de veces más y cuando la voz de Irene Lima sonó al otro lado del aparato, supo que estaba cometiendo un grandísimo error.

Marina no cometió el error de llamar al telefonillo para no molestar al vecindario. A esas horas de la noche, un día festivo, era más que probable que se escuchara en las casas colindantes.

La oscuridad empezaba a diluirse, todavía faltaba más de media hora para amanecer, aunque el brillo previo apuntaba por el este, dejando el cielo con un tono grisáceo, previo al púrpura y naranja que vendría después.

La conversación con Irene fue escueta. No dio su nombre, tan solo se identificó como policía y mintió diciendo que no funcionaba el telefonillo y que tenía que hablar de nuevo con ella. Marina corrió para estar delante de la puerta cuando la mujer abriera.

Se cruzó con el patrulla de su compañero que la observó, inquieto, mientras circulaba en la misma dirección en la que se había marchado el Range Rover. Marina prefería que se hubiera quedado, por si el todoterreno volvía; sin embargo era prudencial que Ramón se marchara para no levantar más sospechas en el compañero novato.

Cuando la agente llegó a la altura de la casa de Irene y Mario, miró hacia arriba. La mujer no se había asomado por la terraza. La verja de acceso a la vivienda tampoco estaba abierta y el telefonillo muy presente, como con ganas de que lo pulsaran. Miró su teléfono móvil y cuando iba a marcar de nuevo el número de los Gálvez-Lima, escuchó abrirse la puerta superior de la vivienda. Al poco, unos pasos se oyeron en la escalera y los pies de Irene aparecieron en el campo visual de Marina.

—¿Qué ocurre?

—Abra, por favor, hablemos dentro.

La mujer dudó. Miró hacia los lados, sobre todo en la dirección en la que estaba aparcado el Range Rover. Cuando comprobó la ausencia del vehículo, abrió.

Las dos mujeres subieron las escaleras con ligereza y pisando de puntillas. Accedieron a la vivienda y nada más cerrar la puerta, Marina expuso sus argumentos.

—Disculpe que la aborde así, Irene. Pero Mario tiene dudas de que Pablo esté bien —La cara de la mujer actuó como respuesta.

Marina asintió y apoyó la mano sobre el hombro de la mujer—. ¿Quiénes son los que están arriba?

Irene se dio la vuelta y caminó hacia el sofá del salón, donde parecía que había pasado la noche. Se sentó y se puso las manos sobre la cabeza.

—No lo sé, tan solo sé que también están con miedo y amenazados. Les han dicho que si no actúan como si el niño fuera mi hijo y ella mi amiga, los matarían a los dos. El chiquillo está muy asustado.

—¿Quién los ha traído?

—Los mismos que trajeron a Pablo esta tarde.

—Entonces es verdad que Pablo ha estado aquí.

—Claro que sí, y lo pude abrazar y pensaba que se quedaría conmigo para siempre; pero esos dos…

La mujer sollozó. Marina trató de calmarla y, cuando lo hizo, corroboró que dos tipos con gafas de sol y gorra subieron con Pablo e hicieron una videollamada a Mario.

—Después se lo llevaron de nuevo y prometieron volver si mi marido cumplía. A las diez o así me llamaron por teléfono, me dijeron toda clase de barbaridades sobre Mario, que si no tenía huevos para salvar a su familia, que si no sé qué. Mario me había contado por encima, pero no todo, así que no entendí nada.

Irene se trabó al hablar. Marina se sentó a su lado y le puso una mano en el hombro.

—Le han pedido un rescate muy duro a cambio de liberar al niño.

La mujer no indagó más, como si tuviera miedo de conocer la respuesta; así que Marina prefirió no dar más detalles. Al poco, Irene continuó:

—Me dijeron que iban a venir una mujer y un niño, y que si la policía venía a casa debería fingir lo que les he contado a ustedes antes —La voz se le quebró—. ¿Cómo puedo fingir que el niño que duerme en la cama de mi hijo es mi hijo? ¿Cómo puedo aguantar la mentira más tiempo?

—¡Cálmate! —ordenó Marina—. Ahora mismo desesperarse no sirve de nada.

—¿Cómo me voy a calmar? Ese coche de ahí fuera me tiene vigilada. Y me han dicho que me tienen pinchadas las líneas. ¡Dios de mi vida!

Marina tragó saliva. Si le tenían intervenidas las líneas, habrían escuchado la llamada que ella había hecho para avisar de su llegada. Respiró hondo. Le dio vueltas a su cabeza, a todo lo que sabía sobre protocolos policiales. No era competencia suya la investigación criminal, pero, por lo que conocía, era alto improbable que tuvieran pinchada la línea fija. Para ello se necesitaba acceder al sistema operativo de la compañía telefónica, y eso solo se podía hacer de dos formas: mediante la orden de un juez, o mediante un *hackeo* digno de una película de espías. Marina descartó las dos opciones.

—Irene, es posible que tengan *hackeado* su móvil, eso no es difícil con un troyano en un email o cualquier mensaje de redes sociales. Pero el teléfono fijo es casi imposible. No se preocupe.

—¿Está segura?

Marina movió la cabeza arriba y abajo. Aunque no lo estuviera del todo, quiso tranquilizar a la mujer.

—¿Y qué me dice el coche aparcado ahí fuera?

—Lo he podido disuadir, de momento.

Se oyeron pasos por la escalera. Marina llevó, por instinto, su mano al lugar donde debería llevar el arma. Pero el arma no estaba allí, ya que ella estaba fuera de servicio y la había dejado en su lugar correspondiente y seguro en la comisaría.

—Rasha, baja por favor —pidió Irene.

La mujer árabe, pequeña y pálida, terminó de bajar las escaleras. Marina pidió que no temiese, que ella estaba allí para ayudarlas.

—Usted policía, usted mete en problemas —dijo la mujer.

—No, ahora mismo no estoy de servicio. ¿Quién les ha amenazado? ¿Quién les retiene de esta forma?

Rasha agachó la cabeza. Marina entendió que no iba a decir nada,

así que lo único que hizo fue pedirle que asintiera o negara.

—¿El niño que está arriba es su hijo?

Rasha asintió.

—¿Te han amenazado con hacerle daño si no colaboras?

La mujer repitió el movimiento de cabeza.

—¿Conoces a esta mujer y a su familia?

Rasha negó.

—Está bien. Solo venía a comprobar esto. ¿Me dejas ver al niño?

Rasha asintió y las dos mujeres subieron las escaleras. Marina entró en la habitación infantil y le sorprendió ver tantos pósteres musicales. La fantasmagórica y tenue luz verde iluminaba la estancia. La policía se fijó mejor en el niño. Era muy moreno, con el pelo rizado. Nada que ver con las fotos de Pablo que había visto en el salón y en el propio cuarto.

—¿Cómo se llama? —preguntó Marina.

—Amin.

Marina tuvo la intención de acercarse y mesarle el pelo, pero el niño abrió los ojos y emitió un quejido. Quejido que coincidió con el ruido de nuevos pasos en la escalera.

—¡El coche, el coche! —Irene subía a toda prisa—. ¡El todoterreno ha vuelto!

Marina descubrió el miedo en los ojos de las dos mujeres, y también lo encontró en su propio estómago.

Hay que tener mucho estómago para secuestrar a un niño y para hacer pasar a otro como si fuera el secuestrado ante la policía.

Marina pegó el ojo a una hendidura de las persianas de la habitación infantil. No podía levantarla para no provocar sospechas si, en efecto, el todoterreno oscuro había vuelto. El Range Rover no estaba aparcado sobre la acera de en frente, estaba justo delante de la vivienda de Irene y Mario.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Irene, alterada.

—¿Hay otra salida?

—¿Otra salida?

—Sí, una amiga mía vivía en una de las fases de esta urbanización, un poco más abajo. Tenía una salida trasera a la zona de la piscina.

—No, aquí no hay piscina comunitaria, la tenemos en el patio de atrás.

—¿Y ese patio comunica con…?

—Las casas que están en la otra calle, la de más arriba.

Las dos mujeres discutían en la misma habitación donde el niño había empezado ya a llorar. Rasha consolaba al crío en palabras ininteligibles para las dos mujeres. Elevó su tono de voz para hacerse notar y pedirles, de forma tácita, que se fueran a otro lugar. Marina se dio cuenta y cogió del brazo de Irene para sacarla del cuarto. Cerró la puerta y volvió a preguntar.

—¿Ese patio es visible desde donde está el coche?

—Creo que no.

—¿Crees o estás segura?

—Estoy casi segura.

Marina le invitó a que se lo mostrara. Irene abrió la puerta de la habitación de matrimonio, justo en frente de la infantil. La persiana estaba levantada y la claridad del amanecer inminente se había colado

en la estancia. Fotos de la pareja en la mesilla de noche, una cama gigante de al menos uno sesenta y una decoración minimalista, como era norma en toda la casa, llegaron a los ojos de la policía, que tuvo tiempo de reparar en la felicidad que ella presuponía en aquella pareja. Aunque era mucho presuponer.

—Esto es el patio de atrás —dijo Irene—. Tendrías que colarte en la casa de alguno de los vecinos de enfrente y salir por su puerta principal que da a la otra calle.

Marina arrugó los labios y resopló. El patio de la casa contaba con dos árboles frutales próximos al pequeño balcón, y una piscina de madera, rectangular y minúscula, pegada a la tapia opuesta, la que lindaba con el patio del vecino. Se llevó la mano a la frente y se giró sobre sí misma. Apenas quedaban quince minutos para amanecer y la claridad estaba ganando la batalla a la noche. Volvió a girarse y al hacerlo, se fijó en un gato pardo que había apoyado en la tapia que separaba los patios de cada vivienda. No estaba en la casa de Irene, sino en la de al lado.

—¿Ese gato es vuestro?

—No —respondió Irene—, pero se nos cuela de vez en cuando y nos caga en el patio.

—¿Cómo se entra a este patio?

—Desde el salón.

—Imposible que los del coche nos vean, ¿verdad?

—Diría que es muy complicado.

—Vamos, ábreme atrás.

Antes de marcharse, Marina se detuvo en el rellano. La puerta del cuarto de Pablo seguía abierta y Rasha tarareaba algo a Amin. La mujer árabe levantó la mirada y Marina, ante la imposibilidad de pronunciar algún tipo de consuelo, saludó con la mano a modo de despedida. Rasha no respondió y volvió a su ininteligible nana.

Marina bajó las escaleras y se dirigió al ventanal que daba al patio trasero. Irene cogió una llave de una tacita decorativa, abrió la puerta corredera del ventanal y la verja trasera. Marina, antes de marcharse, puso la mano —otra vez— en el hombro de Irene.

—Pienso aclarar todo esto. Tengo tu teléfono fijo, si te necesito te llamaré, aunque si por casualidad estuviera aquí el tipo del coche u otra persona indeseable, actúa como si te llamara un comercial de alguna compañía telefónica.

—¿Y no me puedes dar tu teléfono?

Marina dudó.

—Es mejor que no, si por casualidad investigan, podría meterme en un lío. Y no es por mí, es porque si a mí me pasa algo, vas a tener menos ayudas para salir de este problema tan gordo que tenéis tu marido y tú.

—Mario… el pobre…yo… —Irene iba a decir algo.

—No te preocupes, no te voy a juzgar. Mario me lo ha contado todo.

Irene levantó la cabeza y las lágrimas se le saltaron…

—Estoy segura de que eso no tiene nada que ver con…

—Insisto: no te martirices. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para ayudaros. Todo.

Marina se despidió con un apretón en el hombro que apenas consoló a Irene, aunque menos era nada. En ese momento sonó el timbre del telefonillo. Las dos mujeres se miraron y el pánico se sembró en sus ojos.

Los ojos de las dos mujeres eran marrón claro.

—Un momento, antes de abrir la puerta,Irene. Necesito que me des una cosa más antes de marcharme.

Cuando hubo conseguido lo que solicitó, salió al patio.

Irene ralentizó el hecho de contestar el telefonillo, la excusa sería que estaba dormida, y así podría ganar tiempo.

Mientras, Marina subió rápida por las pequeñas escaleras de madera de la piscina y, mirando a un lado, a otro y arriba y abajo, se encaramó al murito que separaba los patios de las casas. La policía nunca había allanado una morada, excepto en su adolescencia, cuando con la pandilla se colaba en algunas casas vacías de guiris que solo pasaban el verano en la costa. Lo hacían para retozar o para fumarse algunas sustancias prohibidas. Encaramada a esa tapia, recordó esas vivencias y casi se permitió sonreír. No tenía intención de, siendo agente de la ley, allanar ninguna otra vivienda. Debía tener mucho equilibrio.

Miró hacia atrás y las luces del salón de Irene se encendieron. Tenía poco tiempo si no quería que el del Range Rover la pillaran. Se levantó y caminó con los brazos en cruz con el fin de no caerse a un lado o a otro. Además, solo faltaban cinco minutos para las siete la mañana, la claridad del sol naciente ya dominaba todo. Si algún vecino levantaba la persiana, tendría problemas. Avanzó veinte metros y superó dos viviendas; le quedaban otras dos más para llegar al final de la tapia, que terminaba en la calle perpendicular. Ahí estaría a salvo del tipo del coche y de la posible denuncia de los vecinos. Miró hacia atrás y nadie había salido al patio de la casa de Irene, por lo que supuso que ella fue capaz de convencerlos de que todo estaba como lo habían dejado, con Amin durmiendo arriba y las dos mujeres sometidas.

Cuando estaba a punto de conseguirlo, sucedió. Una persiana se levantó. Ella, por instinto, se agachó, y giró la cabeza en dirección a la casa de la que provenía el ruido. Se encontró con un chiquillo de no más de siete u ocho años al que supuso amigo de Pablo. El niño se la quedó mirando mientras se rascaba el ojo derecho en el que tendría alguna legaña. Cuando terminó de rascarse fue consciente de la presencia de la policía y abrió mucho la boca. Marina se llevó el dedo a la suya, pidió silencio y le hizo una mueca, poniendo las manos en

las orejas y sacando la lengua, con la exigua esperanza de que al niño le hiciera gracia.

No sonrió, y esto intranquilizó a Marina, cuyo estado nervioso le hizo tropezar y tambalearse. Tuvo que reunir todo su equilibrio para no precipitarse sobre la barbacoa y utensilios que había en el patio del chiquillo, cosa que la hubiera delatado de forma irremediable.

Entonces el crío sí que rio y ella pudo recomponerse. Le lanzó un beso, avanzó y llegó al final del murito. Se fijó en que no pasara nadie por la calle, ni coches ni viandantes, y saltó.

No se esperaba lo que se encontraría al llegar al suelo.

En el suelo se encontró un excremento de perro más reciente de lo que hubiera deseado.

—Me cago en el perr… en el dueño del perrito —dijo para sí misma.

Marina observó la soledad de la calle. El sol había comenzado a despuntar por su izquierda y la había desprovisto de la protección de la noche. Conocía el barrio por su amiga Lucía; en la adolescencia no en pocas ocasiones había trasteado por allí, por el parque de Bello Horizonte, manoseándose con otros quinceañeros en ebullición, comprando alguna chuchería —o algún cigarro— en el quiosco; o, simplemente, dando una vuelta con su amiga en la anodina urbanización en la que muchos dueños abrían las puertas de sus casas para que los perros salieran a hacer sus necesidades solos y volvieran, también solos, de vuelta al hogar.

En lugar de bajar hacia el coche, prefirió dar un rodeo para llegar al coche de Ramón. Iba a paso ligero y, aunque no llevaba mallas ni el móvil en el brazo junto con unos casos bluetooth, podría dar el pego como deportista matutina.

Cuando llegó al Seat, observó el todoterreno que custodiaba la casa de Irene. Seguía aparcado en doble fila, justo a la altura de la vivienda. No se detuvo a mirar demasiado, por si al conductor del vehículo le daba por revisar el retrovisor. Montó en el utilitario, arrancó y, en una última decisión cuestionable, se dirigió hacia el Range Rover. Puso el intermitente y lo rebasó a la par que giró la cabeza para husmear. Solo se encontró con unas manos en el volante, porque el rostro del conductor quedaba fuera de su campo de visión. Una vez rebasado el vehículo, miró por el retrovisor, pero la luz del sol reflejada en el espejo la impidió, por segunda vez, una fotografía nítida del conductor. Torció a la izquierda y se alejó de la vivienda de los Gálvez-Lima.

Poco después paró el coche y llamó a Ramón.

—¿Dónde estás, alma de cántaro? —respondió su compañero sin darle tiempo a decir nada.

—Voy para comisaría, ¿dónde estás tú?

—Venimos de la feria.

—¿Y has bailado sevillanas?

—¡Qué graciosa!

—Vente en cuanto puedas y te cuento.

—Pero no me vas a …

Marina le colgó sin darle tiempo a replicar. Lo que tenía que contarle prefería hacerlo en persona.

Era muy temprano y había dormido menos que el propio Ramón. Aparcó bajo el puente de la autovía y cerró los ojos. A su mente acudieron varias imágenes de lo sucedido el día anterior: el altercado en el parque infantil, el intento de suicidio y el niño de Rasha. Todo demasiado turbio, demasiado oscuro, demasiado intrincado como para pensar bien. Abrió de nuevo los ojos y miró hacia arriba a través de la ventanilla. Los enormes pilares del puente, azules y grises como una camiseta de fútbol sucia, otorgaban a aquel lugar una sombra impropia de la costa. Era un sitio extraño, en el que se celebraban los exámenes a nuevos conductores por parte de la DGT. Un lugar que daría miedo a todo el que no fuera habitante de Marbella o, incluso, residente del barrio. Y eso que a escasos doscientos metros estaba la playa.

Cerró los ojos de nuevo.

Durante media hora pudo soñar en un mundo mejor.

Una vibración del móvil la despertó de ese sueño.

Tenía un sueño que se moría.

Apenas una cabezada de media hora pudo dar en el coche de Ramón. Fue su mismo compañero el que le mandó un mensaje para que se acercara de una vez a la comisaría. El novato ya se había marchado a casa y él estaba tomando café, nervioso, a la espera de noticias.

—Sal a por mí —contestó Marina.

No quería entrar en la comisaría sin una excusa. Libraba dos días seguidos y su presencia allí resultaría extraña.

—¿Qué quieres? ¿Por qué me haces salir?

Marina le explicó todo: su estrategia para entrar al calabozo sin llamar la atención, y lo que ocurría en casa de Gálvez.

—Deberíamos notificar esto al Mayor y que hable con los nacionales.

—Ramón, huele demasiado mal. Tienen secuestrado al niño de este hombre, y los nacionales se van a enterar. Y eso no suele acabar bien. ¡Le han pedido que se tire de un puente!

—Pues precisamente por eso. Porque huele tan mal es peligroso.

—No, compañero. Llevas aconsejándome, y muy bien, durante dos años. Ahora te pido que confíes en mí. He analizado a conciencia la situación y el que le ha secuestrado y le ha pedido algo tan truculento como hacerse pasar por un pederasta y suicidarse poco después… —a Marina se le hizo un nudo en la garganta—. Matan al niño, a la mujer y al abogado en cuanto salga de aquí.

Ramón suspiró. Él entendía de seguridad ciudadana. Sabía cuándo a un guiri borracho había que detenerlo o cuándo había que dejarlo libre; cuándo poner una multa o cuándo ser permisivo y avisar antes que ganarse a un enemigo al que podría encontrarse en la consulta del médico; cuándo echar a un grupo de chavales que estaban organizando escándalo, o cuándo decirle, al que se quejaba, que todos hemos sido jóvenes y todavía es pronto. Lo que le pedía Marina se escapaba de sus conocimientos policiales.

—Nos podemos meter en un lío tremendo con lo que me pides, compañera.

—Lo sé, y toda la culpa será mía. Vamos a grabar una declaración en el móvil. Te voy a exculpar de todo.

—Eso no va a servir para nada.

—Menos da una piedra.

Ramón claudicó. A él le quedaba muy poco en el cuerpo, y podría escaparse de aquello con una sanción. Su paga de jubilación parecía más que asegurada. Y la vida de un chiquillo estaba en juego. Grabaron el vídeo, más por insistencia de Marina, que por su propio convencimiento.

Después entraron a la comisaría. El mentor llevaba a la agente del brazo. Tuvieron suerte, nadie preguntó nada. Ramón iba de uniforme y Marina era compañera. La chica de recepción tan solo saludó a los dos.

Llegaron al calabozo, custodiado por otro agente, no tan novato, que les pidió explicaciones. Marina argumentó que ellos le habían detenido y tenían que hacerle unas preguntas, que el Mayor estaba al tanto. Era día festivo y no iban a molestarlo. El agente supuso que no habría problemas y les dejó entrar. Ramón se quedó fuera charlando, y tratando de despistar al custodio del calabozo. Marina entró.

—Buenos días, Mario.

El abogado pegó un brinco del catre en el que dormía o intentaba dormir.

—¿Cómo está mi hijo?

Marina tragó saliva. Aunque tenía preparada la respuesta, la cara del abogado, pálida, casi verde, le hizo dudar. Se arrodilló para poner sus ojos a la altura, quizá un poco por debajo, de los de Mario.

—¡Lo vamos a encontrar!

El abogado comprendió. Se tapó la cara y rompió a llorar. Marina se levantó. Quería ponerle la mano en el hombro. Incluso darle un abrazo. No podía hacerlo, no allí. Miró hacia el ventanuco y ni el agente ni su compañero husmearon. Ramón estaba cumpliendo con su trabajo de distracción. Mario intentó levantarse pero una mano de

Marina lo detuvo.

—Siéntate, por favor.

Ella tomó el teléfono móvil y tecleó algo. Le mostró la pantalla a Mario. No entendió, en un principio, lo que la policía trataba de comunicarle. Marina modificó el mensaje y se lo volvió a enseñar. Mario abrió, aún más, los ojos y releyó. Su gesto de extrañeza mutó a uno de sorpresa, de admiración.

¿Sería aquella policía la que salvara a su hijo?

A Mario Gálvez le dolía el pecho de amor por su hijo, como rezaba una estrofa de la canción La salvación, de los Arde Bogotá, una de sus favoritas. Si debía suicidarse para salvarlo, se quitaría la vida por segunda vez. Esta vez sin dudarlo, sin pararse a pensar en el dolor que le provocaría el impacto contra el suelo, el crujido del cuello o los cortes en las muñecas. Porque la incertidumbre le estaba provocando un dolor muchísimo mayor, como si se hubiese tragado una sanguijuela que le exprimía el intestino.

Marina había observado, minutos antes de reunirse con Ramón, que alguien más vigilaba la Jefatura de Policía Local. No se lo contó a su compañero para no alarmarlo. Solo hubiera recurrido a ello en caso de negarse a su plan. La agente sospechaba de que también pudieran vigilar a Gálvez en su retención en la Local, por lo que dio un par de vueltas por las inmediaciones antes de aparcar. Descubrió un vehículo de alta gama ¡cómo no!, negro, ¡cómo no!, y a un tipo con pinta de matón,¡cómo no!, con una cámara de fotos y un gran teleobjetivo apuntando en la dirección de la jefatura.

¿Estaban seguros de que Mario estaba allí retenido? Lo más probable es que hubieran seguido al propio coche patrulla en el que ella y Ramón lo habían trasladado desde el lugar del intento de suicidio. Eso suponía, casi de forma definitiva, que los dos policías también estaban identificados; aunque ella se había calado bien la gorra al igual que su compañero. Algo que todos los agentes de policía tenían interiorizado para evitar ser un blanco fácil de las fotos en la era de los teléfonos móviles con cámara. Esa opción no le agradaba, pero la otra era mucho más preocupante: que hubiera algún infiltrado, bien en la policía local, bien en la nacional que hubiera advertido de la presencia del abogado allí.

Pensó en Néstor, y, sobre todo, en el inspector Alterio. Tomó la matrícula del coche y, en cuanto pudiese, trataría de averiguar el propietario.

Mientras tanto, había que sacar a Mario de allí sin que los detectaran. Se le pasó por la cabeza llevárselo en un patrulla desde el propio parking de la instalación. Sin embargo, lo descartó porque debían tener una excusa válida. Llevárselo sin autorización del Mayor o requerimiento de la Policía Nacional supondría una grave falta; y, de esa grave falta, ni ella ni tampoco Ramón se librarían de una expulsión del cuerpo.

Es de sobra conocido que, por estadística, todos o casi todos los suicidas lo prueban una segunda vez. La duda que le quedaba a Marina era con qué instrumento intentaría quitarse la vida de nuevo el abogado más ilustre de Marbella en la actualidad: una cuerda hecha con sábanas quedaba descartada porque no había en la celda; ¿un tiro en la boca? Las armas estaban vetadas para acceder al calabozo; tampoco había cuchillas de afeitar… en teoría. Porque la agente compró en la tienda de una gasolinera próxima y se las facilitó al detenido —ya desmontadas del soporte plástico original— con el mayor disimulo posible. Hacer un corte con la intención de un suicidio real no es viable con ese tipo de cuchillas. Para un suicidio fingido, sí: primero tenía que hacerse un corte en otro lugar donde la sangre brotara en una abundancia suficiente y no entrañara riesgo para la vida, por ejemplo en la yema de un dedo. Esa sangre debería manchar la muñeca donde se provocaría otro intento de corte que sería el que alarmara al agente que lo custodiaba y que motivaría la llamada al 112. Ninguna de esas laceraciones sería mortal porque aquello no era como en las películas. Sí, sería escandaloso y motivaría un traslado al hospital. Sobre todo si un veterano agente como Ramón, que se daba la casualidad que ya había presenciado un intento de suicidio previo del detenido, lo recomendaba.

Y así se hizo.

A la hora de marcharse Marina del calabozo, se provocó las heridas. No sintió miedo, como bien le había comunicado la policía, aquello no lo desangraría, y si lo dejaban seco y eso garantizaba la vida de su hijo, pues buenos cortes serían, pensó él en un determinado momento. Sin embargo, al poco de este drástico pensamiento, Mario no sintió ganas de morir; sino de encontrar a los secuestradores de su hijo. Y, después del plan de Marina, él había maquinado otro. Estaba seguro de que tenía una pista sobre el posible responsable del secuestro. Y gastaría todas sus fuerzas en encontrarlo.

Se cortó no una yema de un solo dedo, sino de tres. Así se garantizaba la suficiente sangre para escandalizar al agente que lo vigilaba. El goteo de sangre lo colocó sobre la muñeca contraria, y a continuación se provocó otra raja en dicha muñeca: superficial y que apenas provocó sangrado. Intentó apretar más, pero, como previó, aquello no cortaba lo necesario. Esperaba que esas manchas sanguinolentas bastase para lo que Marina le había asegurado. Se tumbó en el suelo, procurando dejar la muñeca ensangrentada a la vista.

Esperó. Pasaron unos quince minutos que a él le parecieron casi

una hora, allí tumbado en el frío suelo, sin posibilidad de moverse. Cuando creía que no iba a funcionar, se escuchó un grito al otro lado de la puerta.

—¡Solicito ayuda, rápido, ayuda!. El detenido está en el suelo con la muñeca ensangrentada. ¡Ayuda!

El plan había comenzado con éxito. Sin embargo, como no podía ser de otra manera, habría de torcerse.

Ambulancia

Un coche torció en dirección contraria y provocó una colisión en las inmediaciones de la comisaría.

Ramón esperaba, tan nervioso como en el nacimiento de su primer nieto, el aviso del agente que custodiaba a Mario. Tomaba café en la sala de recreo de la jefatura y cuando le dio el primer sorbo, lo que se recibió fue la notificación de la colisión en la rotonda vecina. El oficial tuvo que salir a hacer el atestado porque se lo indicó el superior que estaba al mando de la comisaría en aquel momento. Los nervios se le agarraron al estómago y le provocaron unos ardores, que si bien no eran nuevos, sí que le preocuparon. Llevaba tiempo con ellos y aumentaban en intensidad con el paso de los años. El estrés nunca es un buen compañero, y menos para un sufridor de problemas estomacales.

El veterano, diligente, realizó el atestado con la mayor celeridad que pudo. Trató de mediar entre los nervios del conductor culpable y los de la conductora víctima. Su compañero les hizo el test de alcoholemia a ambos y los dos dieron negativo. Un simple despiste. Una vez solucionado el asunto, volvió corriendo a comisaría. Con tanta prisa que su compañero no lo entendió y se lo recriminó.

—¿Qué te pasa, Ramón?

—Que tengo que ir al baño, coño…

El compañero sonrió e hizo el amago de meterse con la edad del veterano, aunque en última instancia reculó.

Cuando llegaron a la jefatura, se había montado un pequeño revuelo. Ramón no fue al baño, la verdad es que no tenía ganas, y bajó las escaleras tan rápido, que tropezó y por poco no le tuvieron que llevar a él al hospital con una cadera rota. Dos policías custodiaban la puerta del calabozo, y dentro otros dos más. Mario estaba sentado, con los ojos cerrados y una venda en la muñeca.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Ramón.

—Se ha hecho unos cortes como queriendo suicidarse —dijo Julián, otro oficial.

—¿No habéis llamado al 112?

—Qué va, se lo hemos curado con un poco de betadine y unas vendas.

—¡Vamos no me jodas! —protesó Ramón, haciéndose el indignado. El compañero lo miró, giró la cabeza hacia un lado e hizo una mueca—. Voy a avisar yo ahora mismo.

—¿Qué dices, Torres?

—Lo que oyes —dijo Ramón mientras marcaba el número de urgencias desde su teléfono personal—. Este hombre tiene que estar en un hospital o bajo custodia médica o lo que sea. Tú no estuviste ayer en el puente…

Julián entendió y rebajó su actitud.

—Pues a lo mejor tienes razón.

Mario cerró los ojos, aliviado, y se recostó hacia atrás en el catre. Toda la escena la había vivido con la tensión propia de un condenado. Si el oficial Julián se llega a salir con la suya, todo el plan se hubiera ido al traste. Los cortes, como bien había dicho, no eran tan profundos para necesitar sutura. Mario lo intentó: presionó con fuerza, pero la cuchilla apenas le hizo unos cortes superficiales. La sangre no fue todo lo escandalosa que requería la situación y tuvo que fingir el desmayo. Lo despabilaron con varias bofetadas en la cara que le dolieron casi más que los cortes. Lo zarandearon y lo levantaron entre un par de agentes. Cuando le curaron la herida y se burlaron de él por el falso intento de suicidio, tuvo que comerse su orgullo y callarse. Si no le sacaban de allí por suicida, al menos que lo hicieran por trastornado.

Y eso fue lo que consiguió Ramón.

A la media hora, se presentó en la comisaría una ambulancia que bajó hasta el parking.

—Enséñame las muñecas, por favor —dijo Ramón.

Los dos hombres se miraron. Mario entendió que el veterano oficial estaba compinchado con Marina, aunque no lo tenía del todo claro. Quiso darle un gracias con sus ojos. El policía no le aguantó la mirada, le puso las esposas como si le pusiera el anillo a su mujer en el día su boda, y le agarró del brazo para llevarlo hasta la ambulancia. Los sanitarios preguntaron si eran necesarias, y Ramón fue rotundo en su afirmación. Se subió con él al vehículo medicalizado donde se tropezó con una botella de oxígeno.

La médica que parecía estar al mando habló con Julián en una conversación que Ramón observó desde la distancia. Cuando terminaron de charlar, volvió a la oficina y pidió a los dos hombres que salieran. Subió y, con la ayuda del compañero que conducía, abrieron la camilla. Invitó a Mario a que subiera y se tumbara. El abogado miró a Ramón, que no dijo nada y procuró no cambiar el gesto. Tenían que seguir todo el protocolo médico al pie de la letra para no desmontar el paripé.

Mario se tumbó como le ordenaron, y la doctora le remangó la camisa del brazo izquierdo. Le tomó una vía entre protestas porque no se esperaba el pinchazo.

—Vamos hombre, es solo un pinchazo. Si has intentado rajarte…

Mario la miró con el brillo en los ojos que provoca la lágrima incipiente. La doctora debía de estar acostumbrada a situaciones de ese tipo, porque no dijo nada más y se limitó a colgar una bolsa de algún medicamento que debía de ser un relajante o calmante o algo similar.

Ramón subió de nuevo a la ambulancia, y pidió al compañero que le siguiera con el patrulla.

—¿Dónde vamos, doctora?

—Al Costa.

Ese era el nombre por el que los sanitarios llamaban al Hospital de la Costa del Sol. La mujer dio dos golpes en la chapa que separaba la zona medicalizada de la cabina de la furgoneta. El conductor arrancó y con una maniobra salió de la comisaría.

Ramón suspiró. Se levantó para mirar por la ventanilla trasera. Su compañero le seguía en el patrulla. Pero no era eso lo que esperaba.

—Tranquilo, que si nos pierde sabrá llegar —dijo la doctora.

Ramón no contestó y siguió mirando por la ventanilla, intranquilo. Cuando estaba a punto de sentarse, vislumbró su coche al fondo. Marina los seguía de lejos. Y lo que más le tranquilizó: ningún vehículo oscuro de alta gama seguía a esa extraña comitiva. Entonces se sentó, suspiró de nuevo y sonrió a la doctora. A Mario le dedicó un lento pestañeo.

El abogado cerró los ojos.

El relajante que le habían puesto le provocó una dormidera que le impidió abrir los ojos durante un tiempo que no pudo determinar.

Cuando por fin los abrió, se encontró con la cara de la policía Marina Caracuel. A él le pareció un sueño, como si un ángel de la guarda le estuviera cuidando. Y sonrió, sonrisa quizá motivada por el narcótico que recorría sus venas.

—Hola, ¿cómo estás, Mario?

El abogado solo pudo balbucear. Y seguir sonriendo como un crío. La policía miró a su compañero, que arrugó los labios, y le pidió que le cediera el sitio junto a la cama. Ramón agarró del brazo a Mario y lo zarandeó. Le dio una bofetada, dos.

—Tranquilo, compi —pidió Marina.

—¿Quieres que se espabile pronto o no?

—Claro, pero no le des tan fuerte.

Ramón buscó en el box médico por si había algún líquido que echar a la cara del abogado. No encontró nada, así que volvió a la carga y le dio otro par de bofetadas. Mario empezó a reaccionar. Recordó el par de guantazos que le había dado otro policía en la comisaría, y se preguntó si le iban a tortear todos los municipales de Marbella antes de que acabara el día.

—Pare, pare —pidió.

Al menos fue capaz de quejarse. Ramón, entonces, se apartó y dejó su lugar a Marina. Se hallaban en un box de dos metros por dos del hospital. Una cabina espartana y anodina en la que solo cabía una camilla y un acompañante de pie.

La agente se había colado en el hospital saltándose toda la seguridad saltable. Cuando llegó a la entrada de urgencias, se encontró con el patrulla de Ramón y con su compañero custodiándola. Tuvo que recurrir a su astucia, no quería tirar de placa ni decir que venía con Mario. Se camufló como pudo con una gorra bien calada y la sudadera subida hasta la boca. Primero se cercioró de que el vehículo de alta gama que les estaba vigilando en la jefatura, no les había seguido y merodeaba por la zona. Después, con un mechero —

del coche de Ramón— y un pañuelo impregnado en gasolina —también del coche de Ramón—, incendió una papelera próxima a la entrada de urgencias. Arturo, que era el nombre del agente, alertó del fuego. El vigilante de seguridad salió corriendo extintor en mano. Y Marina aprovechó para colarse sin que nadie la viera. ¿El motivo? Tenía que salir de allí junto a Mario sin que los detectaran. Al menos deberían tardar un par de horas en descubrir la huida.

—¿Estás para caminar?

—Tengo que estarlo —dijo Mario, y trató de incorporarse.

De inmediato se llevó la mano a la frente y se volvió a tumbar, pálido y con el estómago revuelto.

—Joder, Marina, a este hombre le queda un rato para recuperarse de lo que le han chutado.

—No tenemos un rato, seguro que Alterio ya está al tanto de que le han trasladado aquí, y estará de camino.

—¿Y qué hacemos?

—Una Coca-cola —dijo Mario.

—¿Cómo?

—Traedme algo con azúcar de la máquina.

—Pero ¿qué te crees que va a hacer eso, chiquillo? —protestó Ramón.

—No tomo azúcar desde Navidad —repuso el abogado—, me tiene que hacer efecto por fuerza.

Marina no se lo pensó, no les quedaban muchas alternativas. Se camufló de nuevo y salió a buscar una máquina de refrescos. Preguntó a un sanitario que le indicó con la facilidad del que conoce el lugar sin tener en cuenta la ignorancia del que no. Vagó por los pasillos, y llegó a una puerta que no le conducía a ningún lado. Sin embargo, se dijo a sí misma que todo ocurría por algo. Abrió la puerta y accedió a un cuarto de calderas. Lo cruzó y, al otro lado de la estancia, abrió una segunda puerta que daba al exterior, a un parking destinado a los empleados del hospital.

Sonrió.

Se le borró la sonrisa cuando volvió a entrar al pasillo interior y un celador la recriminó que qué hacía ahí.

—Disculpa, me he perdido, estoy buscando una máquina de refrescos porque llevo toda la noche sin dormir y estoy medio deshidratada y muerta de hambre —puso su mejor cara de niña buena, y al celador, que llevaría en pie tantas horas o más que ella, se le ablandó el corazón.

—Ven conmigo.

La guio por un pasillo hasta una puerta que ponía el cartel de privado.

—Espera aquí.

Marina no entendió a qué debía esperar. Los dos minutos que tardó en volver el celador se le hicieron eternos. Sin embargo, merecieron la pena.

—Toma —dijo el muchacho nada más salir—, agua, Coca-cola y una barrita de cereales.

—Oye, muchas gracias.

—De nada, urgencias está por ahí —El celador le indicó un pasillo que, en teoría, marcaba el camino de regreso—. Y si te veo otro día por Marbella, me invitas tú a algo.

Marina hizo el amago de sonreír. No estaba para coqueteos, aunque le debía al chico un agradecimiento.

—Cuenta con ello —dijo sin terminar de girarse del todo y levantando la Coca-cola en el aire.

Aumentó el paso hasta el punto de parecer una corredora de marcha atlética. Se perdió de nuevo. Desandó lo andado, y debió de confundirse de pasillo, porque no encontraba el box donde Mario y Ramón la esperaban.

El maldito box era igual que el resto del hospital: marrón o gris, con una puerta corredera a la que costaba arrastrarse, y de un beige militar idéntico a las demás estancias; por eso le llevó un tiempo encontrarlo.

—Ya era hora, ¿dónde has estado? —protestó Ramón.

—Ni preguntes.

Le entregó las provisiones a Mario, que se tragó la lata del refresco como si fuera un explorador perdido en el Sáhara. Se echó un poco de agua por la cabeza, por la nuca y bebió el resto. También le pegó un mordisco a los cereales.

Intentó incorporarse de nuevo. Se tambaleó como un borracho en la feria, aunque aguantó. Marina le quitó la vía y Mario ni protestó por el dolor que le produjo.

—¿Me puede quitar esto? —pidió a Ramón.

El oficial se apresuró a quitarle las esposas.

—Ahora póntelas tú y átate a la camilla —dijo Marina.

Ramón resopló. No estaba nada convencido de la última parte del plan.

—¿Es necesario?

—¿Quieres que no sospechen de ti?

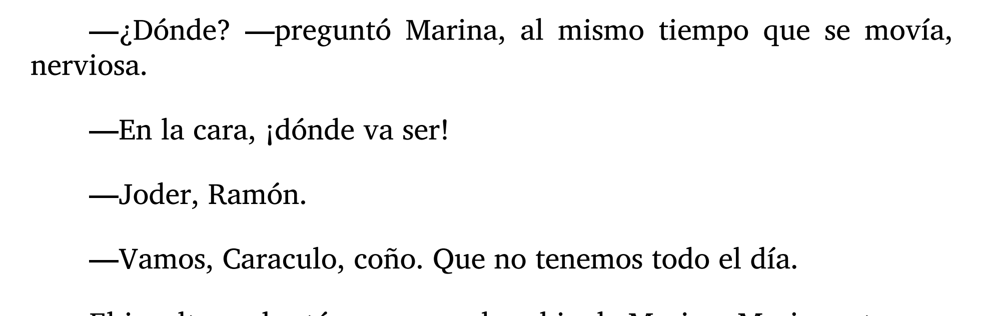
Protestó, aunque asumió que no le quedaba otra. Cuando se hubo esposado a la camilla, pidió a Marina que terminara la fase del plan.

—Joder, Ramón, no sé si voy a poder.

—Te devuelvo la pregunta: ¿quieres que no sospechen de mí?

El argumento del policía fue irrebatible.

Mario no entendía mucho de lo que sucedía entre ellos. Su lucha era otra, así que puso los pies en el suelo. El mareo seguía presente; sin embargo se notaba más estable. Trató de caminar y pudo dar dos pasos.



—¿Dónde? —preguntó Marina, al mismo tiempo que se movía, nerviosa.

—En la cara, ¡dónde va ser!

—Joder, Ramón.

—Vamos, Caraculo, coño. Que no tenemos todo el día.

El insulto no bastó para sacar la rabia de Marina. Mario, entonces, lo entendió. Quizá él podría ayudar. Se puso delante del policía y lo golpeó en la cara, aunque Ramón apenas giró la cabeza.

—¿Eso qué mierdas es? —protestó el oficial.

—Yo… —dudó Mario—, solo trataba de ayudar.

—¿Así das tú los puñetazos? —repitió Ramón— Te falta mucha calle, chiquillo.

—Estoy grogui todavía —se excusó el abogado.

—Caraculo, o me golpeas tú con fuerza, o si tenemos que esperar a que lo haga este nos vamos los tres al talego.

Marina no se lo pensó más y, antes de que terminara la frase, le dio un buen puñetazo a su querido compañero en el ojo. Antes de que pudiera protestar, le dio otro en la nariz. Y, para rematar, le dio otro en el estómago.

—Joder, Marina, para —protestó Ramón.

—Perdona, perdona, joder.

La policía abrazó a su compañero y le volvió a pedir perdón varias veces más.

—Tranquila, tranquila —Ramón la correspondió en el abrazo—. Venga, *marcharos* ya.

Marina se separó de él y, al verlo sangrar por la nariz, se le saltaron las lágrimas.

—Ay, mi niño —dijo, y le abrazó otra vez.

Ramón volvió a tranquilizarla y le exigió que se marcharan lo antes posible.

—*Encontrar* al chiquillo. *Hacer* que esta *chalaura* valga la pena.

Mario se metió la camisa por dentro, se la abrochó y se recompuso como pudo. Con una mirada agradeció al veterano policía los servicios prestados. Ramón tan solo asintió a modo de respuesta.

—Ya sabes que si me tienes que delatar, me delatas, ¿vale? —dijo Marina.

—A mí me ha atacado un tío enorme al que no he visto venir.

Marina sonrió y se marcharon del box.

Caminaron por los pasillos y, gracias a un elevado golpe de suerte, la policía encontró la puerta que antes la llevó al cuarto de calderas. Miró en todas direcciones y cuando comprobó que no había nadie, la abrió. Poco después salieron al parking.

Cuando estaban a punto de llegar a la fachada principal, una voz a sus espaldas los alertó.

La alerta no era otra más que un médico al que no le arrancaba el coche.

En otras circunstancias, Marina se hubiera ofrecido a ayudar. En ese momento lo único que hicieron fue fingir que no entendía el español.

Mario se encontraba bastante recuperado. Caminaron junto a la fachada principal del hospital. Era festivo y, dado que no había consultas, estaba casi desierto. Llegaron al parking al descubierto donde Marina había aparcado el coche de Ramón.

Cuando se subieron, a la policía le inundó una ola de culpa. Se fijó en las obras que estaban ampliando el hospital. Una gran grúa de tropecientos metros de altura coronaba el ambicioso proyecto, más estancado de lo que la población de la Costa del Sol requería. Se dijo así misma que, en ese momento, había puesto la vida de su compañero, y la suya propia, en ruinas: como en una obra que se dilata en el tiempo y nunca acaba.

—Al final, tendremos que ir a mi oficina —Mario interrumpió los pensamientos de la policía.

—¿No puedes consultar lo que querías consultar en mi móvil?

—Necesito chequear el email de empresa. No puedo hacerlo desde otro lugar. Por eso te dije que le pidieras a Irene las llaves.

—Entiendo.

—Pero tendremos que esperar a la noche.

Eran poco más de las dos del mediodía. Marina estaba destrozada, física y anímicamente. Además, sus tripas habían empezado a vibrar en ese gorgoteo tan molesto y característico que provoca el hambre.

—Vamos a comer algo. Después buscamos un lugar a la sombra donde descansar —sentenció ella.

Arrancó el coche y se marcharon del hospital; la policía con desazón, y el abogado con una brizna de esperanza. La mujer se había portado demasiado bien, estaba poniendo en juego su carrera y su libertad, incluso. Ahora él tenía que corresponder hallando al

responsable de aquella situación tan surrealista que estaban viviendo.

Marina paró en un supermercado próximo al hospital y compró un par de empanadas, un par de bolsas de patatas fritas y un par de refrescos. Además de botellas de agua y más barritas energéticas. De vuelta al coche, subió por el Carril del General y, nada más pasar la escuela ecuestre, se desvió a la derecha por un camino de tierra. Paró en la primera sombra que encontró fuera de la pista.

Salió del coche y se desperezó. Miró hacia el sur, hacia el mar: el día era brillante y caluroso, y la estela del reflejo del sol deslumbraba como si cientos de focos submarinos apuntasen al cielo. Apenas corría una ligera brisa que no servía para refrescar la temperatura. Mario también salió del coche y cruzaron miradas. Ambos tuvieron tentación de abrir la boca, pero solo lo hicieron para engullir las provisiones del supermercado: la policía con ansia, el abogado más comedido, todavía con una extraña resaca que le provocaba algún que otro temblor.

Una vez finalizada la frugal comida, Marina se confesó.

—Ahora mismo echo de menos un cigarro.

—Lo echo de menos hasta yo, que nunca he fumado más que algún día de copas.

—Eres demasiado niño bueno, abogado.

Mario se quedó boquiabierto. Tenía parte de razón que la imagen que proyectaba al exterior era la del yerno perfecto: buen trabajo, buen sueldo, atractivo y todavía con la juventud suficiente para gustar a mujeres menores y mayores que él. Sin embargo, le molestaba ese aura de bondad que parecía proyectar. Y que Marina lo hubiera verbalizado así, con ese descaro, lo dejó fuera de combate.

La agente, por su parte, se dio cuenta de que al abogado le había molestado el comentario. Prefirió callar y no disculparse por algo tan nimio. Asumió que no tenían la confianza necesaria que ella misma se había otorgado al hacerle aquella broma. Aunque se preguntó si sacarle del calabozo y poner en riesgo su carrera no debería de concederle un poco de margen.

—¿Cuándo crees que podremos ir a tu despacho?

—Ya te digo que de noche. Además, con la feria va a haber muchísima gente por allí hoy.

—Casi mejor. Mezclarse entre la multitud nos dará más invisibilidad —aclaró Marina.

Mario tan solo asintió. Al poco bostezó.

—¿No has dormido en el calabozo? —El abogado negó con la cabeza—. Venga, vamos a cerrar los ojos un rato.

La policía se movió hasta la puerta del copiloto, se agachó para manipular el asiento y lo reclinó todo lo que permitía. Mario no tenía claro lo que hacía. Ella, en cambio, sonrió. Dio la vuelta por la parte delantera del coche y repitió la operación con el asiento del conductor.

—No es el nuevo Hotel Don Miguel, pero algo es algo.

—¿Vamos a poder dormir aquí con el calor y pendientes de si alguien viene?

—Mario —Le gustaba dirigirse a él por su nombre—, ¿quién va a venir a esta hora del día grande de la feria? Hasta que un médico vaya a visitar al nuestro amigo Ramón al box pasarán, como poco, dos horas…

El abogado tuvo que acatar ese argumento como si el de un juez se tratase. Se quitó la camisa, quedándose solo con la camiseta de manga corta, se remangó los pantalones y se sentó en el angosto asiento del utilitario de Ramón. Se echó hacia atrás y giró su cuerpo hacia la izquierda, que era su posición favorita para dormir. Marina hizo lo mismo, después de unos segundos bocarriba.

Cruzaron sus miradas; estaban cerca, quizá demasiado.

—¿Quién te iba a decir a ti hace unas horas que ibas a dormir junto a una poli, eh? —dijo Marina con la intención de rebajar la tensión que ella misma sentía. Los ojos del abogado, sin ser azules o verdes, tenían un toque de profundidad, de templanza, que le perturbaban.

Mario curvó los labios hacia arriba, más por cortesía que porque le hiciera gracia la broma. Unas horas atrás, él estaba con su familia en su casa disfrutando de lo que creía una vida perfecta o casi perfecta.

No, no se imaginaba que iba a dormir en el campo, en un coche a más de treinta grados de temperatura ambiente, con una desconocida

y con su hijo secuestrado en algún lugar lejano.

Sin embargo, sus músculos no respondían a la extraña energía que le provocaba la ira, así que los ojos se le cerraron y entró en un sueño tan profundo como inquietante.

Quizá podría descansar un par de horas.

La feria

La feria de Marbella no ha lugar para el descanso.

Por el día, las calles del centro se engalanaban con farolillos y abanicos de papel y, sobre todo, con toldos para paliar —o hacer el intento— las altas temperaturas. La Plaza de la Alameda, la Avenida del Mar, y sus aledaños se llenaban de barras repletas de camareros con poca experiencia (o ninguna) a los que esa semana les solucionaba parte del verano. La feria albergaba y colmaba las ganas de ocio de los habitantes y turistas de la Costa del Sol.

La música era protagonista: sevillanas, bulerías y flamenco inundaban el ánimo de los marbellís. La bebida también tenía su papel principal: cerveza, tinto de verano, cubatas y, cómo no: rebujito. Pero rebujito malagueño, con Cartojal o sucedáneos, nada de los brebajes procedentes del norte —de Sevilla para ser exactos—, de los que renegaban más de la mitad de los costasoleños.

A las nueve de la tarde-noche aunque el sol hubiera caído, su luz se resistía a apagarse, como si quisiera unirse a la fiesta y bailar por bulerías. Por ello, Marina había parado en un bazar chino del barrio de Miraflores, donde habían aparcado, convenientemente para Ramón, el coche, y había comprado un par de sombreros andaluces y un par de pañuelos verdes para ponérselos, tanto ella como su acompañante; también, una botella de Cartojal y otra de Sprite; dos vasos grandes y un poco de hielo.

—¿Nos tenemos que meter tanto en el papel? —protestó Mario.

—No bebas, hombre, a ver si te crees que yo me voy a emborrachar —repuso ella—. Así damos menos el cante que si vamos estirados y preocupados.

El abogado claudicó, por segunda vez en lo que iba de día, ante la fuerza de las palabras de Marina. Se mojó los labios con el brebaje y los retiró al instante: nunca le había gustado el rebujito. Él era de cerveza y de vino del caro, del de más de cien euros la botella en

alguno de sus restaurantes favoritos. Por el contrario, Marina sí pegó dos buenos sorbos a su vaso de medio litro. No es que le encantara el vino blanco con gaseosa dulce, lo que ocurría es que le recordaba, demasiado, a sus tiempos de juventud en la feria. Cuando salía de casa a las dos de la tarde y no volvía hasta las ocho o nueve del día siguiente. Tiempos en los que su máxima preocupación era aprobar matemáticas y que su padre no le pillara los chupetones que le hacían *el Loren* o *el Jose*.

—Vamos —dijo ella, agarrando del brazo a Mario.

Le puso la mano un poco por encima de la muñeca. Agarrarlo de la mano no le parecía procedente. De esa forma, la gente podría pensar que eran pareja o, al menos, algo más que amigos, o rolletes de feria, que para eso da igual la edad que uno tenga.

Caminaron por la Avenida del Mercado, con los sombreros tapándole las caras todo lo que podían. Llegaron a Ricardo Soriano, la avenida principal de la ciudad, y cruzaron para llegar hasta Notario Luis Oliver. Bajaron rápido por la calle y llegaron al portal del edificio que albergaba el bufete Villegas y Familia.

A pocos metros, uno de los restaurantes con más tradición de Marbella tenía montada su feria particular: una barra fuera del local, en el que numerosos marbelleros de postín disfrutaban del fin de la feria de día. Mario se embutió, más si cabe, en el gorro y el pañuelo porque distinguió a una compañera y sus amigos entre el grupo de personas que allí se reunían.

—Vamos, abre —apremió Marina.

—¿Que abra el qué?

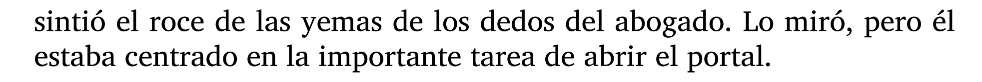
—La puerta, ¿qué va a ser?

—Las llaves las tienes tú.

Marina se dio cuenta de que ella había pedido la copia de las llaves a Irene, la mujer de Mario. Sonrió por su mala cabeza. El abogado advirtió el divertimento en los gestos y expresiones de la policía. ¿Quizá el cartojal estaba subiéndosele a la cabeza? Por primera vez desde que se habían llevado a Pablo se permitió sonreír.

—¿Qué llave es?

—Esta, creo —Mario tomó el manojo de manos de la policía, que


sintió el roce de las yemas de los dedos del abogado. Lo miró, pero él estaba centrado en la importante tarea de abrir el portal.

—No abre.

—Ya lo veo. ¿Qué pasa?

—No sé.

—¿Estás seguro de que esa es la llave?

—Pues no lo estoy, nunca he abierto el portal. Siempre que llego está abierto y cuando me marcho simplemente lo cierro, como comprenderás.

Marina obvió el irónico comentario y le arrebató a Mario las llaves. Probó con otras del manojo y ninguna entró en la cerradura.

—No me jodas, Mario. ¿Y ahora qué hacemos?

—¿Tú no sabes abrir puertas o algo así? —preguntó él.

—¡Que yo soy poli, no ladrona!

Ambos volvieron a sonreír.

—Llama a algún telefonillo.

—Hay videoportero, y aquí casi todo son edificios de oficinas, hay pocas viviendas.

—Pues como tengamos que esperar a que salga alguien entonces…

Marina se equivocó. En ese momento, la puerta se abrió, y una mujer, de no menos de ochenta años, emperifollada como para ir a una boda, con vestido rosa y una pamela rosa y unos zapatos rosas, salió del edificio.

—Buenas noches —dijo.

Policía y abogado correspondieron al saludo, y la mujer bajó el peldaño que la separaba de la calle y de su escapada nocturna. Ambos se la habían quedado mirando, y no entraron al edificio en el acto, en parte por la sorpresa que les había provocado el *look* de la anciana, y en parte por no llamar demasiado la atención.

Tuvieron suerte, porque la puerta era de esas que se cierran con lentitud, como con suspense. Cuando quedaba menos de un centímetro para hacerlo, Marina la sujetó y pudieron entrar.

Dentro del bufete

Al entrar al recibidor del edificio, los recibió una luz casi cegadora.

Un espejo gigantesco a la izquierda les retrató: los dos se miraron y se dieron cuenta de las pintas que llevaban. Volvieron a sonreír, aunque la policía apremió al abogado para subir hasta el despacho.

El espejo del ascensor animó a la policía a verbalizar lo que ambos pensaban:

—¡Ojú, vaya dos! —dijo ella.

Mario quiso replicar, pero no encontró las palabras. Una especie de culpa o de remordimiento acudieron a su estómago: su hijo estaba secuestrado, y él no podía permitirse ninguna broma. Tenía que entrar en su ordenador y encontrar el teléfono que estaba buscando. Y, de paso, llevarse toda la información posible sobre el caso Berbatov.

La llave de la puerta del despacho de abogados sí era la correcta. Después de chequear que no había nadie ni a la derecha ni a la izquierda del interminable pasillo de mármol y cenefas, abrieron. Mario desactivó la alarma. La clave tampoco había cambiado.

Una vez dentro, Marina hizo el amago de quitarse el sombrero de feria, pero Mario la detuvo. Con los labios bien abiertos, para que pudiera leerlos, indicó a su compañera la existencia de cámaras de seguridad.

Corrieron hasta el despacho personal del abogado.

—Tenemos que darnos prisa —Marina asintió, entendió la incomodidad de Mario. Además de la vida de su hijo, también estaba en juego su prestigio como jurista. Él encendió el ordenador y miró en el teléfono fijo del escritorio—. Marina, apunta este número.

A la policía le gustó escuchar su nombre de boca del abogado, aunque no tuvo tiempo de recrearse, ya que insistió.

—Voy, voy. ¿De quién es?

—Creo que es del tipo con el que me cité en el Parque de los Enamorados. En cuanto abra mi correo te lo confirmo.

A los pocos segundos, lo abrió y confirmó el número. Pidió el

email a la policía, y le reenvió la información que consideró importante.

—¿Me estás metiendo en un problema aún más grave, Mario?

—Cuando todo acabe, lo borras y listo.

—¿Tú sabes que un perito informático de la nacional me puede destripar el móvil y encontrar todos los archivos borrados?

—¿Y qué quieres que haga?

Se miraron. Mario quiso decir algo como: ¡sabías en lo que te metías! Marina quiso responder algo como: ¡no me eches más mierda encima de la que ya tengo!

Ninguno abrió la boca.

—Supongo que si no abro nada de lo que me has mandado…

—Supones bien, si no lo descargas del servidor de correo a tu teléfono, no podrían inculparte de nada.

—¿Y por qué no lo envías a otro correo para poder ir a un locutorio en caso de tener que consultarlo?

Mario se puso el dedo índice en la boca.

—Esa es buena idea.

El abogado tecleó en el ordenador y cuando dio por terminada la tarea lo apagó.

—¿Listo?

—¿Tienes el teléfono del tipo guardado, no? —preguntó él. Marina afirmó, y el abogado sacó otro teléfono de un cajón—. Es mi móvil de empresa. No sé si encenderlo.

—Mejor que no. Por si te lo tienen controlado.

El abogado se quedó mirando el teléfono Android de gama media. Lo guardó de nuevo en el cajón y se levantó. Cuando se disponían a salir del despacho, algo los alertó. Unas voces indicaban que alguien estaba abriendo la puerta del bufete.

Las risas y voces incrementaron su intensidad cuando, a los pocos segundos, la puerta se abrió. Mario cerró su despacho y se agachó. Su oficina tenía unos grandes ventanales desde los que se observaba el resto del espacio de trabajo de otros compañeros. Él podía ver lo de fuera, y los de fuera podían verlo a él. Marina imitó al abogado y se echó al suelo.

—¡Las «fregonas» se han dejado la alarma sin poner! —dijo una voz familiar para Mario—. Me dan ganas de chivarme al jefe.

—No seas torpe, que te delatas a ti mismo —dijo otra voz, femenina, no tan familiar.

Mario tenía la mirada clavada en el techo. Marina le dio un codazo, señaló hacia el lugar desde donde provenían las voces y abrió mucho los ojos. Él levantó la mano y puso la palma hacia abajo, pedía un momento a la policía para intentar averiguar quién era.

—¿Vamos al despacho del jefe? —preguntó la voz femenina.

—Vamos a ir al del abogado del momento —respondió Raúl Solana, al que Mario acababa de identificar.

—¿Hay sofá?

—No, pero tiene un buen asiento de cuero. Quiero follarte en el sitio donde él pone su culo todos los días.

—Ni de coña. Una cosa es que me guste este rollo adolescente, y otra es hacerlo en una silla de oficina. ¿Quién te crees que soy, Nadia Comaneci?

Raúl estalló en carcajadas.

—Pues su mujer sí que es flexible.

—Cuando vengas con ella te lo montas en su silla de escritorio, o en su mesa, así en plan película de infieles de Hollywood. Para alimentar tu ego de macho corneador que se folla a la mujer del compañero en su propia cama. Bueno, cama no, tú ya me entiendes. A mí me llevas al sofá del jefe o me largo.

Mario apretó los pies contra el suelo, la espalda y la cabeza contra la pared. Marina se fijó en sus ojos: abiertos sin posibilidad de

cerrarse, sin lágrima, con la pupila dilatada. Si hacía un momento reflejaban miedo a que los pudieran pillar, después de escuchar a Raúl rebosaban ira.

Hizo el amago de levantarse. Ganas de reventarlo no le faltaban. Aunque hubiera aceptado la infidelidad de su mujer —en parte por la situación en la que se encontraban—, descubrir que el hombre que se metía entre las piernas de la madre su hijo era uno de sus máximos rivales, le descompuso. Él era muy pacífico; no recordaba la última pelea en la que se había metido. Quizá en el colegio, o ni eso. ¿Sabría dar un puñetazo? Porque Ramón se rio en su cara cuando le golpeó en el hospital.

Marina lo tenía sujeto del brazo. No podía permitir estropearlo todo. Lo miró. Le puso la otra mano en la cara, para apoyarlo, para decirle que ese no era el momento, para expresar que lo comprendía y que lo ayudaría. Él se relajó y se recostó de nuevo sobre la pared.

La pareja de amantes se metió en el despacho del gran jefe, contiguo al de Mario. La policía gateó y pegó la oreja a la pared. El abogado se extrañó, pensó, por un momento, que Marina tendría algún tipo de filia morbosa voyerista. Ella le invitó a unirse y de esta forma la cosa se volvió más surrealista aún.

Al otro lado se escucharon las risas y gemidos de los protagonistas. Mario no pudo más y separó la oreja. Levantó las manos pidiendo explicaciones. Marina le pidió calma con un gesto y, cuando los gemidos se hicieron más audibles, invitó a su compañero de aventuras a largarse. Mario movió el dedo índice de un lado a otro. Se llevó la mano a la oreja e hizo el gesto de llamar por teléfono. Marina no entendía nada. Él repitió el movimiento de labios exagerado, como si para una persona sordomuda se tratase, para que le entendiera. Cuando entendió, buscó su teléfono en los pantalones y se lo entregó.

Lo primero que hizo Mario fue quitarle el sonido.

Lo segundo, buscar la aplicación de notas.

Lo tercero, escribir: «No pienso salir a gatas del despacho, no vaya a ser que nos pille y entonces me vuelvan a encerrar con un motivo razonable y todo se vaya a la m…»

Se lo mostró a Marina que hizo el amago de sonreír. Se arrepintió y movió la cabeza de arriba abajo. Le pidió el móvil y tecleó.

«¿Y qué hacemos? ¿Esperar a que terminen?»

Mario asintió. Ella se encogió de hombros y se recostó sobre la pared. Los gemidos de la pareja se escuchaban al otro lado. Y las risas, y la complicidad de los que les gusta el sexo furtivo en lugares prohibidos. Quiso bromear sobre ello, pero entendió que a Mario no le haría ni puta gracia. Aquel hombre era el amante de Irene y no quiso ni pensar lo que podría albergar el cerebro del abogado.

Después de más de una hora la pareja no se marchaba. Disfrutaban de sexo y risas, risas y sexo. Eran más de las doce y Marina, que no había descansado bien en la siesta del coche, se apoyó en el hombro de Mario y se quedó dormida.

El abogado, que al principio hizo el amago de apartarse de ella, la dejó descansar tranquila. Por alguna extraña razón él pudo descansar algo mejor en la hora de la siesta, por lo que en ese rato de espera se martirizó a sí mismo y quiso imaginar una venganza. ¿Quizá con la mujer de Raúl? ¿Quizá con la chica que se había llevado al despacho del jefe?

No.

Precisamente la palabra jefe fue la que le encendió la bombilla.

Las bombillas de las luces de entrada al bufete por fin se apagaron.

Mario zarandeó los tobillos de Marina para que se despertara. Con la tontería había dormido más de dos horas. Dos horas en las que el abogado escuchó toda clase de gemidos y palabras soeces al otro lado de la pared.

Se enteró de algún dato interesante. Por ejemplo, que Raúl Solana, además de infiel, era un pelín farlopero: se pusieron un par de rayas cada uno, hombre y mujer, en el rato que estuvieron allí. No obstante, el compañero de Mario se esforzó por dejarlo todo impoluto: hizo un viaje al cuarto de la limpieza y pidió a la mujer que lo ayudara con la tarea. No fuera a ser que a él se le cayeran los anillos.

El dato más interesante fue que Raúl tenía, no confeso cómo, acceso a las grabaciones de las cámaras. Por ello se permitía las excursiones sexuales al bufete. También presumió ante su amante de tener acceso a casi todos los ordenadores del despacho. Se quejó de no poder acceder al del jefe y al de algún otro compañero importante. Entre ellos el propio Mario, que había rumiado su venganza en las dos horas que tuvo que esperar allí sentado sobre el frío mármol.

—Despierta, Marina

La policía se despertó sobresaltada.

—¡Qué pasa!

—Ya se han ido.

—Vámonos.

—Negativo. Ahora tenemos otro problema.

Raúl había conectado la alarma antes de marcharse. Volvió a arremeter contra las empleadas de la limpieza y se dijo así mismo que las estaba haciendo un favor.

—No me lo puedo creer.

—Si nos acercamos a la entrada va a pitar y aunque podamos escapar vamos a tener problemas.

—Las cámaras de seguridad.

Mario asintió y explicó a Marina lo de su compañero.

—Quizá pidan una revisión de las imágenes y no sé cuándo este hombre las borrará.

—Joder con el tipo, lo tiene todo calculado.

—Tenemos suerte de que mañana es laborable. Conchi suele venir sobre las siete y media.

—¿Quién es Conchi?

—Es una mujer de la limpieza. Alguna vez que el niño no ha tenido cole he venido pronto y me la he encontrado ya aquí antes de las ocho.

—Y cuando venga y nos encuentre, ¿qué le vas a decir?

—No le voy a decir nada. En cuanto se meta en el cuarto de la limpieza salimos pitando.

—¿Y si nos ve?

—Está a punto de jubilarse y lleva la radio puesta con cascos casi todo el tiempo. Tendremos una oportunidad.

—¿En serio?

Marina pensó que aquello era una cosa más propia de una película; sin embargo, toda la situación que estaba viviendo también lo era. Así que: ¿por qué no sumar una experiencia más?

—A las malas le puedo decir que he madrugado mucho y he venido a currar y que tú eres una cliente o lo que sea.

—¿Y cómo le justificas que estaba la alarma puesta? ¿Y nuestras pintas?

Mario se levantó, malhumorado, sin una buena respuesta para su compañera de aventuras.

—Voy a intentar dormir un rato, que tú ya has tenido tu descanso. ¿Me despiertas a las seis de la mañana? Creo que podría dormir un par de horas como tú.

—Antes de acostarte, repasemos el plan.

Mario se sentó en su silla giratoria, dio un par de vueltas con las manos en sus sienes.

—Nos ponemos en contacto con el tipo que me citó. Le exijo vernos y, cuando nos reunamos, le saco todo lo que tenga que contar. Si hace falta… —Mario cerró el puño y golpeó la mesa de forma sutil, casi como una caricia.

—¿Crees que la estrategia de ir de matones nos servirá?

—No lo sé.

—Vale. Pongámonos en el plan B. Que el tipo no te conteste, o no quiera citarse o, en el caso de que consigas esa reunión, no cuente nada o, peor incluso, que no esté relacionado con lo de tu hijo.

—Entonces iré a casa de Berbatov.

—¿En serio?

—No me queda otra.

—¿Me has dicho hace un rato que no creíais que estuviera implicado?

—Él no, pero podría saber algo de alguna *aya,* y quién sabe…

—¿Y va a cantar así por las buenas? ¿Tienes algo contra él?

Mario dudó. Todas sus pesquisas para poner en libertad a Berbatov habían demostrado que no era un delincuente. Ni siquiera un evasor fiscal.

—Quizá. Ya buscaré yo algo con lo que amenazarlo. No me desmontes el castillo de naipes, vamos primero a quedar con el otro.

Marina se ahorró el comentario sobre el castillo de naipes. En cambio, preguntó si podía ir al baño, y Mario le indicó cómo, y que tuviera mucho cuidado de no acercarse a la entrada.

Marina se encerró en un cuarto de baño que ya querría ella para su casa: con el mármol, una vez más, como protagonista. Y con un ventanal que daba a la calle. Se asomó. Desde allí vislumbró a algunos transeúntes más perjudicados de la cuenta. Pocos. La feria de noche se celebraba en otra parte de la localidad, aunque la zona del Puerto Deportivo, muy cercana, mantenía su actividad. Por ello, algunos rezagados volvían a casa o continuaban la fiesta por las calles del centro. Se fijó en una pareja de novios o amantes o amigos con derecho a roce que se estaba besuqueando en una esquina. Se acordó del compañero de Mario y de sus retoces y gemidos en el despacho del gran jefe. Sintió una punzada de deseo. Hacía tiempo que no estaba con un hombre, casi un año, desde el anterior verano. Y a escasos metros de ella se encontraba un hombre despechado y atractivo.

Se dirigió al despacho y al entrar, Mario tenía la cabeza apoyada sobre el escritorio, y su respiración indicaba que no estaba consciente. Marina se arrepintió de su deseo. «Que le han secuestrado al hijo…». Se prometió a sí misma no volver a dejarse arrastrar por esa clase de pensamientos. Se sentó en una silla y se fijó su pelo, en el ascender y descender de la columna vertebral del abogado. No tenía claro si se sentía atraida por aquel hombre, o lo que sentía era una especie de ternura maternal.

Después de un buen rato, cuando usó su móvil para entretenerse, se dio cuenta de que tenían otro problema más.

El problema se solventó pasada las seis de la mañana.

—Toma —dijo Mario, aún somnoliento.

Marina aceptó el cargador del móvil y, cuando fue a conectarlo, se cagó en los muertos de la manzanita.

—Esto no me sirve, mi móvil no es tan *cool.*

Mario rebuscó en el cajón, de nuevo, y le entregó otro cargador. Ese sí servía, y Marina puso a cargar su teléfono.

El abogado salió del despacho con sigilo. Retornó a los pocos minutos con dos vasos.

—¿Sacarina o azúcar?

—No sé, no tomo café.

—Espera.

Dejó los dos vasos sobre la mesa y volvió a salir. Regresó con una lata minúscula de Coca-cola, como las de los vuelos en clase turista. Se la entregó a la policía que protestó.

—¿Y no tienes algo para picar?

Mario bufó, repitió la operación de salir y volver. Lo hizo con una bolsa de patatas y una lata de aceitunas.

—¡Buen desayuno para la dieta! —dijo Marina, socarrona.

El abogado no replicó y se tomó los dos cafés casi de un trago.

Durante la hora y pico de espera hasta la llegada de Conchi, la limpiadora, Mario revisó documentación en su ordenador; Marina revisó las noticias en internet. Sintió la tentación de llamar o escribir a Ramón; sin embargo, el acuerdo era no ponerse en contacto con él. El veterano lo haría «cuando no hubiera moros en la costa». La ausencia de comunicaciones por parte del compañero, la preocupó. Preocupación que no quiso trasladar a Mario.

—Vamos a estar preparados —dijo él, que hizo una señal a la policía para que le siguiera—. Conchi debería ir en esa dirección —

Señaló hacia la izquierda—, allí está el cuarto donde se cambia y tiene los productos de la limpieza.

—Si entra a cambiarse, sí que tenemos una oportunidad.

—Por eso te lo dije.

Marina sonrió, aunque Mario no le correspondió.

La hora y media se convirtió en casi dos. El tiempo se les agotaba. Era un día laborable; aunque, al estar metidos en plena feria, Mario supuso que la trabajadora se habría aferrado unos minutos más a las sábanas. Deseó con todas sus fuerzas que los compañeros y compañeras, sobre todo Lucía, la recepcionista, hiciera caso a las indicaciones del gran jefe de tomarse con calma la semana de feria.

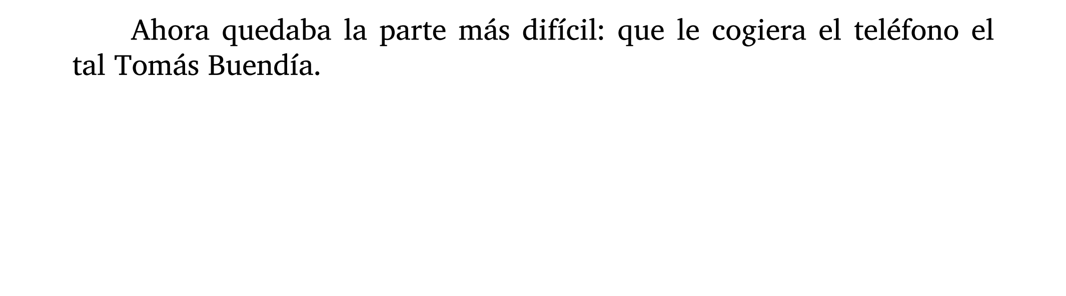
Cuando faltaban diez minutos para las ocho, la puerta se abrió. Abogado y policía esperaban agazapados bajo la mesa de la recepción. Si a la limpiadora le hubiera dado por dejar allí alguna de sus pertenencias, los hubiera pillado de lleno. Sin embargo, Conchi siguió el patrón que Mario había dicho: quitó la alarma, cerró la puerta, se dirigió hacia el cuarto de la limpieza y, al parecer, se encerró en él.

Mario se señaló a sí mismo: saldría él primero y abriría la puerta para que Marina le siguiera después. Cuando se levantó, vio a Conchi bailoteando al otro lado de la gran sala colmada de puestos de trabajo de los empleados menos ilustres del bufete, los mismos puestos de trabajo donde él había empezado su meteórica carrera. Se agachó rápido, y Marina hizo un gesto para saber qué ocurría. Mario se asomó, con toda la lentitud que pudo, al mostrador de recepción. Faltaban cinco minutos para las ocho y Lucía debería de estar a punto de llegar. El abogado observó cómo la mujer se dio la vuelta y, ahora sí, entró en la habitación donde estaban los productos y utensilios para limpiar. Apremió a Marina para salir corriendo de allí.

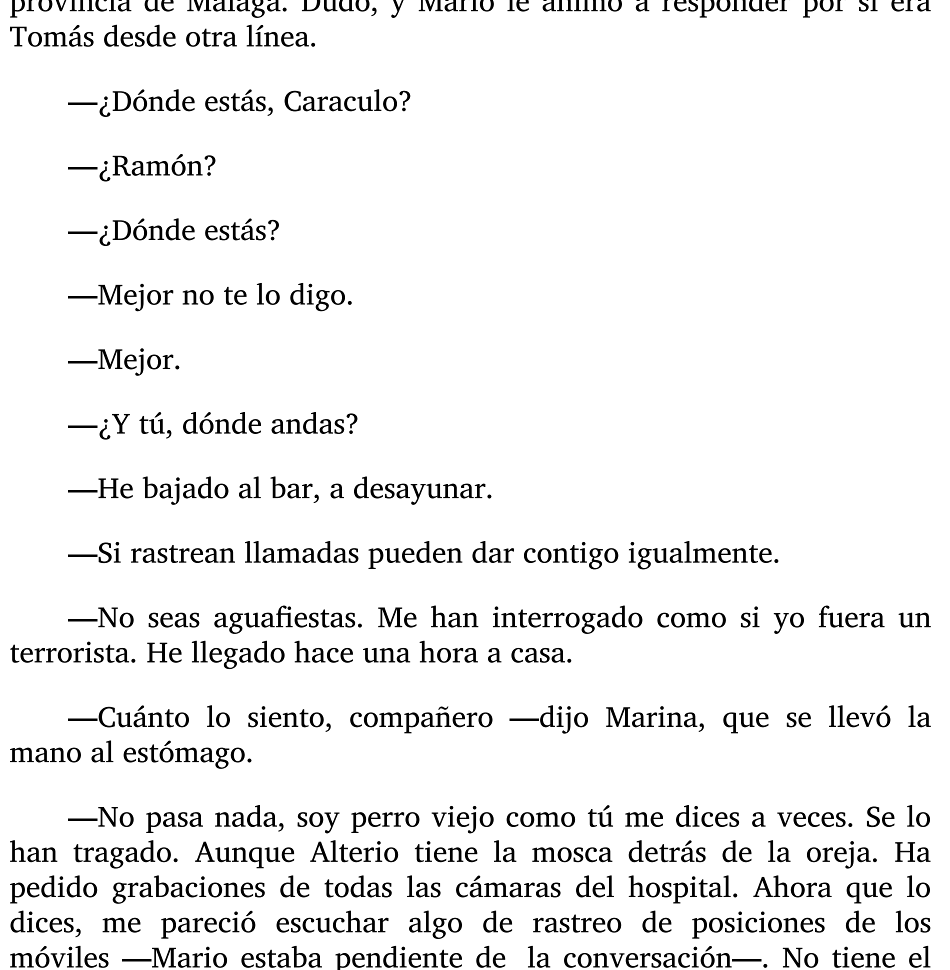
Abrió la puerta, no sin dificultad, y la cerró con sumo cuidado. Llevaban los sombreros de feria puestos y los pañuelos, por si se cruzaban con conocidos. Llegaron al ascensor, pero Mario dijo que mejor por las escaleras. Bajaron casi saltándose los escalones, y salieron a la calle.

A los pocos metros de distancia, Mario reconoció a Lucía, siempre tan puntual y tan diligente, caminando por la otra acera en dirección a su puesto de trabajo.

Suspiró aliviado.



Ahora quedaba la parte más difícil: que le cogiera el teléfono el tal Tomás Buendía.



Tomás Buendía no cogió el teléfono después de tres intentos. Tampoco lo hizo Ramón. Sin embargo, a los pocos segundos, Marina recibió la llamada de un número fijo desconocido con el prefijo de la provincia de Málaga. Dudó, y Mario le animó a responder por si era Tomás desde otra línea.

—¿Dónde estás, Caraculo?

—¿Ramón?

—¿Dónde estás?

—Mejor no te lo digo.

—Mejor.

—¿Y tú, dónde andas?

—He bajado al bar, a desayunar.

—Si rastrean llamadas pueden dar contigo igualmente.

—No seas aguafiestas. Me han interrogado como si yo fuera un terrorista. He llegado hace una hora a casa.

—Cuánto lo siento, compañero —dijo Marina, que se llevó la mano al estómago.

—No pasa nada, soy perro viejo como tú me dices a veces. Se lo han tragado. Aunque Alterio tiene la mosca detrás de la oreja. Ha pedido grabaciones de todas las cámaras del hospital. Ahora que lo dices, me pareció escuchar algo de rastreo de posiciones de los móviles —Mario estaba pendiente de la conversación—. No tiene el tuyo, ni me lo ha pedido.

—Lo podrá averiguar con facilidad con una llamada —sentenció Marina.

—Entonces vamos colgando. Solo quería decirte que de momento bien, pero si te han cazado las cámaras o te rastrean el móvil, la cosa se te puede complicar —El policía hizo una pausa, correspondida por el silencio de su compañera—. ¿Sabes algo del niño?

—Estamos en ello, Ramón.

—Gracias por dejarme el coche cerca de casa. Lo he visto antes de subir.

—Gracias a ti.

Se despidieron con una frialdad inesperada para el afecto mutuo que se profesaban. El miedo a que el inspector Alterio pudiera rastrear la llamada, y encontrar la posición del teléfono de la agente, motivó este comportamiento. Al menos eso se dijo a sí misma.

Mario conducía el coche de Marina; habían ido a buscarlo, al barrio de la Divina Pastora donde residía la agente, nada más salir del despacho del abogado. Se trataba de otro utilitario pequeño, coreano en su caso, poco potente, y con años suficientes para tener que pasar la ITV cada doce meses.

—Tienes que deshacerte del móvil —dijo Mario.

—Lo sé, pero antes tenemos que comprar otro.

—¿Cómo y dónde?

—Desvíate en la siguiente salida.

Mario tomó la salida de Nueva Andalucía, dirección La Campana. Siguió las indicaciones que la policía iba marcando y llegaron a una nave que resultó ser un taller mecánico. Marina pidió que la esperara en el coche; se bajó y se dirigió a la entrada. Allí la recibió un tipo bajito, delgado y con las manos llenas de grasa. El mecánico, que cojeaba, sonrió al verla y se dieron un ligero abrazo. Mario les observaba a través del parabrisas. Los dos tuvieron una breve charla y accedieron al interior del taller.

Una vez dentro, el mecánico le entregó a Marina un papel con una dirección.

—Ya sabes que yo no sé nada.

—Gracias, amigo.

—De nada, guapa.

Se despidió de él con otro tibio abrazo y salió al encuentro de Mario. Le pidió que arrancara y le guio hasta otro lugar del mismo polígono, a escasos metros del taller.

—Espérame aquí.

—No, dime qué estás haciendo.

—Voy a conseguir un móvil «limpio».

—Te vas a meter en un buen problema, así que déjame hacerlo a mí.

Se miraron unos segundos. En el fondo, el abogado tenía razón. Marina suspiró y bajó la cabeza. Clavó sus ojos en el móvil. Abrió la guantera y sacó un papel y un cuadernillo; apuntó el número de Tomas Buendía, el de Ramón y el de la casa de Mario e Irene. También el de sus padres, por si acaso. Para finalizar, escribió la dirección y las claves de acceso del nuevo email que Mario había creado para enviarse a sí mismo toda la documentación del caso Berbatov. Cuano terminó, buscó los ajustes del teléfono e hizo un reset.

—No tendrás un alfiler, ¿verdad? —preguntó ella.

—Pues no, lo siento.

—Bien, cuando entres a ese local —dijo, y señaló un locutorio—, se lo pides al que te atienda. Sacas la tarjeta y te la traes. Le preguntas cuánto te ofrece por este terminal, regatéale pero no mucho. Y le pides una nueva línea prepago y un nuevo teléfono. Te pedirá los datos, pero le enseñas esto.

Marina le entregó una parte de los billetes que había sacado —de su cuenta personal de ahorros— en el cajero de su barrio. Esto sorprendió a Mario. Después le dio el papel que consiguió gracias su amigo mecánico del taller. Mario, abrumado, leyó algo que no comprendió bien.

—¿Qué es todo esto, Marina?

—Haz lo que te pido. Enséñalo, consigue la nueva línea y el nuevo teléfono.

—¿Tú no decías que eras poli y no ladrona?

Se miraron a los ojos, aunque ella no le aguantó la mirada. Su teléfono acabó de resetearse. Se lo entregó al abogado y le conminó a hacer la tarea.

Mario se bajó entre murmullos de protesta. Cruzó la calzada que le separaba del locutorio, sin mirar, y un coche tuvo que pegar un

frenazo para no llevárselo por delante.

Después del correspondiente bocinazo y del correspondiente insulto, el conductor que estuvo a punto de atropellar a Mario, se largó.

El abogado, tembloroso, había levantado la mano a modo de perdón y se quedó así unos segundos. Marina le apremió desde el coche, y Mario terminó de cruzar la calle. Miró hacia atrás y se encontró con el reproche, casi maternal, de la policía, que movía la cabeza de un lado a otro.

Entró en el local. Una bofetada en forma de tufo a especias le provocó que arrugara la nariz.

—Buenos días, ¿me podría prestar una llave de esas para sacar la tarjeta?

Un hombre escuálido y moreno le miró con ojos de no dar los buenos días. Dejó la infusión que se estaba preparando sobre una mesa, y procedió a buscar en un cajón. Después de manotear en varias direcciones, encontró lo que Mario le solicitaba y se lo entregó. El abogado sacó la tarjeta de Marina, se la guardó y volvió a meter la ranurita en el móvil

—¿Cuánto me da por esto?

El hombre, que había vuelto a su té, lo miró de soslayo mientras removía la taza con la propia bolsita de la infusión. Se acercó de nuevo al mostrador y observó el teléfono en la distancia.

—Diez.

Mario recordó lo que le había dicho Marina sobre no regatear en exceso; sin embargo, le pareció un abuso la oferta del comerciante.

—Veinte, que le voy a comprar uno nuevo —El hombre buscó en otro cajón y sacó dos billetes de diez euros. Se los entregó a Mario—. También quiero una línea prepago de estas —Señaló una pegatina que había en el cristal lateral del mostrador. Era de una empresa de telefonía *low cost.*

El hombre, que parecía molesto porque le hubieran interrumpido su espartano desayuno, sacó unos impresos de otro cajón. Se los entregó a Mario y, como si fuera para el cuello de su camisa, le dijo:

«—Datos». Entonces llegaba la parte del plan en el que el abogado tenía que volver a delinquir: le entregó el papel logrado en el taller mecánico. El comerciante no lo entendió o no quiso entenderlo. Contaría con más de cincuenta años, y quizá por su edad no podía leer bien el arrugado papel cuadriculado en el que, además de la dirección del locutorio, estaba escrito una suerte de código secreto: un código para que el dueño del locutorio entregara una línea prepago sin facilitar los datos personales y el DNI.

En efecto, tomó unas gafas que le colgaban del cuello, pero por la zona de la nuca, y leyó el papel. Abrió los ojos y miró por encima de las lentes.

—Trescientos euros.

—¿Cómo?

No respondió. Se agachó y Mario se asomó para ver qué hacía. No tardó en levantarse de nuevo con dos teléfonos en la mano. Los puso sobre el mostrador y señaló uno de ellos.

—Este cien y este ciento cincuenta. Más trescientos euros.

Mario estaba descolocado, le estaba pidiendo mucho dinero por la tarjeta prepago y por un smartphone en un estado mejorable de calidad dudosa. Escogió el segundo terminal que apenas tenía marcas de uso.

—Cuatrocientos, más los veinte que me has dado antes.

El hombre lo miró, de nuevo por encima de las gafas. No parecía un gran orador. Guardó el teléfono más barato, y abrió un armario que custodiaba bajo llave. De allí sacó una tarjeta prepago sin el precinto de la compañía telefónica. La puso sobre la mesa junto al terminal.

—Cuatro cientos veinte.

Mario sacó el dinero, con cierto orgullo por haberle regateado treinta euros a un dudoso vendedor de líneas de teléfono ilegales. Dejó los billetes en el mostrador, cogió el teléfono y la tarjeta SIM, y salió del locutorio sin decir adiós.

En el coche, Marina le sonrió.

—Dame mi tarjeta —Se la entregó, y ella la cortó en pequeñas

piezas con un cortauñas que tenía en la guantera—. Dame el móvil.

—Sé hacerlo yo, mujer —respondió él, a lo que Marina levantó las manos como si la estuviesen apuntando con un arma.

El abogado, cuando fue a meter la tarjeta SIM ilegal en el teléfono móvil usado, resopló y soltó un taco. Marina estalló en una carcajada.

Quien no soltaba carcajadas nunca era el comerciante del locutorio, aunque al menos le regaló la llavecita para abrir el compartimento de las tarjetas de los móviles.

Después de meter la SIM y configurar, con más lentitud de la deseada, el teléfono ilegal, pudieron llamar a Tomás Buendía. Como era de esperar, no contestó. Lo intentaron los dos hasta en cuatro ocasiones.

Cuando iban a claudicar, en el quinto intento, respondieron.

—¿Quién es?

Marina, que era la que llamaba, se puso nerviosa, y cuando le fue a entregar el teléfono a Mario, se le cayó al suelo del vehículo, entre los pies del conductor. El abogado, de mal humor, se agachó para cogerlo con rapidez.

—Señor buendía.

—¿Quién es? —repitió.

—Soy … —Mario dudó—, el que dejó usted tirado hace dos días en el Parque de los Enamorados.

Al otro lado del teléfono se produjo uno de los silencios más incómodos que se recordaran.

—No le dejé tirado, señor Gálvez. Ocurrió algo que me impidió presentarme.

—¿Y por qué no me avisó?

—No podía, no tengo su número personal —Se produjo un nuevo silencio—. Y hablando de teléfonos. ¿Desde que número me está llamando?

—Eso no importa.

—Importa mucho por si se lo tienen intervenido.

—No se preocupe por eso, lo acabo de conseguir de estraperlo. Es seguro.

—Para asegurarnos del todo, es mejor que nos veamos en persona.

—Me ha leído usted el pensamiento.

—Algeciras, zona portuaria —El tipo le dio la dirección y el nombre de un bar—. ¿Cuándo podría estar?

—¿Me va a obligar a ir hasta Algeciras?

—Es lo mejor, créame.

Mario miró a la policía, que le dijo con sus labios que tardarían una hora. Cerraron la cita para las once de la mañana en el bar indicado.

—Asegúrese de que no le sigue ningún Range Rover.

—¿Cómo?

Tomás Buendía no contestó y colgó el teléfono. Marina le arrebató el terminal de las manos y buscó en el GPS la dirección que le había facilitado.

—¿Me dejas conducir?

—Es tu coche.

Intercambiaron asientos. Eran cerca de las diez de la mañana y el mercurio ya rozaba los veinte grados. Marina arrancó y encendió el aire. Mario cerró los ventiletes de su lado.

—¿Tienes frío?

—No me gusta —contestó. Ella tuvo la deferencia de ponerlo muy flojo y de subir la temperatura un par de grados para que el habitáculo no se convirtiera en un pequeño refrigerador—. Así el coche gasta y contamina más.

—Ya lo he puesto más bajo, no lo voy a quitar porque si no, nos morimos.

Mario asintió y se conformó.

Marina puso música en el reproductor de MP3, aunque se dio cuenta de que no era lo más apropiado para el momento. Cambió a la radio y escucharon las noticias en la hora escasa que les llevó el

trayecto a Algeciras. Apenas conversaron. Mario, incluso, dio dos cabezadas.

Cuando estaban llegando, ella preguntó:

—¿Qué esperas de este tipo?

—¿Te has asegurado que no nos siga nadie?

—Ningún Range Rover como el tuyo seguro.

—No sé muy bien lo que espero.

Volvieron al silencio.

Minutos después accedieron al barrio que llevaba al puerto de Algeciras y Marina siguió las indicaciones del móvil. Aparcó a unos trescientos metros del bar, y miró hacia atrás. Se cercioró de que nadie los había seguido. Cuando iba a apagar el motor, escucharon una noticia inquietante en la radio.

«El abogado Mario Gálvez, famoso por la defensa del caso Berbatov, se encuentra en paradero desconocido según ha informado la Policía Local de Marbella. Al parecer, fue arrestado por los municipales, y posteriormente ingresó ayer en el hospital Costa del Sol por unas lesiones. Se cree que alguien se lo llevó por la fuerza, ya que el agente que lo custodiaba resultó herido. La Policía Nacional se ha hecho cargo de su búsqueda».

Mario se rompió, una vez más. Metió la cabeza entre sus manos y dobló su cuerpo sobre sus rodillas. Su garganta emitió un par de sonidos que podían proceder, con facilidad, de su alma.

—Vamos, tranquilo —intentó animarlo Marina.

—No puedo estar tranquilo, si lo saben en la radio lo sabe todo el mundo … —dijo sollozando.

Marina le puso la mano en el costado.

—Mario, venga… Ahora no puedes venirte abajo. Vamos a hablar con este tipo y le sacaremos todo lo que haya que sacarle.

El abogado tardó varios minutos más en dejar de llorar y gritar. Cuando lo hizo, su rostro había envejecido más de cinco años. Las ojeras acumuladas de las dos últimas noches le «echaron la cara abajo», y el disgusto de la noticia radiofónica le había terminado de

rematar.

Suspiró y sollozó por última vez, antes de decir:

—¡Vamos!

«Vamos» es una expresión de ánimo de las de siempre. Mario la utilizó para infundirse fuerzas a sí mismo y llegar hasta el bar donde Tomás Buendía lo había citado.

Una vez se reuniera con él, estaba decidido a golpearlo con algo contundente, ya que sus puños no parecían dar mucho de sí; a amenazarlo con algún tipo de objeto cortante, o, incluso, a arrodillarse y suplicarle que le dijera dónde podría estar su hijo.

Ninguna de esas tres opciones se produjeron.

Tomás Buendía resultó ser un tío enorme y con una leve cojera que procuraba disimular caminando muy despacio, como contoneándose. Vestía con unos pantalones de lino beige y una camisa de igual color. También llevaba una gorra tipo boina. Cuando entró por la puerta del bar, donde Mario y Marina ya lo esperaban con dos Coca-colas en la mesa, lo reconocieron al instante. Como si de una película se tratara, el tipo se comía la pantalla, es decir, atraía las miradas de los ojos que se cruzaran con él en un ángulo de doscientos setenta grados.

—Señor Gálvez —Todo lo que tenía de grande lo tenía de cortés, ya que se quitó hasta la gorra que le cubría su enorme y afeitada cabeza. Cuando reparó en la agente, se incomodó—. Señorita…

—Me llamo Marina —dijo ella y él le estrechó la mano. Al contrario de lo que pudiera parecer, Buendía tenía las manos suaves y libres de sudor. Lo que agradó a la policía que mantuvo el contacto ocular en todo momento.

—Señor Gálvez, no sabía que tuviéramos compañía.

Mario miró en dirección a la barra, desde donde un camarero delgado y barbudo les observaba de reojo. El abogado hizo un gesto al grandote para indicarle que, en efecto, no estaban solos.

—No se preocupe, les he citado aquí porque es el lugar más discreto de todo Algeciras. Es mi hermano —dijo señalando con la cabeza al camarero.

El hermano era lo opuesto a Buendía, lo que llevó a policía y abogado a pensar que uno de los dos debía de ser adoptado o de otro padre u otra madre.

—Ella es mi prima —mintió Mario.

—Ya… —Buendía sonrió, de la forma más falsa pero cortés posible.

—¿Por qué no acudió a la cita? —inquirió el abogado.

—Porque me di cuenta de que estaba usted en peligro. Y si me hubiera acercado, yo también lo estaría. O incluso ni estaríamos hablando ahora mismo.

—Tienen a mi hijo.

—¿Cómo? —La cara de Tomás reflejó su sorpresa. Marina pensó que o era un gran actor, o de verdad no tenía noticias del rapto de Pablo.

—Se llevaron a mi hijo, y me han extorsionado… —Mario no pudo seguir. Se puso el puño en la frente y se golpeó un par de veces. Marina le sujetó del antebrazo, con la intención de evitar la autolesión.

—Lo desconocía, de veras que lo siento.

—Hemos venido porque queríamos preguntarle si usted puede saber quién se ha podido llevar al niño —intervino Marina.

El gesto de Buendía, en ese momento, volvió a reflejar la sorpresa: metió sus labios como para dentro de la boca y los curvó hacia abajo. Levantó las palmas de la mano en dirección al techo del bar.

—La verdad es que no lo… —Se detuvo en mitad de la frase, como si se hubiera dado cuenta de algo.

—¡¿No lo sabe?! —increpó Mario— ¿Por qué se calla? — El abogado hizo el intento de levantarse de su asiento. Marina volvió a retenerlo.

—Señor Gálvez, no sé quién se ha llevado a su hijo, pero ahora, más que nunca, tengo que contarle lo que le iba a contar hace dos días en nuestra frustrada cita.

—¿Por qué nos ha dicho lo del Range Rover? —preguntó Marina.

Buendía arrugó los labios hacia su lado izquierdo. Giró la cabeza y llamó al camarero, le pidió lo de siempre, y se volvió de nuevo para la pareja.

—Cuando le he dicho que estaba en peligro el día de la cita, lo he dicho muy en serio. Ahora tienen que escucharme con toda la atención posible porque no voy a repetir nada de lo que diga. ¿Me entienden?

Mario no supo qué decir.

—Eso ya lo veremos —dijo Marina, con la clara intención de desafiar a su interlocutor.

El desafío que se les planteaba era monstruoso.

Inabarcable, irrealizable.

Buendía les había explicado una trama entre compleja y surreal de corrupción, crímenes contra la naturaleza y mafias que podrían haberse sacado de un cómic de Tintín.

«El Belga».

Por lo visto, ese nombre era el que podía estar detrás de todo el asunto. Según el relato de Buendía, el Belga era el poco creativo apodo de Frederick Poir, natural de Amberes. El que debía de ser el jefe de una mafia con origen en el país noreuropeo. Una mafia que jamás saldría en una película de acción o en una novela de misterio. Una mafia con poco glamur, aunque, siempre según el relato de Buendía, una mafia de lo más peligrosa.

El día de la cita con Mario, Tomás detectó que alguien manipulaba el coche del abogado en las inmediaciones del Parque de los Enamorados de Marbella. Le confirmó que ese alguien era una mujer ataviada con la ropa de un controlador de tráfico. Buendía, a pesar de su más de metro ochenta y sus casi cien kilos de peso, reculó y salió corriendo de la escena porque advirtió otro todoterreno, similar al del abogado, aparcado a escasos metros.

—Me di cuenta de que podían ser los hombres del Belga. No he vuelto a contactar con usted porque es demasiado peligroso. No sé por qué le están haciendo esto, pero lo siento muchísimo. Si resulta que son ellos, lo que le han hecho…lo que le han hecho…

—Sí, no tiene nombre, siga por favor… —le apremió Marina. Mario estaba demasiado ensimismado en el relato para poder replicar.

Buendía, que actuaba en representación de Luis Morales, el activista climático para el que solicitaba los servicios de Mario Gálvez, contó que su representado lidiaba contra Frederick Poir, el Belga, en un conflicto que se había convertido en algo personal. Sobre todo para el supuesto mafioso.

—El tipo quemó dos alcornocales centenarios en Chiclana y en Barbate. Ha intentado quemar el pinsapar de Sierra Bermeja hasta en dos ocasiones. Por suerte, las dos veces se pudo controlar. Pero no va

a parar hasta prenderle fuego a todo.

—Pero ¿por qué? No se lo van a recalificar.

Al parecer, los negocios inmobiliarios del Belga motivaban sus acciones pirómanas.

—¿Que no? El alcornocal de Barbate ya lo han hecho. Eso sí, en parte. Le basta con que recalifiquen un treinta por ciento del terreno. Lo hacen con la promesa de que se encargue de repoblar el setenta restante. Lo que hace es al revés: edifica el setenta y repuebla el treinta. Y dinerito contante y sonante. En su país lo trincaron, y se vino para aquí en cuanto se olió el mercado inmobiliario tan boyante de la Costa del Sol y de la Costa de la Luz. Ha empezado por Cádiz, pero no va parar. Se lo digo yo que no va a parar.

—¿Y qué culpa tengo yo, y sobre todo mi hijo?

—Ninguna, señor Gálvez, ninguna. Yo supongo que de alguna forma le han relacionado con nosotros. Por eso tiene que reunirse con Luis Morales. Ese era el motivo de querer citarme con usted. Contarle todo esto y que lo visitara en Alhaurín. Mi socio tiene una información que ha averiguado allí, en la prisión. No puede contarme más, o no quiere, por miedo, no sé. Por eso me pidió que lo contratase a usted para representarle.

Morales estaba en el talego a consecuencia de su activismo climático. O, según Buendía, gracias a la mano que tenía el Belga con la Guardia Civil y un juez de La Línea.

—Así que ¿le han hecho esto a mi hijo por vuestra culpa? —Una vena en la frente de Mario palpitó—. ¿Cómo se han enterado?

Marina volvió a actuar con temple desviando el tema:

—¿No tiene ni idea de qué puede contar su socio? Nos va a resultar muy complicado entrevistarnos con él —dijo la agente.

Tomás llenó su enorme pecho con todo el oxígeno que la taberna albergaba, que no era mucho, ya que allí dentro, por muy activista climático que fuera Tomás, su hermano permitía fumar a los parroquianos que jugaban al dominó al otro lado del local.

—No es justo que diga que por nuestra culpa, Mario. Lo lamento mucho, de verdad. Si alguien tiene culpa es el Belga. Suponiendo que sean ellos, que no estamos seguros. Yo solo les respondo a lo que

venían a preguntarme y he cometido el error de ser demasiado transparente —Buendía miró hacia el suelo mientras se frotaba las manos—. Tienen que hablar con Luis, a mí no ha querido contarme nada; insisto en que será por miedo. Tiene miedo de que lo escuchen por teléfono, o intercepten sus emails. Los tentáculos de Poir son muy largos y enrevesados. Lo que les voy a pedir, por favor, es que después de hablar con él, se reúnan de nuevo conmigo y me informen. Así podré ayudarles más, si estuviera en mi mano.

Mario golpeó, precisamente, con la mano sobre la mesa. Un golpe seco, fuerte, de esos que dan los padres cuando se cabrean con sus hijos porque no quieren comerse las lentejas.

Consiguió sobresaltar a todos.

No sería el único golpe que diera ese día. Cuando escuchó el plan que Marina propuso (el gran desafío que implicaba), se le volvió a caer el mundo.

Alterio y Ramón

El mundo de Ramón Torres era pequeño:

Su mujer, sus hijas, sus nietos, y su trabajo, en el que le quedaba poco tiempo. Le gustaba ir a pescar, de vez en cuando, a la zona de los Monteros. Sobre todo en invierno. Le gustaban, también, las series de televisión, afición que Marina le había reactivado, ya que en su época fue un gran fan de Colombo, de Dallas y de Falcon Crest.

Y poco más.

Por eso, cuando el inspector Alterio se presentó en su casa y le interrogó por segunda vez, el mundo del veterano policía se hizo demasiado grande.

—Está a punto de jubilarse, Ramón. No se haga daño a usted mismo ni a su familia, por favor —insistió el inspector.

—Es que ya le he dicho mil veces que me golpearon y me ataron a la camilla. Es la pura verdad.

—Claro, y no vio al agresor —dijo Alterio con ironía.

—Vi que era una mujer, nada más. Ya se lo he dicho tres veces.

—Ramón —el Mayor intervino—. Te puedes meter un gran problema.

El veterano miró a su superior, se mordió el labio, resopló, y, por no mandarle a tomar por culo, dijo:

—Con el debido respeto, mi Mayor. Más problemas que te maten a un hijo no creo que tenga. Encuentren a ese hombre y sobre todo a su chiquillo.

Poco antes, el Mayor y el inspector le habían contado la visita a la casa de Mario e Irene. Una tropa de nacionales se presentó y descubrieron el pastel. Irene no tuvo más remedio que contar la verdad sobre Rasha y Amin.

—En eso estamos, Ramón, y tú no nos estás ayudando —sentenció el inspector, que buscó en su móvil y, cuando encontró lo que buscaba, se lo enseñó al policía local—. ¿Me vas a decir que no te suena la mujer de la imagen?

Ramón miró el móvil y, en realidad, no supo qué decir. No quería ser impertinente ni con el inspector, ni mucho menos con el Mayor. Les pidió un momento, y se levantó en busca de algo que sus superiores no supieron qué era. Cuando encontró sus gafas, miró de nuevo la foto. Tomó el teléfono y asintió varias veces.

—Parecerse sí que se parece, sí.

—¿Qué se parece? —bufó el inspector— Mire, no me toque usted los huevos. Estoy teniendo respeto por su edad y por el Mayor aquí presente, pero…

—Que sí, que es el tipo que se intentó tirar del puente. Que si no es por mí, mejor dicho, por mi compañera, se hubiera estampado contra el asfalto de la autovía, o peor, se hubiera cargado a algún conductor.

—Pero ¡si le he dicho que se fije en la mujer! —gritó el inspector.

—Alterio, haga usted el favor de comportarse —intervino el Mayor cuando vio a la esposa de Ramón asomarse desde el pasillo que desembocaba en el salón de su modesta vivienda.

—¡Ah! —dijo el policía local—. Pues con esa gorra yo no sé quién coño es, pero la tipa que me atizó creo que llevaba gorra, así que supongo que será ella.

La imagen que le mostraba Alterio estaba sacada de una cámara de videovigilancia del hospital. La cara de Gálvez se reconocía con facilidad. Marina iba convenientemente tapada por la gorra y por la barbilla embutida en el pecho. Se parecía, obvio, pero aquello no servía como prueba irrefutable. Y tanto Ramón, como el Mayor, como el inspector Alterio lo sabían.

—Váyase usted a la mierda —sentenció el inspector, y se marchó sin esperar a Muros.

El Mayor lo miró como el profesor que mira a un niño que ha copiado en un examen.

—Ya hablaremos tú y yo, Torres.

El veterano policía asintió y acompañó al Mayor hasta la puerta de la casa.

Cerró y suspiró. Aunque el auténtico peligro le sobrevino en ese

momento, cuando su mujer, brazos en jarra, se detuvo frente a él.

El salón de la casa de Ramón Torres tenía un teléfono fijo de los antiguos. De los antiguos modernos. De esos blancos con teclado numérico en negro. Un teléfono que dio dos timbrazos antes de que su mujer volviera a responder.

—¿Sí?… Te lo paso.

Amalia, la mujer de Ramón, le entregó el auricular a su marido con una mirada displicente.

—¿Marina?

—¿Qué pasa, Ramón?

—Menos mal que no te ha dado por llamar media hora antes —El policía le explicó que Alterio se acababa de marchar, y también que había bajado al bar a llamarla por teléfono, sin éxito, para contarle las malas noticias—. ¿Te está escuchando el picapleitos?

—Sí, ¿por?

—¿Me ha oído ya?

—No sé, ¿qué pasa?

—Si puedes, aléjate de él.

Marina, apoyada en el capó del coche, se retiró unos metros de Mario.

—Dime.

Ramón contó el descubrimiento del pastel en casa de Irene y Mario. La policía procuró disimular ante la mirada inquisidora del abogado.

—El niño está en peligro. Así que no sé qué coño vais a hacer, pero creo que es mejor que acudáis a una comisaría, pedís ayuda y que llamen a la UDEV central o algo así para intentar localizarlo. Esto te supera, compi.

Marina no contestó, Mario la interrogaba con la mirada. Al fondo descansaba una hilera de árboles ennegrecidos de hollín, que parecían cadáveres calcinados con los brazos abiertos, como si suplicaran ayuda

antes de una muerte inminente. Buendía les facilitó la ubicación del último intento de quema de un bosque por parte del Belga. La policía y el abogado lo estaban visitando, no por contrastar que Tomás dijese la verdad, sino porque les pillaba más o menos de camino y les daría tiempo a pensar cuál sería su siguiente paso.

—Gracias, Ramón. Te debo muchas.

—Y que lo digas, Caraculo, y que lo digas…

Marina no se atrevió a llamarlo Ramongolo antes de colgar.

—¿Qué pasa?

—Que nos vamos para Alhaurín.

Mario la sujetó del brazo. La miró a los ojos. No hizo falta formular ninguna pregunta porque Marina conocía lo que el abogado deseaba saber. Lo malo era que los deseos pocas veces se cumplen.

—Alterio nos pisa los talones.

Mario se creyó o se quiso creer la mentira. No le duraría mucho su ignorancia. En la cárcel de Alhaurín de la Torre descubriría las pocas esperanzas que le quedaban para hallar con vida a su hijo.

Llegando a Alhaurín

Los hijos no siempre quieren a sus padres. Sin embargo, los padres siempre querrán a sus hijos. Aunque estos sean unos criminales. Aunque estén en el Centro Penitenciario Málaga 1 (más conocido como la cárcel de Alhaurín de la Torre), y esos padres vivan a quinientos kilómetros de distancia, encontrarán la manera de ir a visitarlos una vez a la semana o al menos cada quince días.

La cárcel de esa parte del interior malagueño se había hecho famosa en los últimos tiempos: hombres y nombres de postín de la Costa del Sol, ávidos de dinero y fama, habían dado con sus huesos entre las cuatro paredes de una celda de la prisión por antonomasia de Málaga. Desde mangantes de tres al cuarto, hasta grandes corruptos, pasando por violadores y asesinos —también mediáticos— habían desfilado, o todavía se encontraban allí.

La agente y el abogado no tendrían porque encontrarse en un lugar extraño. Una policía podría escoltar criminales hasta la puerta de la prisión, y un abogado visitar a uno de sus clientes. No obstante, ninguno de los dos había pisado aquel gigante de cemento y ladrillo. De no ser por las alhambradas y la pequeña torre donde los guardias civiles se apostaban con metralletas, hubiera parecido un barrio de viviendas sociales.

—¿Te ha contestado tu amiga? —preguntó Marina.

—Ya sabes que no —respondió Mario, que refrescaba la bandeja de entrada del correo cada diez segundos.

Una hora antes, en la ladera de la montaña calcinada, había escrito a Jose, una compañera suya de facultad. María José Delgado, abogada de oficio, sí que estaba acostumbrada a visitar la cárcel de Alhaurín.

—Si en media hora no responde, escribes a tu otro amigo para que te dé su teléfono.

Mario asintió. Jose era una buena amiga, una amiga que quiso ser algo más, pero a la que Mario no correspondió. No obstante, ella siempre quiso mantener el trato y la cordialidad. Todos los años se reunían los dos junto con Arturo y Miguel, otros dos compañeros más de la facultad de Derecho de Málaga, y Mario acudía a esas reuniones con gusto. Entre cañas y hamburguesas de un local de Teatinos recordaban batallitas de cuando eran jóvenes e idealistas.

—¿Y si no nos puede ayudar? —preguntó Mario, casi con miedo de que eso ocurriera.

—Tiraré de placa —sentenció Marina.

A Mario no le convenció la respuesta y deslizó, una vez más, el dedo hacia abajo sobre la pantalla del móvil ilegal con el que estaban sobreviviendo. Tuvo que repetir la operación cinco veces más hasta que un mensaje de M.J. Delgado apareció en el buzón de entrada.

La abogada dijo que lo que le estaba pidiendo era harto complicado, y que lo que debería de hacer era avisar a la policía porque había visto la noticia de su desaparición. Que lo había, incluso, llamado por teléfono y que estaba apagado. Le conminaba a acudir, de forma urgente, a las autoridades.

Mario apretó el puño y se lo llevó a la boca. Lo mordió con ansia caníbal y Marina le quitó, con toda la suavidad que pudo, el teléfono de la mano que no estaba siendo casi devorada. Ella misma respondió al mensaje y le pidió su número o el número de teléfono de su despacho. Suplicaba y apelaba a la amistad que los unía, que le diera una oportunidad y que se lo contaría todo en cuanto se vieran.

Mario, que tenía la cabeza apoyada en el volante, preguntó qué iban a hacer.

—Tranqui que aquí tu compi de fatigas tiene recursos de sobra.

A los pocos minutos, recibió el mensaje que estaba esperando.

Pinchó sobre el número de teléfono, lo copió y, antes de marcarlo, añadio la almohadilla y las cifras necesarias para ocultar la llamada.

—¿Mario?

—Me llamo Marina, acompaño a tu amigo en esta locura. Y te pido disculpas por abordarte así, pero estamos desesperados. Sobre todo él.

—¿Cómo? —Jose estaba desconcertada— ¿Por qué me llamas desde un número oculto?

—Es mejor para todos. Solo necesitamos que hagas esa llamada a quien conozcas en la cárcel y autorices nuestra visita. Lo que te ha pedido Mario por email.

El abogado había levantado la cabeza del volante y estaba asombrado ante la diligencia de Marina.

—¿Está ahí él?

Marina puso el altavoz del móvil.

—Te escucha.

—Mario, si hago esto me deberás lo que ya sabes.

El abogado alzó las cejas. Lo que le estuviera pidiendo la amiga debía de ser algo complicado. Aunque no lo dudó.

—Cuenta con ello, por supuesto.

Jose no respondió de inmediato. Marina se empezó a impacientar.

—¿María José? —preguntó con cierta impertinencia.

—Un segundo.

Al otro lado de la línea se escuchaba una conversación en la que no pudieron concretar lo que se decía.

—¿Dónde estáis? —preguntó la abogada.

—A un kilómetro de la cárcel.

—Tomaos algo, estaré allí en una hora. Mándame un mensaje con vuestro teléfono.

—Te llamo en cincuenta minutos—replicó Marina—. Confía en mí, es lo mejor.

La abogada solo dijo un escueto «vale» y colgó.

Mario clavó sus ojos en los de la policía. Quiso decirle algún cumplido, alabar su audacia, su inteligencia, su bravura. Solo pudo descubrir que Marina Caracuel tenía una mirada que le provocaba algo similar a lo que le provocó Irene muchos años atrás.

Rasha y Amin

Rasha y Amin viajaron a España desde Marrakech dos años atrás.

Rafá, el marido de Rasha, había fallecido en un accidente de tráfico y a ellos apenas les quedaban ahorros para sobrevivir dos meses. Ella trabajaba como costurera en un gran taller de caftanes. El taller había reducido personal; los caftanes habían empezado a fabricarse a gran escala en Turquía, de donde procedía la mayor parte de las telas, y, claro, hacerlo todo allí abarataba costes. Desde que Rafá falleció, tuvo que ausentarse en varias ocasiones del trabajo porque Amin se resfriaba con relativa frecuencia. Con seis años acudía a la escuela, y una amiga de Rasha le recogía y le daba de comer hasta que su madre llegaba del trabajo. Con el niño enfermo y sin ayuda (la familia de Rasha y Rafá vivían en el interior de Marruecos, cerca de la montaña), tuvo que dejar de trabajar —y de cobrar— para cuidarlo.

Esto provocó que ella quisiera marchar a Europa; se sentía una buena costurera y se había informado de que en Galicia todavía quedaban talleres de confección. Por poco que la pagaran, sería mucho más que en Marrakech. Y como el niño iba creciendo, tenía la esperanza de que fuera más independiente.

Consiguió montarse en un ferry en Tánger que la llevó hasta Tarifa. Allí se alojó en un hostal que costó más euros que los dirhams que ella esperaba gastar. Al día siguiente, salió a buscar a algún compatriota para pedir ayuda. Encontró a una mujer de Rabat que le puso en contacto con un tipo que hablaba raro, pero que solía ofrecer trabajo a inmigrantes como ella.

Así es como Rasha conoció a Emmanuelle, un tipo mediano y musculoso, con brazos como piernas y piernas como patas de elefante. Emmanuelle llevaba, casi siempre, gafas de sol y el pelo engominado hacia el lado derecho. Un sujeto que podría confundirse con un actor de cine de acción.

El tipo, tal y como había dicho la otra mujer, hablaba en un español correcto, pero con un acento parecido al francés. Rasha le preguntó si sabía hablarlo, ya que ella lo dominaba. Además de buena costurera, tenía facilidad para las lenguas: hablaba de forma convincente el dialecto árabe de su pueblo, el árabe de Marruecos, el árabe tradicional, francés y español. El tipo dijo que prefería hablar en español, que su idioma nativo no era el del país galo. La mujer indicó que parecía francés, y él respondió que siempre le confundían con los

gabachos. Sonrió al decir la palabra y mostró sus incisivos; en uno de ellos tenía incrustado un pequeño diamante, de un kilate o así, supuso la mujer. Insistió en si tenía algún trabajo para ella. Le enseñó al niño para que se apiadara. Quizá eso fue un error, porque Emmanuelle hizo todo lo contrario a mostrar piedad.

Sí le ofreció trabajo, y la invitó a montarse en el coche para mostrárselo. Ella desconfió. Emmanuelle dijo que no tenía nada que temer, que podía preguntar a cualquier persona de la comunidad marroquí de la zona, que era un tipo de fiar.

El coche era un gran todoterreno oscuro y con los cristales tintados. Lo que más hacía desconfiar a Rasha no era el propio Emmanuelle, o el bólido, era que en el asiento del copiloto había otro tipo igual de musculado que no decía ni pío.

Emanuelle le lanzó el ultimatum: o subía al coche o adiós trabajo (y adiós sueño de quedarse en España). Por lo visto se trataba de una tarea fácil y, además, al aire libre. En la montaña.

Cuando la policía, con el inspector Alterio a la cabeza, interrogó a Rasha en el adosado de Irene y Mario, la mujer se orinó encima.

Encima de las cabezas de Mario y Marina rondaba la incertidumbre.

Dicen que es la peor sensación que existe. No saber si Jose se iba a presentar a la cita les tenía las uñas al borde del sangrado, sobre todo a la policía, que ya había llamado cuatro veces al número de la abogada.

Llevaban esperando más de una hora y quince minutos.

—La madre que la parió —maldijo, Marina—. Vámonos.

—¿Dónde vamos a ir?

—Donde sea, pero lejos de aquí. Esta tía seguro que nos ha mandado a los nacionales o a la Guardia Civil.

—¿Qué dices?

—Entiendo que no haya cogido el teléfono la primera vez, pero ¿las tres siguientes?

Marina apremió al abogado a largarse de allí cuanto antes. Mario, sin embargo, le pidió el teléfono y chequeó la bandeja de correo. Abrió un email que le había llegado hacía veinte minutos y se lo enseñó a una iracunda Marina. Esta resopló y volvió a maldecir.

—Te lo tienes que tomar con más calma. Yo soy el que está peor, el que necesita tu apoyo para llevar esta desgracia lo mejor posible.

La policía local lo miró. Intentó sonreír y casi lo consiguió. Movió la cabeza arriba y abajo. Le puso una mano en el hombro e inspiró fuerte. Mario releyó el email de su amiga en el que advertía de que llegaría con retraso, y a continuación la volvió a llamar. Al tercer tono descolgó.

—Perdóname, es que no había manera de librarme del juez —respondió Jose—. ¿Dónde estáis?

—En el polígono que hay al lado, junto a una nave que parece abandonada, así como amarilla.

Jose preguntó por el coche que llevaban y Mario se lo indicó. A los cinco minutos estaba allí. Miró a través de su ventanilla. Marina

descubrió a una mujer de unos cuarenta años, teñida de un fuerte color azabache y unas gafas de pasta. Hizo una mueca en la que sacó sus labios hacia afuera y hacia un lado. Rebasó el coche de Marina y aparcó. Se bajó y, sin pedir permiso, se metió en el asiento de atrás del utilitario.

—¿Qué está pasando, Mario? —disparó.

Mario le pidió permiso a Marina con la mirada, y ella se lo concedió con un lento movimiento de párpados.

—Se han llevado a Pablo.

Jose alzó las cejas hasta casi hacerlas desaparecer en su flequillo. Mario, en el email inicial, no le había contado todo; en ese momento le dio los detalles —incluido el intento de suicidio— de lo que le había ocurrido en las últimas cuarenta y ocho horas. Jose asistía, boquiabierta, a la narración. En cuanto terminó, la réplica fue inminente.

—Arranca.

—¿Cómo?

—Tira para el centro penitenciario.

—No —repuso Marina— Él no.

Las dos mujeres se miraron a los ojos. No había desafío en los de Jose, tan solo desconcierto.

—Está bien, vamos en mi coche.

—Ni se te ocurra moverte, quédate con el teléfono —pidió Marina al abogado—. Si tenemos algún problema yo te llamo desde el de ella que ya me he aprendido el número.

Mario asintió y casi sonrió por la ternura que le provocó la agente. Desde el asiento del piloto fue testigo de cómo las dos mujeres se montaban en el coche de Jose y desaparecían por las calles de aquel anodino polígono industrial.

Deseaba que volvieran pronto, sin saber que su regreso no sería agradable.

Según Jose, el Centro Penitenciario Malaga 1 es agradable, relativamente, para los reclusos.

Intentó entablar conversación con Marina, que se mostró reacia y parca en palabras, lo que la abogada entendió como un rechazo a ese intento amistoso.

—Eres mi ayudante, y vamos a entrevistarnos con el tal Morales de cara a una posible representación en su próximo juicio.

—Sí, todo claro.

Le preguntó si llevaba algo metálico y Marina negó.

Las dos mujeres llegaron al primer control y saludaron al guardiacivil que las recibió.

—Hombre, Jose, tú por aquí de nuevo.

—¿Qué tal, Róber?

Le dio dos besos al guardia, algo alejado de los protocolos, aunque esa ausencia de protocolo fue lo que las permitió entrar. El tal Róber las dejó pasar sin apenas hacer preguntas y con solo identificarse con el DNI. En el segundo control, donde preguntaron a la abogada el nombre del recluso al que iban a visitar y el motivo de la visita, se complicó la cosa. Le avisaron de que debería haberlo notificado antes. Aunque, dado que era conocida de todo o casi todo el personal del centro penitenciario, las dejaron pasar.

Marina tuvo que darle la razón a la abogada, aquello parecía cualquier cosa menos una cárcel: pasillos amplios y limpios, escasos en decoración y mobiliario, pero agradables. Llegaron a una sala amplia, con multitud de sillas de plástico unidas, que parecía la sala de espera de un hospital.

Esperar, precisamente, fue lo que tuvieron que hacer durante casi una hora. Marina movía en exceso los pies, las rodillas, los tobillos sobre las punteras. Se puso de pie al menos cuatro veces. Jose la miraba con la suficiencia que tiene la que era experta en esos menesteres.

—Tranquila, mujer, que al no ser horario de visitas, los reclusos

no están avisados. Por eso tarda más.

—No me puedo tranquilizar con Mario solo en ese polígono. Recuerdas lo que te ha dicho de tirarse del puente y que eso hubiera solucionado el problema, ¿no?

Jose tragó saliva. Y hundió su cabeza en el móvil.

Una funcionaria de prisiones salió y nombró a la abogada. Las dos mujeres siguieron a la chica por un pasillo con escasa luz y caluroso. La abogada murmuraba algo que Marina no entendía.

—Sala A, ahora vendrá el recluso.

Jose suspiró aliviada. Marina murmuró la pregunta y cuando entraron en la sala le explicó.

—Menos mal que no nos han llevado a la sala de teléfonos, podrían pinchar la conversación y escucharnos todo.

Marina comprendió. Se sentaron en la mesa más lejana a la entrada y más próxima a un ventanal, ventanal que estaba en la parte superior de la sala e impedía la visión del exterior. La policía siguió moviendo mucho las piernas, y no dejó de mirar la puerta por la que habían entrado en ningún momento.

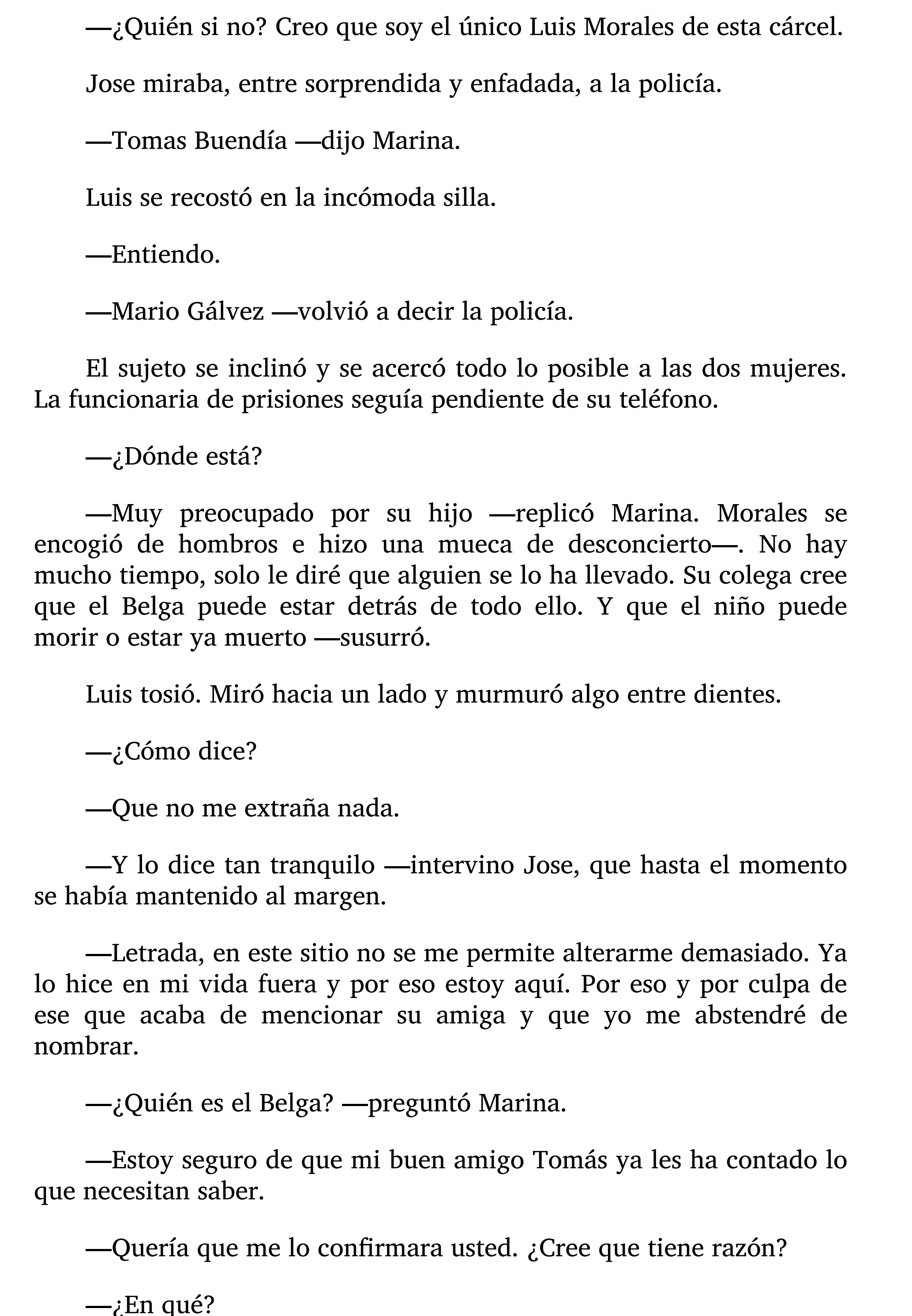
La funcionaria de prisiones apareció en la sala por otro acceso distinto, y Marina tuvo que girar la cabeza. Luis Morales, el supuesto activista climático, era un tipo largo y enclenque, con barba desarreglada. Encajaba a la perfección con el despectivo apelativo de *perroflauta*. Marina pensó que buscaba ese aspecto con consciencia.

—Buenos días —dijo Luis con una amplia sonrisa que mostraba, al contrario de lo que pudiera parecer, una dentadura casi perfecta—. No esperaba una visita tan… agradable.

Marina pensó que la palabra agradable ya se había pronunciado en exceso en aquella cárcel.

—Señor Morales, soy la abogada de oficio Maria José Salvatierra, y esta es mi ayudante …

—Luis Morales, ¿no? —dijo Marina una vez que constató que la funcionaria de prisiones estaba embutida en su teléfono móvil consultando, con alta probabilidad, sus redes sociales.



—¿Quién si no? Creo que soy el único Luis Morales de esta cárcel.

Jose miraba, entre sorprendida y enfadada, a la policía.

—Tomas Buendía —dijo Marina.

Luis se recostó en la incómoda silla.

—Entiendo.

—Mario Gálvez —volvió a decir la policía.

El sujeto se inclinó y se acercó todo lo posible a las dos mujeres. La funcionaria de prisiones seguía pendiente de su teléfono.

—¿Dónde está?

—Muy preocupado por su hijo —replicó Marina. Morales se encogió de hombros e hizo una mueca de desconcierto—. No hay mucho tiempo, solo le diré que alguien se lo ha llevado. Su colega cree que el Belga puede estar detrás de todo ello. Y que el niño puede morir o estar ya muerto —susurró.

Luis tosió. Miró hacia un lado y murmuró algo entre dientes.

—¿Cómo dice?

—Que no me extraña nada.

—Y lo dice tan tranquilo —intervino Jose, que hasta el momento se había mantenido al margen.

—Letrada, en este sitio no se me permite alterarme demasiado. Ya lo hice en mi vida fuera y por eso estoy aquí. Por eso y por culpa de ese que acaba de mencionar su amiga y que yo me abstendré de nombrar.

—¿Quién es el Belga? —preguntó Marina.

—Estoy seguro de que mi buen amigo Tomás ya les ha contado lo que necesitan saber.

—Quería que me lo confirmara usted. ¿Cree que tiene razón?

—¿En qué?

—En que es el responsable de que se hayan llevado al hijo de

Gálvez.

—No lo sé

—¿Entonces? —preguntó Marina

—Entonces nada. Puede que haya sido el Belga o algún rival de Berbatov.

Jose enarcó las cejas.

—Berbatov se ha vuelto a Rusia esta misma semana —dijo.

—Por eso digo que algún rival.

—¡No me jodas, Morales! —Marina golpeó en la mesa, lo que provocó que la funcionaria levantara la mirada.

Acto seguido, la policía fingió una carcajada y dio un codazo a Jose para que le acompañara. Los tres forzaron la risa y la funcionaria retornó a su teléfono.

Jose lanzó una mirada de desaprobación a la agente, que la ignoró y prosiguió.

—¿Cómo llegamos hasta el Belga?

Morales resopló. Giró la cabeza y miró por encima de su propio hombro para observar a la funcionaria. Se acercó hasta oler el perfume de las dos mujeres (el de Jose, porque el de Marina era inexistente) y comenzó a hablar. Les dio una información que, al principio, no supieron cómo interpretar: un código, y dos nombres. Uno de ellos era la clave de todo, y el motivo por el que él había contactado con Mario Gálvez. Ese nombre debía tener la llave para salvar a Pablo.

Unos veinte minutos después, las dos mujeres abandonaron el centro penitenciario, sin darse cuenta de que un todoterreno oscuro las seguía.

Luis Morales seguía embisitiendo a Arturo, su compañero de celda, mientras él susurraba algo poco comprensible.

Morales era homosexual, Arturo era humano. Después de varios años en el talego, la falta de roce, de cariño y de sexo hicieron que cruzara la acera. A veces por placer. A veces por necesidad. A veces por interés.

Morales lo trataba como a un hermano pequeño; no es que lo protegiera como en las películas, la corpulencia de Luis y su fuerza no le llegaban para eso; tan solo lo instruía en aspectos de la vida que Arturo ni conocía: la justicia social, la lucha de clases, el cuidado del medio ambiente… Arturo solo se había cuidado de sí mismo desde que, cuando tenía quince años, su madre se marchó de casa harta de las borracheras de su padre. No es que la pegara, tan solo vomitaba todo lo vomitable, y de lo poco que ella ganaba limpiando, el padre se afanaba la mitad para gastárselo en el bar o en porros. A Arturo, ante los vicios de su padre y la ausencia materna, solo le quedó dedicarse al trapicheo. Quizá empezara antes, y por eso la progenitora también lo abandonara. Nunca lo supo a ciencia cierta. Tampoco le importó demasiado.

Hacía de vigía para los narcos de Barbate, de dónde era originario. Se llevaba trescientos euros por apostarse en lo alto de un barranco y avisar por un móvil, que luego tiraba a la basura, si los picoletos merodeaban por la zona. Ascendió de vigía a descargar fardos, y de ahí no le quedaba otro futuro que recibir un navajazo de algún clan rival, o un balazo de la Guardia Civil. Tuvo suerte y fue lo segundo. Pero como fue en una pierna, sobrevivió. Y para seguir sobreviviendo tuvo que hacerse *confite* de los picoletos.

Más de una incautación fue gracias a su labor de contraespionaje. En esa época conoció a mucha gente. A tanta que uno de los tentáculos del Belga llamó a su puerta. Arturo ya había llegado a los treinta años. Era un tío con una envergadura considerable, una melena envidia de muchos y no tenía una gota de grasa. En parte porque era puro nervio, en parte porque solo comía carne que su colon habría de pagar en un futuro no muy lejano. Uno de los lugartenientes del Belga lo metió en su círculo. Y como ya estaba infiltrado en la Guardia Civil, Arturo se quiso pagar su seguro de vida con una especie de espionaje en versión cutre.

En una fiesta que organizaba el Belga, consiguió cierta información sensible gracias a las buenas drogas que le proporcionó a un concejal corrupto, invitado del Belga, y con poco aprecio por la vida. Los porros lo ablandaron, el *eme* lo puso cachondo, y Arturo le consiguió una de las mejores —al menos así se lo vendió— prostitutas de todo El campo de Gibraltar. Con esa información Arturo se creía el amo y señor de los *confites* de la «madera» o de los picoletos. Lo que no sabía es que daría con más de un doble agente y acabaría con sus huesos en el talego. Porque los picoletos le quisieron sacar esa información tan valiosa, y él, por supuesto, se negó a cantar. Tenía cosas mejores que hacer con semejante tesoro.

Meterlo en la cárcel fue lo mejor que le pudo suceder: si le llega a coger el Belga, lo hubieran desollado o quemado vivo.

En Alhaurín, en brazos de Morales, se sentía bien, cómodo, con alguien culto que le enseñaba cosas que a él le sonaban a chino o a latín.

Precisamente, mientras follaban, susurraba unas palabras en latín que Luis Morales no tardó en memorizar. Era la forma que Arturo tenía de pagarle el cariño.

Pablo era un niño cariñoso, cercano, sonriente.

Mario lo echaba de menos y no paraba de pensar en él. A falta de su teléfono móvil, en el que cada dos por tres recibía notificaciones de recuerdos de fotos hechas en el pasado, rebuscaba en su memoria. Y los recuerdos se le hicieron más vívidos que las propias fotos en la pantalla de un dispositivo digital. Recuerdos del día en que nació: un frío mes de diciembre. Recuerdos de sus primeros pasos, un caluroso mes de agosto. Y recuerdos de sus primeras palabras, diversos e indeterminados días de cualquier mes del año. Los momentos en la cama con Irene y él, cuando se venía muerto de miedo por algún ruido nocturno, o nada más despertarse, demasiado temprano, los fines de semana.

Se le saltaron las lágrimas.

¿Cómo podría superar todo aquello? En el caso de que volviera sano y salvo… ¿cómo podría dejarlo en el colegio, durante cinco horas, al cuidado de extraños? ¿O en el centro musical?, al que culpaba de todo.

Golpeó en el volante varias veces. Salió del coche. A pesar de estar aparcado a la sombra, las tres de la tarde traía a la provincia malagueña un calor desmedido, por encima de los treinta grados.

Puso los brazos sobre el capó, tomó aire y consiguió calmarse.

La calma le duró poco, porque el utilitario de Jose apareció, a lo lejos, circulando a más de setenta por hora. Se detuvo a su lado con un frenazo y Marina se bajó de un salto. Le hizo un gesto y, sin mediar palabra, se coló en el asiento del conductor. Mario se fijó en Jose, que le sonrió con vaguedad y le dijo:

—Ella cuidará de ti.

Mario hizo el amago de sonreír. Jose se marchó sin apenas despedirse. Miró a Marina a través del parabrisas, ella le hizo un nuevo gesto para que se apurara. Cuando iba a entrar en el coche, un Range Rover oscuro apareció de la nada y casi se lo lleva por delante. Se detuvo justo a su lado y las ventanillas se bajaron.

Un tipo repeinado, con gafas oscuras y con aires de actor de cine de acción apareció ante los ojos del abogado.

—Señor Gálvez —dijo el sujeto, y sonrió. Y Mario se fijó en el pendiente incrustado en uno de sus dientes incisivos.

Emmanuelle era tan incisivo como paciente.

Su corpulencia, y la de su acompañante, intimidaban. Aunque las armas, bien guardadas bajo sus axilas y que se habían encargado de enseñar a policía y abogado, intimidaban más. El tipo también era Belga, o al menos eso parecía por su acento extraño, y se mostró cordial.

—Menos mal que habéis venido a ver a nuestro amigo Luis, si no llegáis a venir, Pablito…

—¡¿Dónde está mi hijo?, hijo de la gran puta!

—Tranquilo, hombre —Emmanuelle sacó su iPhone de más de mil euros y, después de una búsqueda, se lo enseñó a Mario.

El abogado, cuando vio la imagen de su hijo, se llevó las manos a la cara y sollozó.

—Si lo habéis torturado os jugáis la permanente revisable, ¿lo sabías? —Marina, ya fuera del coche, se dirigió a Emmanuelle.

—Agente Caracuel —hizo el típico gesto de llevarse la mano a la sien a modo de saludo militar/policial—. ¿Cómo está Ramón?

Marina tragó saliva. Los tentáculos del Belga y sus acólitos parecían llegar muy lejos, y la policía se acordó de Alterio. Lo primero que haría cuando la pesadilla acabase, sería hablar con su compañero Néstor, férreo defensor de la rectitud y el protocolo, y, por consiguiente, enemigo acérrimo de la corrupción policial. No pondría pegas para investigar al policía del GRECO.

—¿Qué queréis? —dijo Mario, al borde del colapso.

—Que vuelvas al plan original: un puente y a volar —Emmanuelle hizo un gesto con la mano moviéndola de un lado a otro, como si fuera un avión planeando.

Mario apretó los dientes. Y los puños. Quería reventar a aquel desgraciado, pero ni tenía fuerza ni habilidad para ello. Miró a Marina, que no quitaba los ojos del anabólico Belga.

—Está bien. ¿Dónde?

—Sube al coche y nosotros mismos te llevamos —Le abrió la puerta trasera—. *Monsieur*…

—No —Marina sujetó del brazo a Mario—. No va a ningún lado.

Emmanuelle soltó una carcajada y mostró, una vez más, el diamante de su incisivo.

—Agente, esto no es una negociación. O salta él o hacemos saltar a Pablo.

—Doscientos mil euros.

El tipo alzó las cejas y miró a su compañero, los dos sonrieron.

—Te repito, Marina Caracuel, que esto no es negociable, ni nosotros somos dos rateros de los que estás acostumbrada a detener. La vida del niño no tiene precio, y, además, doscientos mil son calderilla.

—Pues eso, como es calderilla, al Belga no le costará nada darnos esa pasta.

Emmanuelle dejó de sonreír. Aquella niñata acababa de tocarle los cojones, y eso era algo que no estaba dispuesto a tolerar. Se acercó hasta ella y puso su frente junto a la de la policía, casi rozándola.

A Marina le molestó que el tipo oliera a perfume caro del bueno y que eso le gustase. Hubiera preferido que apestara, y así no dudar en su determinación. El atractivo del esbirro la descolocó un poco, no lo suficiente para perder de vista su objetivo final.

—Chica, haz el favor de desaparecer una temporada si no quieres que le pase nada a Ramón o a tu familia —amenazó—. Abogado, suba al coche.

Volvió a abrir la puerta trasera del todoterreno. Marina se movió y le pegó una patada a la puerta que se cerró de golpe. Lo que provoó que Emmanuelle se llevara la mano bajo la axila hasta tocar el acero de su pistola Glock.

La Glock no intimidó a Marina.

—Quieto, vaquero —se burló ella, y levantó las manos—. Esto no es una peli del oeste. Yo no tengo revólver, pero a tu jefe seguro que le da más miedo lo que tengo aquí —dijo, y se tocó el cráneo.

—¡Qué mierdas dices!

—Mario tiene una información, y yo, después de visitar a nuestro amigo en común en la cárcel, tengo otra. Morales no se ha callado nada. Y aquí el amigo Gálvez sabe cómo llegar a esa información que tanto busca tu jefe. Fíjate si le interesará que está dispuesto a secuestrar y amenazar de muerte a un chiquillo de ocho años.

Emmanuelle apretó la mandíbula como solía hacerlo los sábados después de meterse alguna raya. Se apartó de ellos. Le pidió a su compinche algo en lengua flamenca neerlandesa (al menos eso pensaron y confirmaron con posterioridad). El compinche llamó por teléfono a alguien, y después le pasó el móvil a Emmanuelle.

Mario temblaba, Marina se arrimó a él y le abrazó por la cintura. Estaba en sus manos, de forma literal.

El saco de músculos protestó, un par de veces, después colgó el teléfono. Le pidió al compañero que subiera el coche y él hizo lo mismo.

—No os mováis.

Cuando desaparecieron de su vista, Mario dobló sus rodillas y cayó al suelo. Marina trató de sujetarlo.

—¿Qué has hecho, Marina, qué has hecho?

—Tranquilo, está todo controlado —Más o menos, pensó, aunque eso no lo verbalizó. No podía mostrar sus dudas al abogado; se había marcado un pequeño órdago con Emmanuelle y confiaba en que le iba a salir bien.

En el tiempo que ambos esperaron la vuelta de los gorilas, Marina le contó lo averiguado en la cárcel. Mario sintió una arcada cuando escuchó el nombre que Morales había transmitido a Marina como clave para resolver la situación.

La policía le explicó lo que iban a hacer, y Mario no lo vio nada claro.

—Ya verás como sí, han ido a por la pasta. Si vuelven es que tienen miedo y que van a ceder.

Volvieron. Emmanuelle bajó la ventanilla del coche y llamó a la agente para que se acercara. Le ofreció un sobre. Ella lo tomó, pero el tipo lo sujetó.

—Veinticuatro horas. Dentro hay un número de teléfono.

Liberó el sobre y Marina se hizo con él.

—No nos sigas —dijo ella para contrarrestar la amenaza.

Emmanuelle sonrió, y mascculló una palabra que no entendió seguida de otra más clara: *politie*. Marina sintió una punzada de orgullo, como si le hiciera gracia que el tipo la maldijera o la insultara.

—Ya ajustaremos cuentas tú y yo, agente.

—Lo estoy deseando.

El Range Rover aceleró y desapareció del polígono.

La policía se subió al coche, de nuevo, donde Mario ya se había sentado. Tomó aire y disparó:

—¿El ucraniano? ¿Tú te das cuenta del problema que te acabas de buscar?

Marina Caracuel alzó las cejas, sin entender.

Por indicación de Luis Morales debían encontrar al *ucraniano* y la información que él custodiaba en menos de veinticuatro horas. Sin embargo, la agente no era consciente de que conocer la existencia del ucraniano cambiaba su implicación en la historia.

La historia de la vida de Marina Caracuel no era extraordinaria. Aunque ella era feliz. Después de la confesión de Mario, esa felicidad se vino un anto abajo.

—No me importa —sentenció.

—¡¿Cómo que no te importa?! —Exclamó el abogado—. Te acabo de decir que también puedes convertirte en víctima del Belga. Saben que tú sabes.

Esa sería la primera vez que Marina habría de escuchar esas palabras, aunque no la última antes de que todo terminase. El Belga, ahora, sabía que ella sabía —y valga la redundancia— de la existencia del mítico ucraniano.

—¿Quién te dice que no van a raptar a tus padres o a Ramón o a… ?

—Ramón sabe cuidarse de sí mismo, y mis padres ahora mismo no están en Marbella. Ya me preocuparé yo de preocuparlos cuando toque el momento.

Mario bufó, cabreado por la indolencia de su compañera de fatigas.

Marina le pidió calma, una vez más, y que se centraran en lo importante, que disponían solo de veinticuatro horas. Mario se resignó y asumió que todo aquello era una huida hacia delante.

Veinticuatro horas podían ser mucho, si uno está, por ejemplo, en una cena familiar con suegros y cuñadas; o podría resultar poco si, por ejemplo, uno está en un resort de lujo en Maldivas. Para encontrar a un testigo protegido, veinticuatro horas suponía poco tiempo. No por el hecho de encontrarlo, que eso era más o menos fácil, sino por el hecho de, primero, convencerlo y, segundo, sacarle toda la información necesaria.

—Te han dado doscientos mil euros en menos de media hora —dijo Mario.

—Claro.

Mario sacó del sobre el pequeño fajo de billetes de quinientos

euros. Marina iba al volante y circulaba veinte kilómetros por encima del límite de velocidad. Habían tomado la autopista de peaje y se justificó a sí misma esa nueva infracción de la legalidad. Una más que añadir a su expediente.

—No sé yo si bastará.

—¿Te refieres a la pasta o al tiempo que nos han dado?

—A las dos cosas.

—Ya te digo yo que con lo que me ha contado Morales es suficiente. Al menos para que te quedes tranquilo durante un día completo.

Mario suspiró. En eso tenía razón su compañera: Pablo estaba vivo. Emmanuelle, después de enseñarle la foto en la que el niño estaba semidesnudo, ataviado tan solo con un calzoncillo, le mostró un vídeo en el que Pablo dijo: «Hoy es viernes de feria, y quiero ir a la noria con mis padres». Mario rompió a llorar cuando lo vio y después, aunque no era una prueba irrefutable de vida, le bastó para tranquilizarse un poco.

—Solo un día, compañera.

—Por la mirada de Luis Morales, y por la tuya cuando te he mencionado al tal ucraniano, vamos en la buena dirección. ¿Me equivoco?

—Puede que tengas razón.

—Venga, abogado, dispara, que ya tenemos confianza.

Mario se permitió una leve sonrisa. Giró la cabeza y volvió a fijarse en los labios de la policía. Esta vez no pensó en Irene, sino que pensó en Marina Caracuel: una tía tan loca como atractiva.

—Raúl Solana tenía razón.

—¿Ese es el amante bandido?

En otro momento, Mario hubiera estrangulado a Marina por el chascarrillo. En ese instante volvió a sonreír.

—El mismo.

—¿En qué tenía razón?

—En que tuve suerte al dar con el ucraniano como testigo.

—¿Suerte? La suerte hay que buscarla, querido.

Mario resopló.

—Si no es por el ucraniano, no hubiera ganado el juicio.

—¿Cómo llegaste a él?

—Me lo indicó el propio Berbatov.

—Bueno, razón de más, si no es por ti, Berbatov no hubiera salido indemne de los trapicheos que tuviera.

—Ingeniería fiscal.

—Lo que sea —Marina apartó por un momento la mirada de la carretera y se encontró con los ojos de Mario. La intimidó un poco, aunque prosiguió—: ¿Que tiene ese ucraniano que es tan valioso?

—¡Puf! —resopló Mario—, la pregunta sería: ¿qué no tiene?

Marina se calló unos instantes y reflexionó.

—¿Qué es?, ¿un hacker de esos como el Snowden? —dijo al final.

—Más o menos. Solo que no creo que sea un hacker, tan solo un mago de las finanzas y un almacenador de datos. Se parece al Snowden en que tiene información que podría derrocar a más de uno y a más de dos.

—¿Tanto?

—Sí, lo que pasa es que el tipo, no sé cómo lo hace, encuentra todos los subterfugios legales para que parezca eso: legal. Y no solo lo parece, sino que lo es. Al menos con Berbatov, por eso quedó libre, porque el ucraniano organiza todo su tejido empresarial.

—Espera, espera. ¿Y qué tiene eso que ver con el Belga?

—Pues no tengo ni idea, dímelo tú —Mario se puso nervioso.

—Bueno, es que Luis Morales nos dijo que guardaba algo que podría hundir al Belga.

—¿Algo como qué?

—No me dio detalles, no quiso hacerlo allí dentro. Tan solo dijo que deberíamos confíar en él. Y me facilitó el código.

—Ya, el código —musitó Mario—. El ucraniano y sus códigos. Vaya tela…

—El tipo te contactó antes de toda esta movida por algo. Le noté convincente. No le veo yo como un criminal, por lo visto el Belga sobornó a algunos nacionales para que lo metieran en el talego.

Marina le contó a Mario que una empresa de Morales, dedicada al reciclado de plástico tenía una contabilidad defectuosa. Morales tuvo que enfrentarse a un juicio que se le complicó por la introducción de pruebas falsas, según él, y por la condena previa por delitos contra el patrimonio.

—Le metió fuego a una excavadora del Belga —dijo Marina.

—No se pudo demostrar, pero si te lo ha confesado en la cárcel… —dijo Mario, y Marina sonrió—. El caso es que un vigilante resultó herido y todo se le complicó.

Mario hizo el intento de sonreír. Se alegró, en parte, del atrevimiento de Morales. Y pensó que, si salían con vida de aquello, tanto él como su hijo, gracias al chivatazo del activista, se encargaría de que abandonara la cárcel libre de cargos. Para compensar, al menos.

—Ahora toca visitar a Luka.

—¿Luka? —preguntó Marina—. Ah, el ucraniano.

El ucraniano

Ucrania, por desgracia, estaba en guerra.

Aunque, por desgracia, eso no afectaba a Luka Verigo, natural de Donetsk, donde nació allá por 1980. Él vivía en un ático dúplex en un rascacielos (si es que doce plantas puede considerarse como tal) de Gibraltar.

Siempre se decía a sí mismo que se lo merecía. No ponía las noticias desde que estalló el conflicto en su país, mejor dicho: desde que invadieron su país. Él ya se había encargado de sacar de allí a toda su familia y a todos los amigos que aún vivían en Ucrania. Había cumplido su parte, no podía hacer más.

Podría boicotear, eso sí, todo lo que oliera a Rusia, como derrocar a algunos jerarcas que fueron clientes suyos en el pasado; a todos excepto a Berbatov. El magnate de San Petersburgo era su gran valedor, y se profesaban mutuo respeto. No habían hablado desde que lo metieron en chirona, ni siquiera después de que lo pusieran en libertad. No hizo falta. Un par de borradores de email en un correo en el que ambos compartían clave de acceso (borrados posteriormente) bastaron para dar un par de indicaciones, uno, y *spasiva,* el otro.

Como había confesado Mario, el mismo Berbatov fue el que le puso en contacto con Luka Verigo; eso sí, después de que el abogado presionara sin descanso a su defendido. Suerte, según Raúl Solana, buen trabajo según el jefe Villegas. Identificar a su ingeniero fiscal no fue fácil para el oligarca ruso, era un arma de doble filo. Podría tanto liberarlo como tumbarlo. Porque en el mundo en el que se movía Berbatov, por mucha ingeniería fiscal que se aplicase, siempre se estaba al borde del precipicio.

El testimonio y las pruebas de Verigo fueron la clave para absolver a Berbatov. Todo estaba en orden, con registros, pagos y firmas verificadas por la fiscalía anticorrupción, muy a su pesar, y a pesar, sobre todo, del inspector Alterio.

Luka Verigo llevaba una semana descansando bien, después de la sentencia absolutoria de su mejor cliente. Por eso no se esperaba la llamada en el telefonillo de su ático de lujo. No esperaba la llamada de nadie salvo de los repartidores de comida a domicilio, y de las señoritas de compañía, también a domicilio. Y las siete de la tarde no eran ni la hora de la cena ni la hora de follar.

En la pantalla del videoportero se encontró con una cara que no le sonaba de nada: una mujer con una gorra y vestida de azul oscuro casi negro, que parecía una repartidora de Amazon. Y él no hacía esos pedidos a domicilio, sino que se los dejaban en la recepción del bloque donde vivía.

—¿Quién es?

Las palabras que Luka Verigo escuchó por boca de esa mujer le dejaron sin hambre y sin ganas de sexo en mucho tiempo.

Marina llevaba más de seis meses sin sexo.

Un revolcón con un antiguo compañero, que se había pasado a la Guardia Civil, y listo. Un revolcón muy mejorable. La tensión de las últimas horas, las miradas de Mario y el perfume de Emmanuelle habían activado en ella una extraña pulsión sexual. Una pulsión que se agravó al descubrir el jacuzzi en el que Luka disfrutaba de las inabarcables vistas del estrecho de Gibraltar.

—Verum Pulchritudo —dijo Luka—. ¿Cómo conoces el código?

—Digamos que un amigo en común —respondió.

—El mismo amigo que ha faltado a nuestra confianza y te ha dado mi dirección.

—No, no es el mismo. El que me ha traído aquí no lo hubiera hecho si la situación no lo requiriera.

—¿No es el mismo? —dijo Luka extrañado.

—No.

El tipo se llevó la mano a la cara, pensativo.

—Entiendo.

—Señor Verigo, hay un niño secuestrado.

—¿Y?

—¿Cómo que y? ¿No te parece suficiente?

—No hay que mezclar cuestiones personales con profesionales.

—Es que aquí se mezcla todo.

Luka la miró de arriba abajo, él era pequeño aunque fuerte. Si la tipa se ponía chula, le pegaría una patada y avisaría a la seguridad del edificio. O la despacharía él mismo.

—Solo se me ocurren dos personas que te puedan haber traído hasta aquí. Y una de ellas está ya en Rusia.

—Hay una tercera.

—¿Cómo una tercera?

—Puede que solo dos sepan donde vives. La tercera sabe lo que haces. Y es la que me ha dado el código.

Verigo se sentó en un futón de piel que debía costar más de lo que cobraba Marina en un mes.

—O me explicas o te largas.

La policía se fijó, de nuevo, en el jacuzzi, y se hubiera metido en él (dos días sin ducharse y sin apenas descansar) de no ser porque un niño de ocho años dependía de ella para sobrevivir. Se sentó en un sofá cerca del futón donde el ingeniero fiscal había depositado su culo. Un sofá blanco en forma de ele, que se antojaba demasiado grande para una sola persona.

La boca de Marina comenzó a contar la historia desde el principio. Aunque omitió algunos detalles, narró el momento en el que Mario se había citado con Buendía; el rapto del niño; el intento de suicidio del abogado, y el resto de su aventura hasta llegar al centro penitenciario que albergaba la vida actual de Luis Morales. Y, por supuesto, el encuentro con Emmanuelle. Le entregó el sobre con el dinero, y Luka lo abrió con la delicadeza de un niño abriendo un regalo de comunión.

—Así que Morales y el Belga, ¿eh? —preguntó Luka mientras manoseaba los billetes—. Pero qué dos hijos de la gran puta… —Marina abrió los ojos, extrañada ante el insulto y el buen español del ucraniano— Entiendo que Morales ha averiguado el código de alguna forma y te lo ha entregado.

Marina asintió.

—¿Y cómo coño lo ha conseguido?

—No tengo ni idea, pero es válido, ¿no?

—Joder que si lo es —Luka sonrió—, es jodidamente válido, pero no entiendo cómo un tío así ha podido conseguirlo…

—Supongo que en la cárcel se consigue de todo, ¿no?

Luka sonrió de nuevo y se levantó del futón, dio un paseo por el

ático. Vestía un pantalón holgado de Versace, color gris, y una camiseta de la misma marca y también gris. Tenía una cabellera rubia desmelenada y barba de dos días, también rubia. El tipo, había que reconocérselo, tenía buen gusto. Además del jacuzzi en mitad del salón —separado por una cristalera—, había una cocina con isla, probablemente de granito. El sofá donde estaba sentada Marina apuntaba a una pared blanquísima, en cuya parte superior colgaba lo que debía ser la pantalla en la que un proyector colgado del techo plasmaba sus imágenes en resolución 4K o más. Un par de figuras de cobre decoraban una mesa de cristal al otro lado de la estancia, y una estantería nacarada albergaba libros de diferentes autores. Todo formaba un conjunto minimalista y no recargado de un genio de las finanzas, al parecer, refinado y culto. Dicen que puede conocerse a las personas si escarbas en su basura. Marina pensó que aquel tipo no debía ni generar basura, al menos de la orgánica.

—¿Y Gálvez? —preguntó Luka al mismo tiempo que detenía su paseo y se giraba sobre su eje.

—No puede cruzar la verja.

—Ya —se puso la mano en la nuca, se estiró. Quizá le molestara, aunque Marina pensó que no tendría problemas en llamar a una fisioterapeuta —titulada o no— para darle un masaje —relajante o descontracturante. Se acercó a la policía y le entregó el sobre con el dinero—. No puedo ayudaros.

Ayudar no formaba parte del vocabulario de Luka Verigo.

—¡¿Cómo?!

—Es demasiado arriesgado —insistió con el sobre hasta que Marina, por inercia, lo cogió.

—Y tanto; la vida de un niño de ocho años está en juego.

—Lo siento —Luka se dirigió hacia la puerta.

—Te he dado el puto código —gritó Marina— y, además, doscientos mil euros de propina por las molestias, Luka.

Luis Morales, aparte del código, le había recomendado que fueran con todo el efectivo que pudieran. Aunque Mario tenía unos buenos ahorros, jamás podría haber llegado a esa cantidad en menos de una hora. Esa cantidad la sugirió Jose, aunque podría haber sugerido otra cualquiera.

Verigo la ignoró, y puso la mano sobre el pomo. Marina saltó y se apoyó sobre la puerta antes de que la abriera y le invitara a marcharse.

—Yo sí que lo siento. Siento que ese niño tenga que morir. Y, ¿sabes? Eso no va a pasar.

Luka clavó sus ojos en los de la policía. Hacía tiempo que no estaba con una mujer sin pagar, no por falta de atractivo, sino por pura pereza. El fuego que ella desprendía le produjo una cierta excitación. Excitación que borró en el momento en el que ella lo amenazó.

—Nos tienes que ayudar o te denunciaré.

La amenaza era tan simplista que le provocó hasta ternura. No había nada que denunciar. El tipo reculó, volvió a la cocina y abrió un cajón; después abrió otro y ahí abrió una la caja de madera y acarició la empuñadura metálica de una Beretta. La guardaba en la cocina porque estaba en mitad de la casa y le permitiría llegar a ella con facilidad en caso de situaciones como esa. La acarició y miró a la agente. Marina pensó que iba a coger un cuchillo, pero Luka cerró el cajón, tomó un teléfono inalámbrico que tenía en la encimera y marcó

un número de solo tres cifras.

—¿Lourdes? ¿Está contigo Alberto? Vale, ¿puedes decirle que suba a mi apartamento, por favor? —solicitó—. Es solo una comprobación.

—Hijo de puta —dijo Marina, al tiempo que se abalanzaba sobre Luka.

Verigo ni se inmutó, sacó la pistola y la puso sobre la encimera, sin empuñarla pero con su mano justo al lado. Con la otra mano tomó un rodillo de amasar el pan y lo osciló en el aire. Marina se detuvo de pura impotencia. El tipo ya había avisado a alguien de seguridad, y si bien el rodillo no intimidaba demasiado, la Beretta sí. Enfrentarse con él no serviría de nada.

—Puto cobarde.

—Sí, sí. Ahora te marchas o les diré a los vigilantes que te retengan mientras viene la policía del peñón. ¿Sabes inglés?

Marina le escupió en la cara, cosa que sorprendió al economista. Se esperaba otro insulto o un intento de agresión. Nunca el escupitajo.

—Estás loca.

—Si a Pablo le pasa algo, vendré a por ti y ni tus seguratas te podrán proteger —gritó la policía, tan cerca de la cara de Luka, que volvió a sentir la saliva de la mujer, esta vez en forma de ligeras salpicaduras—. Te meteré ese mazo por tu culo de rico de mierda. O una pistola, la tuya o la mía.

El economista no se tomó en serio la amenaza. Al menos en un principio. Aunque la imagen mental del amasador o de una bala perforando su recto no le agradó.

Marina salió disparada del apartamento y bajó por las escaleras, ya que no quería cruzarse con los de seguridad en el ascensor.

Verigo se situó frente a la ventana. La amenaza de la policía era propia de una persona desesperada. Sin embargo, se acordó del abogado. A su hijo no lo conocía, pero en ese momento se dio cuenta de que Mario Gálvez era un excelente letrado, y una persona íntegra que había salvado el culo de su mejor cliente.

Llamaron a la puerta. Luka, despacio, abrió.

—Buenas tardes, señor Verigo —dijo Alberto, el vigilante de seguridad en el que más confiaba Luka. Alberto medía más de uno noventa y era ex guardia civil. Lo trincaron con hachís incautado a un narco de Barbate, y después de pasar un tiempo a la sombra, se reconvirtió en vigilante jurado.

—Dime, ¿cuánto me cobrarías por ayudarme en un asunto?

El asunto se complicaba para Mario Gálvez.

Cuando vio llegar a Marina, lo entendió por la expresión de su rostro. La estaba esperando junto a un parque infantil, muy próximo a la verja que separa La Línea de Gibraltar, en el que había depositado su mirada con la esperanza de que Pablo apareciera por allí jugando. Como si de un truco de magia se tratase y el niño estuviera dentro de la chistera de algún prestidigitador.

Anochecía en el peñón.

Cuando la policía se sentó en el asiento del conductor, Mario sonrió. Le puso la mano en el hombro.

—Ha llegado el momento, compañera.

Marina no entendió, mejor dicho, no quiso entender.

—¿Cómo podemos extorsionar a este tipo?

—No se puede —La mano de Mario seguía sobre el hombro de ella—. Lo hemos intentado. Pablo sigue vivo, y ha llegado la hora de rendirse. Yo no sé tú, pero yo no puedo más.

—Todavía es pronto, tenemos hasta mañana a media tarde. Piensa: ¿cómo podemos sacar a este tío la información que necesitamos?

—En menos de un día no hay forma.

—¿Y si tuviéramos más tiempo?

—No sé, quizá si viajara a Rusia y me trajera a Berbatov…

—¿Y no puedes llamarlo por teléfono?

Mario cambió la mano del hombro a la cara de la policía. A la que le brillaban los ojos tanto que pasó de estar compungida a estar casi llorando.

—Era broma. Para Berbatov soy lo mismo que el metre de uno de sus restaurantes favoritos.

—Pero ¿por qué tienes que morir? Les contaré una mentira, que

el ucraniano se ha movido de lugar, que no lo hemos encontrado y que nadie lo hará… Que se me lleven a mí…

El abogado evitó que las lágrimas de la policía llegaran sus labios. Se inclinó sobre ella, por un momento parecía que la iba a besar. Le dio un abrazo. La agente apenas pudo corresponderlo porque estalló en un llanto inconsolable.

Un pitido les sacó del emotivo momento. Se separaron. Un segundo bocinazo, más estridente aún, les alertó de que aquello no era un cabreo de un conductor próximo. Un pequeño coche con el logo de una empresa de seguridad se situó en doble fila junto a ellos.

Luka Verigo bajó la ventanilla y Marina terminó de bajar la suya.

—Gálvez. Lamento cortarte el rollo —dijo el economista—. Vengo para preguntarte si no tenías una chusma peor con la que juntarte. No me jodas, el Belga y Morales.

Marina sonrió sin dejar de llorar y se tapó la boca para disimular su emoción.

Alberto estaba emocionado.

Rodeado de pantallas de cincuenta o sesenta pulgadas por todos lados, estaba decidiendo cuál comprarse. Se decantó por una de cincuenta y cinco, con 8K de resolución, a la que añadió un equipo de *home cinema*.

En caja pagó con efectivo. Algo más de tres mil euros sumaban la tele, el home cinema, el pendrive, el móvil y el portátil (estos tres últimos artículos por encargo de Luka Verigo). La tienda estaba echando el cierre cuando el gigantón terminó la compra.

Le entregó el teléfono y el ordenador portátil a Luka, que estaba en la parte trasera del coche de Marina. El tipo tardó una media hora en configurar el sistema operativo, que por fortuna venía casi hasta arriba de carga de batería. Mientras configuraba el ordenador, también lo hizo con el teléfono móvil. Para darle línea —y tener internet— sacó de su bolsillo una tarjeta SIM y la introdujo en la ranurita correspondiente. No hizo falta preguntar ni suponer: era una tarjeta igual de ilegal que la que horas antes había adquirido Mario en el locutorio de Nueva Andalucía.

Cuando terminó todo el proceso, Luka pidió el máximo silencio y la máxima discreción. Se puso a teclear en el portátil a velocidad taquigráfica y al cabo de unos diez minutos abrió el pendrive y lo introdujo en su ranura correspondiente. Copió una serie de archivos y expulsó el dispositivo.

—Toma —dijo ofreciéndoselo a Mario—. El rescate.

Mario levantó las cejas.

—¿Y qué hay aquí?

—Ni lo sé ni quiero saberlo. Por mi parte, una mierda menos en la mochila.

Tanto Marina como Mario lo miraron como un alumno inquieto mira a un profesor frustrado. Luka les explicó, de forma muy resumida, «por la seguridad de todos», que guardaba una serie de archivos en nubes de almacenamiento a las que solo tenía acceso él con una serie de códigos que memorizaba

—Entre ellos los de Berbatov, ¿no? —preguntó Mario.

Luka lo ignoró y siguió con su explicación: para meter uno de esos códigos de su memoria y bajar esa información, antes había que facilitarle otro código como el que Morales transmitió a Marina.

—Pero no tengo ni idea de lo que es. Solo sé que todo eso es del Belga. Yo no pienso abrirlo.

—¿Los archivos están protegidos? —preguntó Mario.

—Claro.

—¿Y cómo los desprotegemos? —inquirió Marina.

—¿Sabes desencriptar archivos de clase NTFS?

—Si me vuelves a hacer una pregunta con retintín como si yo fuera una ignorante —gritó Marina —, te doy una hostia que vas a ver tú los NTFS esos como si fueras Neo el de Matrix.

Luka tragó saliva. No tenía la Beretta al alcance (no era plan de cruzar la frontera con ella, por si acaso), y Alberto estaba en su coche esperándolo, a escasos metros, suficientes para comerse una buena tunda de la policía antes de que llegara en su auxilio.

—Tranquila, mujer. Usa un poco la lógica. Si no te alteras sabrás cómo hacerlo.

—¿Y por qué no lo haces tú? Ya que estás…

—El código, mujer, el código… —dijo Luka. Mario lo miró con la misma severidad que lo miraría un juez—. De todas formas no podrás abrirlo hasta dentro de doce horas. Es una regla de seguridad que llevan todos los archivos que tengo.

—Gracias, Luka —agradeció Mario

Verigo sacó la tarjeta del móvil. La rajó como pudo con sus uñas (protestó porque se acababa de hacer la manicura), y rompió el teléfono dándole dos zapatazos contra el suelo del coche. Marina le pidió que no hiciera el burro, que su utilitario no era un Range Rover.

—Hablando de Range Rover —intervino él—, si os volvéis a cruzar con el tipo que dices que tiene a tu hijo, ni se te ocurra entregarle el pendrive. Pide hablar con el Belga directamente.

—No somos tan tontos —apuntó Marina.

—Una última cosa antes de irte, Luka.

—Espera, dos cosas —intervino de nuevo la agente—, afloja mil euros que no tenemos un duro y la propina ha sido demasiado generosa.

—¡No me lo puedo creer! —protestó el economista que ignoró a Marina y se dirigió a Mario.

El abogado parpadeo dos veces e intentó curvar los labios hacia arriba. Verigo bufó, se metió la mano en la chaqueta y sacó dos billetes de quinientos, que entregó a la agente. Marina se permitió el lujo de poner la nariz cerca del dinero.

—Y lo que te iba diciendo… —siguió Mario.

—No me jodas, abogado…

Mario hizo una pregunta al economista que contestó a regañadientes. Le llevó bastante tiempo explicarle lo que le había requerido.

—Y ya se acabó, ¿vale? Me he jugado mucho haciendo esto. Confío en ti, Gálvez.

—Gracias de nuevo.

—Ah, y si vais a follar, *ducharos* antes, que no veas —El sujeto se llevó la mano a la nariz, se abanicó con la otra y salió del coche.

A Mario le daba en la nariz que el Belga mataría a su hijo, a él, a Marina y a todo el que estuviera relacionado con sus intereses.

Por eso pidió a Luka una forma de cubrirse las espaldas.

—¿Tenemos que esperar hasta mañana? —protestó Marina

—Sí, además hay que comprar otro portátil.

A Marina no le hacía gracia tener que esperar, por ella hubieran ido a algún bazar chino que hubiera abierto, o a un locutorio. Mario le previno sobre la confidencialidad que necesitaban para abrir los archivos que había en la memoria. Y estaba la regla de las doce horas.

Buscaron en internet la peor pensión de todo el Campo de Gibraltar y la encontraron en una pedanía cercana a La Línea.

Tuvieron suerte porque les quedaba una sola habitación.

—Son dos camas, si quieren las pueden juntar —dijo un recepcionista tan triste como el propio hotel.

—Gracias —respondió Marina, que fue la única en entregar el DNI y que llegó a visualizar en su mente las dos camas juntas.

Mario portaba una bolsa con comida basura que habían adquirido sin bajarse del coche y tapándose todo lo posible de las cámaras de seguridad.

La habitación era inhóspita. Un suelo de terrazo que llevaba tiempo sin barrer, dos camas, con más años que el propio hostal, cubiertas por dos colchas con agujeros y un cuarto de baño en el que solo cabía media persona. Si, como decía Verigo, tenían que follar, no sería en la ducha.

Obvio que se asearon primero uno y luego el otro, pero ambos agradecieron la ducha como si se estuvieran dando un baño en el mismo jacuzzi del ucraniano. Compartieron la cena hipercalórica sin encender la televisión y casi sin hablar más allá de algún que otro comentario, alabando el buen sabor de la «carne de rata» de las hamburguesas. Estaban los dos en ropa interior, apenas cubiertos por las escasas toallas que les habían entregado en recepción.

No, ninguno de los dos quería sexo. Mario, por muy despechado

que estuviera con respecto a su mujer, tenía otras cosas en la cabeza. Marina, por muchas ganas que tuviera, ni se le ocurriría ser la primera en acercarse.

—Entonces, ¿ya tienes claro el plan? —preguntó él.

—La parte en la que vamos a ignorar a Buendía y a Morales sí, la otra… —dudó—. No tanto.

—Tranquila. Confía en mí.

—Confío en ti, pero no estoy tranquila —se miraron a los ojos, se sonrieron.

Y se metieron cada uno en su cama a intentar dormir unas horas.

—¿Sabes? —dijo ella poco antes de cerrar los ojos—. Me fastidia no haber visto la peli esa de Tom Cruise que me has puesto de ejemplo, ¿cómo se llama?

—La tapadera.

El inspector Alterio abrió la tapadera del cubo de basura de la casa de Irene y Mario.

Era la segunda inspección ocular que realizaban en el domicilio, después de la que hicieron cuando se llevaron a Rasha y Amin.

—Lo que no entiendo es cómo no estáis buscando a mi marido y a mi hijo —protestó Irene.

A la mujer le habían caído dos años encima después de las dos últimas noches. Las ojeras parecía que le iban a dejar una marca negra en la cara como la de los jugadores de rugby neozelandeses. Los pelos los tenía como si hubiera metido el dedo en un enchufe, y el tono de voz parecía el del solista de los Arde Bogotá.

—Claro que los estamos buscando, Irene —aclaró Alterio—. En esta casa seguro que hay algo que me ayuda a encontrarlo antes de lo que lo voy a hacer si sigo revisando cámaras de vigilancia y trazando coordenadas de posiciones de su teléfono móvil.

—¿En la basura?

—No has denunciado la desaparición de tu hijo hasta hace unas horas —repuso el inspector— mientras se activa el protocolo de los de Secuestros y Extorsiones, yo busco a tu marido en todas partes. ¿Entiendes?

Ella se apartó y le pidió un cigarro a otro de los policías que estaba en la comitiva. Este se lo negó y salió al patio a airearse. La noche había templado las altas temperaturas del día y aliviado los sudores de la mujer, que llegó a pensar en una temprana menopausia.

Le habían puesto la casa patas arriba, no como en las películas, con todo revuelto y desordenado. Era una especie de desorden metódico, en el que los agentes marcaban con pegatinas dónde se había buscado y dónde no. Después de casi dos horas, se dieron por vencidos.

—Te vamos a pinchar también el teléfono fijo que acaba de llegar la orden del juez —informó Alterio.

—Genial, a ver si le ha secuestrado un comercial de ofertas de telefonía.

El inspector no le rio el sarcasmo.

—Si te llaman, si te escriben un mensaje, si te hacen una señal de humo —Alterio contraatacó con ironía—. Nos avisas. Nos avisas y en dos minutos los localizamos. ¿Entiendes?

Ella asintió.

—¿Y mientras tanto qué puedo hacer?

—Descansar, que lo necesitas.

Ella hizo una mueca y resopló por la nariz.

—Inspector —dijo cuando este bajaba las escaleras rumbo a la calle— ¿Qué va a pasar con Rasha y Amin?

—Van a estar mejor de lo que estaban, eso te lo garantizo.

Irene se llevó las manos a la cara y después las bajó hasta quedarse en jarra.

Alterio salió de la casa y justo cuando se metió en el camuflado, recibió una buena noticia por las transmisiones del coche.

—Inspector Alterio —dijo una voz femenina—, tenemos una posición de un repetidor.

Primera parte del plan

Marina repitió mentalmente el código facilitado por Morales y que ella misma había pronunciado para que Luka Verigo le abriera la puerta primero, y después les facilitara los archivos que estaban buscando.

—Tu maldito ucraniano es un genio —sonrió Marina, que manejaba el portátil sentada en el asiento del copiloto— ¡Ya está! ¡Ya está!

Mario miró de reojo lo que la policía hacía en el ordenador. Buscó un lugar donde parar y lo encontró en un apartadero de la carretera a Sotogrande por la que circulaban.

—Mira, los archivos descodificados.

El abogado suspiró, no de alivio, sino de puro nerviosismo.

—Primera parte del plan ejecutada.

—Madre mía, Mario. Mira esto.

Marina le mostró una de las carpetas, que albergaba unas cinco o seis imágenes. En otra carpeta había tres vídeos, al parecer, todos del mismo corte pornográfico.

—Si este es Poir, se le ve la cara bastante bien. Y estas chicas no tienen más de… —dijo Mario— Joder, menudo degenerado.

—Y no es solo eso, mira

La policía abrió otra de las carpetas. En ella había dos archivos de audio. *Playearon* el primero, y se escuchaba al que debía de ser el Belga hablar con un tal Rubio. Comentaban la recalificación de unos terrenos en Marbella.

Marina consultó en Google.

—Mira, Alfonso Rubio, Jefe del Gabinete de Presidencia de la Diputación de Málaga

—No me jodas, el Rubio…

—¿Lo conoces?

—Claro, he comido con él. Bueno, con él y con mi jefe y más políticos de Málaga y Marbella.

—Hay de sobra para meterle en el talego muchos años, ¿no? —preguntó Marina.

—En teoría —dijo Mario.

—¿Cómo en teoría?

—Que esto debe validarlo un juez y la policía debe obtenerlo por medios legítimos.

—¿Una filtración de la prensa sería un medio legítimo? —Marina sonrió al policía, que le correspondió—. Pues venga, a por la segunda parte del plan que hay que ir a por Pablito.

Los dos se pusieron a trabajar. Marina cedió el portátil a Mario que empezó a teclear. Ella marcó el teléfono de un tipo que, en esos momentos, acariciaba el pelo de un niño de ocho años que ambos

estaban deseando ver.

Pablo, Emmanuelle e Igor

El pelo de Pablo era rubio tirando a castaño.

Emmanuelle se lo frotaba como si fuera su propio sobrino. El chiquillo había dejado de temblar. Llevaba así casi cuarenta y ocho horas, y el miedo había pasado a un segundo lugar. Solo sentía asco por estar sucio, ya que cuando tuvo que usar un orinal para soltar los cereales que su cuerpo no había digerido, apenas pudo limpiarse bien.

—¿Cuándo me puedo ir?

Emmanuelle lo ignoró, y el niño repitió la pregunta dirigiéndose a Igor. El otro gorila se encogió de hombros y le tiró una pelota de tenis que el niño esquivó. Si bien, horas antes había jugado con el otro gorila, más que nada por entretenerse, en ese momento, se había cansado de jugar como si fuera un perro al que le lanzan la bola y tiene que devolverla a su amo.

Igor se levantó a por la pelota y se la tiró a la cabeza del niño. Lo golpeó en la nuca y Pablo se quejó.

—¡Qué haces!

Emmanuelle dijo algo a Igor que el niño no entendió, pero que le sonó a la misma regañina que su profesor de Lengua le echaba a él cuando no llevaba bien hechos los deberes.

—Pablito, puede que pronto, puede que tarde. Todo depende de lo bueno que sea papá.

—¡Mi padre es bueno!

—Claro, y mamá también, ¿verdad?

—También.

Emmanuelle sonrió. Él había sido padre, pero por poco tiempo, porque Anna, su mujer, se lo llevó de casa con cinco meses y no volvió a saber nada más de ninguno de los dos. No fue capaz de encontrarla ni con toda la influencia del Belga.

El matón cogió a Pablo por los dos brazos, lo apretó con fuerza y le miró a los ojos. El niño, pese a que le dolía, no se quejó. Emmanuelle abrió la boca para pegar un grito e intimidar al chiquillo.

En ese momento, sonó su teléfono móvil.

—Mira, a lo mejor papá sí que es bueno. Y tu nueva mamá, más.

Pablo no entendió lo que dijo aquel hombre. Lo que sí tenía claro era que quería que su madre lo acurrucara junto a papá, los tres juntos en la cama. Y que lo abrazaran con fuerza.

¿Cita olvidada?

Mario tenía tantas ganas de abrazar a su hijo como su madre.

Pese a ello circulaban despacio, a la velocidad permitida de la vía de acceso a la urbanización del Belga, que era de solo veinte kilómetros a la hora.

Conducía Marina. Se habían citado con Emmanuelle a las puertas de la Urbanización Mirador de África, en Sotogrande. Una majestuosa puerta, con barrera protegida por dos guardas de seguridad, dos arcos de medio punto a cada lado y sendos leones de piedra en las aceras colindantes denotaban que las casas/mansiones existentes detrás de esa puerta de acceso no deberían bajar de los cinco millones de euros.

Cuando ellos llegaron, el todoterreno todavía no estaba allí. Sin embargo, sí que había una vieja furgoneta de carga. Un tipo grande con ojos de sapo y calvo se bajó del destartalado vehículo, acompañado de otro sujeto, opuesto en lo físico: pequeño, greñudo y muy demacrado.

Marina había detenido el coche a unos veinte metros de ellos y no los vio venir. Mario, en cambio, sí.

—Buenos días, abogado —dijo Tomás Buendía—. Esta vez ha sido usted el que no ha acudido a la cita.

Mario tragó saliva. No podían compartir la información, lo que habían visto en los archivos desencriptados del pendrive que les entregó el ucraniano era demasiado jugoso; si alguien más los tuviera en su poder, el Belga ya no estaría dispuesto a negociar..

—No teníamos ninguna cita con vosotros —intervino Marina.

—Vaya, así que tú fuiste la que visitó a Luis.

El tipo se puso delante de ella, mientras que su hermano se acercó a Mario. El dueño del bar llevaba algo oculto en la mano que a la policía le pareció una navaja. Ella ya tenía experiencia en tipos de esa calaña que escondían sus armas blancas entre la mano y la manga de la camisa. Con el calor que hacía, el greñudo llevaba una camiseta de manga larga, y eso no era buena señal.

—Cuando esto termine, te daremos todo —dijo Mario.

—Cuando termine, no vas a darnos nada porque ya estarás con tu hijo a salvo. Yo sé que tú sabes —dijo Buendía, que dio un paso más hasta poner su pecho a la altura de la cara de Mario.

Mario miró hacia arriba. No tenía ninguna posibilidad contra ese gigante. Marina podría ayudarlo, pero también estaba el hermano.

—¿En serio que me estás amenazando? Pero ¿vosotros no erais de los nuestros? ¿No viniste a pedirme ayuda?

—Estás hablando en pasado, señor Gálvez. Este no era el plan inicial. Ahora necesitamos lo que tienes, lo sabes de sobra.

—Y tú sabes de sobra que necesitamos reunirnos con el Belga para salvar a un niño —dijo Marina.

—El planeta importa más que una sola vida.

Mario apretó los puños. Sí, sus puñetazos podrían no tener mucha fuerza, pero estaba dispuesto a incrustarle los nudillos en el ojo a ese gigante si ponía en peligro a Pablo.

—¿Qué clase de ecologistas sois vosotros que no os importa la vida de un niño de ocho años? —gritó Marina.

—Los que de verdad quieren cambiar las cosas. ¿O te piensas que el mundo va a parar su urbanismo salvaje o su producción de bienes descontrolada solo por colgar unas pancartas o manifestarse? —replicó Buendía.

Mario miró en derredor. Depositó su máxima esperanza en la persona menos indicada, en la última a la que querría tener que pedir ayuda. Y como si de una plegaria al cielo cumplida se tratase, un rechinar de neumáticos acudió en su amparo. La barrera de acceso a la urbanización se abrió.

Emmanuelle los localizó y fue directo con su todoterreno a su encuentro. Pegó un frenazo a escasos metros y consiguió intimidar a Tomás y a su enclenque compañero.

—Buenos días, caballeros y señorita —dijo mientras bajaba del coche—. ¿A qué se debe una reunión tan numerosa?

El secuaz, que también estaba muy abrigado para el sofocante calor que hacía, se abrió la chaqueta dejando a la vista su Glock. Se la mostró a Buendía y a su hermano con la suficiencia del que está acostumbrado a intimidar con armas de fuego: sin tener que encañonar.

Buendía reculó. Y tocó en el brazo a su hermano, que se había puesto demasiado nervioso y había dejado a la vista la navaja que, minutos antes, escondía con la maestría de un tahúr.

—El perro del amo —dijo Buendía.

Emmanuelle sonrió con vehemencia.

—¿Y tú quién coño te crees? Al menos mi amo no está en la trena como el tuyo.

—Por poco tiempo —replicó el gigantón.

El otro gorila también se bajó del coche y también aireó su pistola.

—Lárgate de aquí, anda, antes de que a mi amigo le pique el sobaco.

Buendía dio otros dos pasos hacia atrás. Su hermano no se movió, aunque Tomás volvió a cogerle del brazo.

—Nos veremos, pronto —dijo Buendía, y miró uno a uno a las cuatro personas que tenía delante.

—Sí, en la otra vida.

Tomás y su hermano se metieron en la vieja furgoneta. Tardaron un poco en arrancar, cuando por fin lo hicieron y se marcharon, Emmanuelle habló:

—¿Dónde está?

—En un sitio seguro —dijo Mario.

—No me jodas. Déjate de jueguecitos.

—No estoy jugando, llévame hasta Frederick.

A Emmanuelle le cambió la cara cuando escuchó el nombre del Belga. Intentó disimular, pero ya era tarde.

—No sé qué dices. Me entregas lo que tú ya sabes o no ves más a Pablo.

—No —respondió Mario—. Me llevas a ver al Belga o esta noche acabas en el calabozo, y tu jefe también.

El sujeto sonrió, miró a su compinche que no le devolvió la sonrisa, sino que se cuadró y se acercó hasta el abogado por si había que atizarle un mamporro. Se fijó en la agente, que mantenía las manos en su cinturón, en la típica pose policial. No decía nada, y eso no le gustaba al gorila musculado. Como si se hubieran intercambiado los papeles de poli bueno y poli malo. Algo debían de esconder para ser tan agresivos en esa negociación.

El tipo marcó en su teléfono. Habló de nuevo en el idioma cooficial de Bélgica. Asintió un par de veces. Colgó.

—*Subir* al coche.

Mario miró a Marina. Obedecieron.

Cuando estaban a punto de subirse al todoterreno, escucharon un nuevo chirríar de ruedas y una sirena policial. A los pocos segundos estaban rodeados por dos coches negros con un luminoso en el techo y un zeta de la policía nacional detrás.

Emmanuelle ni se inmutó cuando vio a los nacionales. Mario lo miró pidiendo explicaciones y se encogió de hombros como preguntando si le veía a él con cara de avisar a la policía.

Marina se adelantó unos pasos. De uno de los camuflados se bajó Marcos Alterio. Con gafas de sol que se quitó en el momento de cerrar la puerta del coche. Sacó la placa y se identificó.

—Mario Gálvez, está usted detenido.

—¿Con qué cargos? —preguntó Marina.

—Secuestro y posible asesinato de Pablo Gálvez Lima.

—¡¿Estás loco?! —gritó ella.

—Agente Caracuel, o se retira ahora mismo del medio, o también nos la llevamos detenida.

—Mire, inspector, usted no es policía de homicidios. No tiene autoridad para arrestar a Mario.

—Él, no, pero yo sí —un cincuentón de pelo recio y más en forma que un triatleta, que acababa de bajar de otro camuflado, se identificó —: Inspector Cecilio Ávila del grupo de Secuestros y Extorsiones de la UDEV Central.

Mario agachó los hombros como el que se acaba de enterar del fallecimiento de un familiar. Aquella detención, no en vano, suponía la inminente muerte de su hijo. Al menos eso fue lo que pensó.

Lo esposaron y lo metieron en un camuflado ante la mirada llorosa de Marina. El Mayor Enrique Muros apareció por allí y tomó el brazo de la agente, que no advirtió ni su presencia ni sus palabras hasta pasados unos segundos. Solo podía observar cómo Cecilio Ávila posaba sus manazas sobre la cabeza de Mario y lo obligaba a meterse en el coche policial.

—¡Marina, vamos!

Ella se giró a cámara lenta buscando la cara de la persona que le sujetaba del brazo. No se sorprendió al ver a su superior.

—¿Cómo… cómo habéis dado con nosotros?

—Rastrearon la posición de tu móvil hasta un locutorio de Nueva Andalucía. Después de sacarle al de la tienda la línea que os pasó, la rastrearon también. La UDEV es la UDEV —Muros curvó la boca en algo parecido a una sonrisa—. Han dado con vosotros hace una hora. Estás en un buen lío. Dame el teléfono que se lo tengo que entregar al inspector Ávila.

Marina, con la boca abierta, no escuchó las últimas palabras acerca de la eficacia de la Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta, ni de los problemas en los que ella podría haberse metido; estaba centrada en Emmanuelle. Se dio la casualidad de que Alterio se había acercado hasta él. La policía se soltó del brazo de su superior y corrió hacia el Range Rover. Llegó a tiempo de escuchar parte de la conversación:

—Señor Poir, esté localizable las próximas veinticuatro horas.

En ese momento, Marina descubrió que el tipo con cara de actor de cine de acción tenía parentesco con el Belga. Emmanuelle Poir le hizo el gesto militar a Marcos Alterio, que dio media vuelta e ignoró la mirada de Marina. Quien no la ignoró fue el propio Emmanuelle. La agente se acercó a la ventanilla del todoterreno.

—Todavía no se han cumplido las veinticuatro horas —dijo. Emmanuelle se llevó la lengua al paladar, como si estuviera degustando algo—. Dame tres horas, es lo justo.

El tipo siguió moviendo la lengua dentro de su boca. Miró a su compinche, que apretó los dientes. Volvió a los ojos de Marina.

Sonrió.

Y sin saber porqué, ella también lo hizo.

Comisaría

La sonrisa que esbozaba Marcos Alterio era molesta hasta para Cecilio Ávila.

En el interrogatorio, Mario contó todo lo que tenía que contar. Todo menos los nombres de cada protagonista de la historia y, tampoco, la última parte del plan.

—¿Dónde está el pendrive? —insistió Alterio.

—En un lugar seguro, ya te lo he dicho, Marcos.

—Eso no me sirve.

—Inspector, Alterio. ¿Puede por favor dejar ese tema ahora? —pidió Ávila. Marcos Alterio se calló muy a su pesar— Señor Gálvez, no sé si es usted consciente de la gravedad del hecho de que la sangre hallada en la mochila que tenía en su coche sea la de su hijo.

—¡Cómo no voy a ser consciente de la gravedad! ¡Es mi hijo!

—Y a pesar de ello se ha embarcado usted en una aventura propia de una película de Hollywood con la excusa de querer, de supuestamente, querer rescatar a su hijo.

Mario sollozó. Estaba empezando a quebrarse. En el camino desde Sotogrande a la comisaría de la Policía Nacional de Marbella se había recompuesto del bajón que le provocó en primera instancia su detención. Tenía que luchar por su hijo. Necesitaba salir de aquella sala de interrogatorios y reunirse con el Belga. Sin embargo, ya llevaba una hora allí retenido y las fuerzas le empezaban a fallar.

—Tiene que soltarme. Si no me dejan irme, mi hijo va a morir. Lo van a matar.

—¿Qué hacías con Emmanuelle Poir? —preguntó Alterio.

—Tiene una pista de la localización de Pablo.

Ávila miró a Alterio. Como si con los ojos le estuviera preguntando si eso tenía lógica. Alterio no supo qué decir, así que calló. Ávila se echó hacia atrás.

—Las llamadas desde un número oculto que usted recibió, y en las que dice que lo estaban extorsionando para hacerse pasar por un

pederasta y después suicidarse… hemos dado con ese número. Y no está a nombre de nadie vinculado a Poir.

—Por eso digo que ese tío tenía una pista. De todas formas, lo de los teléfonos… si hasta yo he conseguido un número «limpio» —Ávila se tuvo que callar ante la evidencia. La única razón por la que estaba allí detenido era porque criminalística confirmó que la sangre de la mochila que había en el coche de Mario era de Pablo—. ¿Han ido a ver al psiquiatra que me recetó las pastillas?

El abogado se hallaba ante la tesitura de confesar que Poir era el secuestrador: si lo hacía pondría en riesgo la vida de Pablo. Si no lo hacía, también. Por eso facilitaba solo una parte de la información con la esperanza de salvar la acusación que pesaba sobre él mismo como posible responsable de la desaparición de su hijo.

—Un zeta va para allá en estos momentos, no hemos tenido tiempo todavía —contestó Ávila.

El veterano inspector de Secuestros se levantó. Se tocó su gran cabellera y miró a Alterio, que volvió a sonreír.

—¿Puedo? —preguntó.

Cecilio Avila suspiró y movio la cabeza hacia abajo.

—Si me dices dónde está el pendrive, vamos a casa de Poir y la ponemos patas arriba.

Mario abrió tanto los ojos que se le podrían haber secado.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Has dicho que el hermano de Poir tiene una pista. Yo digo que una mierda. Que has averiguado que ellos tienen a tu hijo y tú tienes algo que ellos quieren. Y ese algo está en el pendrive que nos has mencionado.

Mario reprimió las ganas de insultar al policía.

—Marcos…

—Inspector Alterio, si no te importa.

—Inspector —matizó Mario—, déjame salvar a mi hijo y después te entrego todo. Te lo suplico.

Alterio dio un golpe sobre la mesa. Se levantó y murmuró algo entre dientes.

—Vamos un rato fuera, por favor —pidió Ávila.

—Yo no tengo un rato —suplicó Mario.

Los dos inspectores lo ignoraron y salieron.

Mario rompió a llorar.

Clavó sus codos sobre la mesa y se sujetó la cabeza. Perdió la noción del tiempo. Escuchó un ruido a su espalda. Y no se dio cuenta de quién era hasta que no la olió.

—El código, Mario, el código.

Irene, su mujer, estaba a su lado, con la cara roja y muy excitada. A él le costó reconocerla por su demacrado aspecto. Por ello también le costó reaccionar; cuando lo hizo, pegó su boca a la oreja de la madre de su hijo y susurró unas palabras en latín.

Marina rumiaba el nuevo código, también en latín, mientras conducía a ciento cuarenta por hora el Citroen C4 de Irene. En ese código estaba la clave para rescatar a Pablo.

Una hora y media antes había recogido a la mujer del abogado de su casa, sin necesitar muchos argumentos para convencerla.

Enrique Muros había llevado a Marina a la comisaría de la local, y los de la UDEV le habían confiscado el coche y, por consiguiente, el portátil que habían dejado en el maletero del mismo. Su superior la interrogó. Marina contó que Mario había acudido a ella y que ella no pudo negarle nada porque había empatizado con él por su intento de suicidio; y porque entendió que la desaparición de su hijo era un asunto muy grave y que el abogado necesitaba ayuda. Eran sus días libres y podía hacer lo que quisiera. Muros le insistió en que debería haber notificado el problema a la Policía Nacional y desvincularse del asunto. Cuando la interrogó por detalles como la huida del hospital, la compra del móvil ilegal, y por qué estaban en Sotogrande a las puertas de una urbanización de lujo, ella se calló y no dijo nada. Sabía que tendría un buen castigo en cuanto la UDEV la investigara a fondo los movimientos de su propio móvil y del adquirido de forma ilegal. En ese momento, ni Ávila ni Muros, tenían nada firme contra ella. Necesitaba salir de allí. Y a Muros no le quedó más remedio que dejar que se marchase.

Estuvo tentada de pedir ayuda a Néstor, aunque, al final, avisó a otro compañero.

Se plantó en casa de Irene y le contó lo que necesitaba de ella. Muros le había prohibido acercarse a la comisaría de la Policía Nacional. A la mujer del abogado no podían denegarle un encuentro, más aún cuando el hijo de los dos estaba desaparecido.

Dicho encuentro, como bien había pronosticado Marina, estaba supervisado por Alterio y por Ávila; que supieron en el acto que le había transmitido un mensaje a la mujer. Por más que la interrogaron, ella no soltó prenda. Ávila la puso seguimiento nada más marcharse de la comisaría. Irene se montó en un taxi, y un subinspector al mando del jefe de Secuestros y Extorsiones la siguió en un camuflado.

Con lo que no contaba ese subinspector era con que un patrulla de la policía local le diera el alto por saltarse un semáforo en ámbar. Del patrulla se bajó un oficial veterano y entrado en carnes de nombre

Ramón Torres. Ramón tuvo que poner la sirena y cruzarse delante del camuflado, que había ignorado sus señales luminosas. Cuando el subinspector se hubo identificado y jurado en arameo varias veces, con promesas de expedientar al veterano policía municipal, este le pidió todas las disculpas del mundo y hasta se ofreció a escoltarlo. El subinspector le dijo por donde podía meterse su escolta y salió disparado.

Ya era tarde.

Irene viajaba en el taxi rumbo al encuentro de Marina. Cuando llegó al punto de reunión, se montó en el C4, que ella misma había cedido a la agente, y las dos huyeron rumbo a Sotogrande.

Sotogrande

Sotogrande era una zona residencial de lujo. Un lugar en el que Antonio Villegas podría encontrarse cómodo, y un lugar al que Irene no le importaría vivir. En aquel momento, no lo veía tan claro.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Irene.

—No se puede estar segura de nada, pero con ese código que te ha dicho Mario —no dijo «tu marido», dijo Mario, y esto no pasó inadvertido para Irene—, podemos extorsionar al Belga.

La mujer del abogado no estaba convencida, pero aquella desconocida, que había pasado con su marido las últimas veinticuatro horas, era la única esperanza a la que podía agarrarse.

Llegaron a las puertas de la urbanización Mirador de África pocos minutos antes de las cinco de la tarde, que era la hora límite. Marina se bajó del coche y el bofetón de calor, en contraste con el fresquito del aire acondicionado del interior del vehículo, le golpeó la cara. Los vigilantes de seguridad, obvio, no las dejaron pasar. Pidió que avisaran a Emmanuelle Poir. Uno de los vigilantes era una mujer alta como un jugador de baloncesto. En un principio no le iba a hacer caso, pero la insistencia de Marina provocó que cediera. Por medio de un intercomunicador contactó con la casa de Poir. No recibió respuesta. Así que les pidió que esperaran por si devolvían la comunicación.

A los pocos minutos, que a Irene le parecieron horas, apareció en la entrada con su todoterreno. Les pidió que se subieran con él. Irene, muerta de miedo, lo hizo asida del brazo a Marina.

Emmanuelle, en esa ocasión, iba solo, y parecía que estaba como del revés sin su habitual compañero. No abrió la boca en todo el trayecto y la sonrisa de horas atrás había desaparecido de su cara.

Llegaron a una verja forjada en cobre y algo parecido al oro, o bañado en oro quizá, o incluso, de oro. Él pulsó un mando y accedieron a la mansión por un camino de losas empedradas de color gris.

Parecía que estaban transitando por un bosque tropical en lugar de por una ladera de un monte medio malagueño medio gaditano. Palmeras, arbustos gigantes y hasta cocoteros daban sombra al paseo que finalizaba en un parking. Allí había otra puerta, más pequeña —

con un baño de oro similar—, destinada al paso de personas.

Las dos mujeres bajaron del coche y siguieron a Emmanuelle, que seguía mudo. Caminaron por un sendero de piedra con otro pequeño jardincito a cada lado en el que las rosas y un par de fuentes con motivos marinos eran los protagonistas. Subieron por unas escaleras de granito blanco y llegaron a la entrada de la mansión. Una casa de estilo colonial, blanquísima, con más toques dorados en las rejas de las múltiples ventanas, dos plantas y un porche a la sombra. Allí, sentado sobre un sillón de mimbre blanco, había un hombre rubio vestido de un color parecido al rosa; acariciaba un pastor alemán como si fuera el mismísimo Hitler en El nido del Águila.

Marina miró al cielo como si esperara ver un águila sacarlas de allí, como si ellas fueran Gandalf, Frodo y Sam, y el Belga fuera Sauron, y aquella mansión el Monte del Destino.

A su lado, de pie, Igor parecía un *Nazgul*: vestía de negro, aunque se había quitado la chaqueta, lo que dejaba a la vista su Glock colgada de la axila. Una mujer de no más de treinta años, rubia y siliconada, se pintaba las uñas en otro sofá de mimbre. La mujer miró en dirección a Marina e Irene y sonrió. Terminó de pintarse una uña, guardó los tarros y se marchó sin que nadie le dijera nada.

—Buenas tardes, señoritas —dijo el tipo vestido de rosa.

Irene musitó un hola para el cuello de su camisa, y Marina fue al grano.

—Frederick Poir.

—Y usted es la policía local de Marbella, Marina Caracuel. ¿Sabe? Conozco a uno de sus tíos.

—Lo dudo, soy Caracuel, pero mis padres no son de Marbella —mintió.

—¿Ah, no?

Marina negó con la cabeza.

—¿Dónde está Pablo? —exigió.

—Siéntense, por favor —pidió el Belga, y se levantó. Marina se fijó en su aspecto. Poir no era ni guapo ni feo, tenía unos ojos comunes, oscuros, y una nariz correcta y unos labios finos que encerraban una dentadura cuidada. Llevaba pantalón y camisa de lino color salmón pálido. Unas sandalias blancas de esparto y tres anillos de oro en la mano derecha. ¿Coleccionaba esposas o alianzas? Tenía un fino pelo rubio y llevaba unas gafas de lectura colgadas del cuello. Tendría poco más de cincuenta años, y a Marina le chocó la diferencia de edad con Emmanuelle, que no aparentaba más de cuarenta y que no le cuadraba que pudieran ser hermanos. ¿Quizá primos?

Las dos mujeres obedecieron y se sentaron en un par de sillas, también de mimbre blanco.

—¿Quieren tomar algo?

—Queremos que libere a Pablo —insistió Marina.

Poir ni se inmutó y se dirigió a una mesita en la que había diversas bebidas y un cubo con hielo. Se echó dos cubitos y un chorro de vino blanco en la copa de balón que llevaba en la mano.

—Han conocido a Luis Morales y a Tomás Buendía, ¿verdad? —Marina asintió con la cabeza. El Belga sonrió, le dio un trago a la copa de vino con hielo y se acercó hasta ellas—. ¿Y qué tienen para mí?

—Algo que le interesa mucho —respondió Marina.

Poir volvio a sonreír.

—Me gusta usted —dijo, y la señaló con el dedo meñique, el único, junto con el pulgar, que no tenía anillo—. Y a mi hermano también. Tienes muchos cojones de presentarte aquí, en mi casa, exigiendo.

—La cosa no va de cojones, ni de testosterona, que parece que aquí sobra un poco —Marina se levantó y se fijó en Emmanuelle, al que adjudicó una madre o un padre diferentes al de Frederick—. La cosa va de que yo tengo algo que usted necesita, y usted tiene algo que esta mujer necesita.

Frederick

La necesidad del Belga por la ostentación, por la superioridad era patente en aquella casa.

Todo estaba hecho con tan buen gusto como falta de mesura en el gasto. Oro en las verjas, mármol en las escaleras, en las estatuas, madera de roble en las puertas… Marina se mordió el labio cuando se dio cuenta de que el dinero de aquel tipo, con casi toda probabilidad, procedía de negocios oscuros, tal y como les había contado Morales.

Quemar un bosque y construir sobre sus restos, gracias a la mordida que Poir le entregaba al político de turno, eran responsables de su patrimonio. La vegetación de aquella mansión era un insulto a la naturaleza, un desprecio, unas migajas.

—¿Dónde está Buendía?

—¿Qué tiene que ver eso ahora? —preguntó Marina.

—Yo sé que él sabe, señorita, no me tome por tonto.

Marina se volvió a sentar. Puso su mano sobre el antebrazo de Irene, que atendía a aquella batalla verbal como la persona que acude por primera vez a un combate de boxeo.

—Buendía no tiene nada, ya se encargó su secuaz de ello.

—¿Seguro?

—Claro que estoy segura. Si le dábamos algo, sabíamos de sobra que usted no cooperaría.

Frederick sonrió.

—Sí, definitivamente me gustas —el Belga la tuteó.

—¿Era necesario lo del suicidio? —atacó Marina.

Poir sonrió.

—Veo que vienes con todo.

—No me queda otra.

El Belga calló, le dio un sorbo a su copa y prosiguió:

—La verdad es que ya poco importa lo que te cuente o te deje de contar. Es mucho más limpio que un asesinato, ¿no crees, agente? —confirmó—. Restos de antidepresivos en sangre, pederastia… Un triunfador superado por su propio éxito. Las investigaciones policiales no son tan exhaustivas en caso de…

—«Limpio» —Marina lo interrumpió, indignada por el vocablo usado por Poir. Como si fuera normal que los asesinatos tuvieran distintos grados de suciedad.

—Es usted un criminal —chilló Irene.

Poir la ignoró. Marina lo miró a los ojos.

—¿Ha visto usted La tapadera? —preguntó la agente.

Poir alzó las cejas y abrió ligeramente la boca.

—¿Cómo dices?

—Tom Cruise, Gene Hackman, dirigida por Sidney Pollack en 1993.

El Belga miró a sus dos secuaces, Emmanuelle se encogió de hombros y levantó las palmas de sus manos hacia el techo. Poir se acercó hasta su perro, se agachó y lo acarició.

—Me gusta el cine pero no soy un experto, agente Caracuel.

—¿Y el libro lo conoce? Está basada en la novela The firm, de John Grisham. Vamos, todo el mundo ha leído a Grisham.

—Agente —dijo Poir incorporándose de nuevo y acercándose mucho a ella—, déjese de tonterías que esta mujer lo único que quiere es recuperar a su hijo, y yo recuperar algo que Buendía y Morales desean.

Marina se levantó, dio los dos pasos que le separaban de Poir, que medía unos cinco centímetros más que ella. Lo miró a los ojos.

—Por mucho que lo deseen, aquí los únicos que tenemos lo que le interesa a usted somos Mario Gálvez y yo. Y por eso, le voy a resumir La tapadera en un par de palabras —le susurró al oído—: Occultatum thesaurum.

Tesoro escondido.

Ese era el código, que había que traducir al latín, que abría la herramienta que les recomendó el ucraniano. El programa en cuestión albergaba los ficheros de vídeo, audio y documentos que tanto interesaban a Poir. Marina le había requerido un ordenador al Belga y se lo había mostrado. Los archivos estaban alojados en una nube de alta seguridad.

El Belga cerró el portátil dos segundos después de que Marina le diera al play en el primer vídeo.

—¿Qué coño quieres? —dijo, tan alterado que Emmanuelle ya tenía la pistola en la mano, aunque de momento apuntaba al suelo.

—Insisto en que estos archivos están alojados en una nube segura, duplicados en otra carpeta a la que tenemos otro acceso con un código que no es el que acabo de contarle y usar.

—¿Y qué tengo que hacer para que me deis acceso a esa carpeta? —Poir no se creía lo que estaba sucediendo: él suplicando a dos mujeres en su propia casa. Rectificó—. Supongo que entregaros al chico. ¿No?

—Por favor, Marina —Irene no podía más—, dale lo que quiere y que me devuelva a mi hijo.

La policía local levantó su mano para pedir calma a Irene.

—No, no le vamos a entregar nada.

Igor también sacó su arma y le quitó el seguro. Poir los miró y puso las palmas de las dos manos hacia abajo, al mismo tiempo que hacía un gesto con el labio como si les lanzara un beso o pidiera silencio. O calma.

—Sí, por mucho que lo niegues, tienes cojones, agente.

—Estos archivos están programados para enviarse dentro de un mes, de forma automática, a las redacciones de diez periódicos de tirada nacional.

Los puños de Poir se cerraron con tanta fuerza que se clavó las uñas en las palmas. Apretó los dientes tanto que podría haberse

fracturado alguna muela. Y se puso delante de Marina, tan cerca que podría ver un par de pequeños puntos negros que ella tenía en la nariz, si se ponía las gafas de cerca, claro.

—Una cosa es ser valiente, y otra es ser estúpida.

Poir se acercó a su hermano y le exigió la pistola.

El Belga se acercó a Irene y la encañonó con la pistola.

Marina estaba llevando la situación tan al límite que la madre de Pablo vomitó. La policía se apresuró a atenderla.

——Situaciones desesperadas, requieren medidas desesperadas, Fred —Nadie, excepto su hermano, lo llamaba así. Ni su primera mujer. Ni su madre—. Si tienes que amenazar con un arma a una mujer indefensa, tienes un grave problema.

—Detén esto, por favor, que me devuelvan a mi Pablo —suplicó Irene.

Marina, intentó calmarla con una mano sobre el hombro. Después se dirigió a Poir.

—Esos archivos nunca llegarán a la prensa, ni a la policía, ni a nadie, si no le pasa nada a Mario, Irene y Pablo. Ni a mí ni a mi familia, claro —aclaró la agente—. Cuando se aproxime la fecha de envío de esos archivos, nosotros podemos desactivarlo y posponerlo otro mes, otros dos meses, o varios años. Si llegada esa fecha no podemos respirar o estemos bajo tierra, pues…

Poir resopló.

—¿Y qué hay de Morales?

—Que está en la cárcel.

—Sí, pero Buendía no.

—Que Buendía no tiene nada, se lo vuelvo a repetir. Que lo único que nos interesa es sacar a Pablo. Allá ustedes con sus disputas personales.

—Tienes cojones, agente —dijo riendo. Miró a sus dos secuaces, que, al verlo sonreír, se calmaron—. Esta tía tiene más huevos que todos nosotros juntos.

—Pesado con la testosterona… —murmuró Marina. Irene la miró, confundida.

—Bien, bien, parece que hemos empezado a entendernos.

—¿Dónde está Pablo? —exigió Marina.

—Cerca, tranquila. Antes dos cosas. La primera es que esto será recíproco. Si esos archivos llegan en algún momento a ver la luz después de que os entregue al chico, iré a por vosotras y a por el abogado con todo. No tendréis paz ni vosotros ni vuestras familias, incluido el niño.

—Contábamos con ello y estamos todos de acuerdo, ¿verdad, Irene?

La mujer asintió.

—Bien, lo otro: te voy a contar una cosa que me dará una garantía extra —Poir se acercó a las dos mujeres, se puso de cuclillas con el arma muy cerca de su entrepierna— ¿Sabéis cómo llegue hasta tu marido, señora Lima?

El Belga les contó algo que provocó la estupefacción de las dos mujeres, sobre todo de Marina, que casi escupe de pura rabia.

—Ya tiene su garantía, sus dos garantías, Frederick —dijo Marina cuando acabaron la pequeña charla—. Ahora entréguenos a Pablo.

—Por favor —suplicó Irene.

—Antes una última cosa.

—Pero ¿no eran dos?

—¿No te habrás creído que podrías llegar a mi casa y exigirme y amenazarme así por las buenas, no? Esto no te va a salir gratis. Sí, tenemos un principio de acuerdo. El niño está vivo y sano. Y lo vais a tener cerca para darle muchos besos.

—¿Cuándo?

—Eso depende de vosotras.

—Explícate —dijo Marina.

Poir sonrió. Se acercó, de nuevo a la mesa donde estaban las bebidas. Dejó el arma. Sacó un cigarro liado de una pitillera. Y tomó un mechero zippo, completamente bañado en oro, con el que encendió el cigarro. Se quedó mirando a la llama del mechero, a través de la cual observaba a las dos mujeres.



—¡Fuego!

El bosque estaba en llamas.

El Paseo de Los pinsapos ardía de forma irremediable. Un mural ilustrado con un poema de Federico García-Lorca se derretía por las altísimas temperaturas. Cientos de árboles centenarios no volverían a hacer la fotosíntesis.

Marina e Irene esperaban, nerviosas, en el centro de un claro al que llegaron a través de una pista forestal. La noche había caído. Irene lloraba, Marina también. En su bolsillo aún estaba el zippo que le había regalado el Belga, no el chapado en oro, sino otro de su colección personal, con menos valor. Le olían las manos a gasolina. A Irene también.

El precio de la vida de Pablo valía la vida de un bosque entero. Marina no se lo perdonaría nunca. A ninguno de los dos. Irene pensaba que el fin justificaba los medios. Si tenía que arder la tierra para recuperar a su hijo, la incendiaría una y mil veces.

—Vendrán, ¿no? —preguntó la madre.

—Allí están.

Los faros de un coche se divisaron a lo lejos. El resplandor de las llamas mostraba el reguero de polvo que dejaba a su espalda. En menos de un minuto, el Range Rover de Emmanuelle estaba junto a ellas. Del asiento trasero, y de la mano de Igor, se bajó un niño de ocho años en camiseta de tirantes y calzoncillos.

Irene corrió a su encuentro. El gorila aún lo sujetaba del brazo. Emmanuelle le dio la orden de soltarlo. Pablo corrió hasta su madre y se abrazaron con más fuerza que las llamas devorando el bosque.

—¡*Salir* por esa otra pista, es más segura! —gritó Emmanuelle.

Antes de largarse, dedicó una mirada a la agente, como si la invitara a subirse al todoterreno con él. Duró unos escasos segundos, porque Marina no le correspondió.

Marina estaba en otras: apremió a madre e hijo a subirse al Citroën. Se montaron y se largaron haciendo ruedas. Si llegaban los bomberos o el Seprona podrían meterse en líos. La gasolina nunca miente en caso de un incendio provocado.

La policía observó por el retrovisor los besos y abrazos que Irene daba a Pablo. El niño protestaba, y juraba que estaba bien. Que tan solo le habían sacado sangre y tapado los ojos un par de veces.

El retrovisor también mostraba el fuego. Aquel bosque no olvidaría lo ocurrido en cientos de años.

Marina Caracuel tampoco.

Las noticias no aseguraron que el incendio hubiera sido provocado.

Marina lloró durante semanas el ultraje cometido sobre la naturaleza, sobre su sierra. Aunque ella era más de la Sierra de las Nieves que de Sierra Bermeja, la había visitado en más de una ocasión y en más de dos.

La comprensión y el agradecimiento de Mario le ayudó a superarlo. Sobre todo porque aquello era algo de lo que no deberían hablar jamás.

Mario fue puesto en libertad dos días después ante la ausencia de pruebas y, sobre todo, la aparición del niño. Irene juró —y cometió perjurio— que le habían entregado a Pablo después de que alguien le enviara un email para citarla en el Lago de las Tortugas. Declaró que recibió dicho email poco antes o poco después de ir a visitar a Mario en el calabozo de la nacional. Y que el móvil se le olvidó, pertinentemente, y por los nervios, en el taxi al que le pidió que la llevara a esa zona de Marbella.

Marina fue quien le había enviado ese email desde un locutorio y desde una cuenta de reciente creación; y quién la recogió cerca del Lago de las Tortugas. Ante la pregunta de cómo sabían su correo electrónico, Irene aseguró que cuando estuvieron en su casa para llevar a Rasha y Amin, un tipo con gorra y gafas de sol le pidió el móvil y lo examinó a fondo. Y en eso no mintió.

No pudieron probar nada contra ella y, además, no quiso denunciar a nadie. Pidió que no se investigara más, debido a las amenazas que recibió en la entrega. Ante la pregunta de qué había hecho para que le devolvieran al niño, solo dijo que no lo sabía.

Rasha también fue interrogada hasta la extenuación, y no soltó prenda. La mujer quedó bajo la custodia de los servicios sociales con unas malas perspectivas de futuro para ella y su hijo.

Ávila se desesperó ante la falta de colaboración de las dos mujeres, aunque también entendió el trauma vivido. Se encargó de que mantuvieran las líneas de la familia Lima-Gálvez intervenidas durante al menos un mes más. Cuando investigaron a fondo el teléfono móvil de Mario, descubrieron que había sido infectado por un troyano. Y ese troyano contagió también al sistema informático de

Villegas y Familia. A pesar de ello, no averiguaron la fuente de la infección, con lo que Secuestros y Extorsiones llegó a una calle sin salida.

El inspector retornó a Madrid con un aire de derrota del que no lograba reponerse desde el año anterior, cuando raptaron y asesinaron a uno de los empresarios más poderosos del país. Marina habló con él y le preguntó qué había que hacer para llegar a la sección de Secuestros y Extorsiones, y lo único que él le dijo fue que lo primero de todo era entrar en la Policía Nacional, a ser posible en la escala ejecutiva. Pese a la broma de mal gusto, le dio su tarjeta personal, «por si acaso».

La agente de la policía municipal fue expedientada y apartada de su puesto de trabajo durante seis meses. Ella aprovechó ese tiempo para estudiar y para ponerse más en forma aún. Citó un día a Néstor en un bar. Aunque su compañero aceptó la invitación con recelo, acabaron tomando más cervezas de la cuenta y casi llegaron a algo más. Marina lo detuvo en sus intenciones; eso sí, le informó sobre Alterio. Por si podía usar su influencia con el Mayor Muros para que, a su vez, este usara sus contactos en la Nacional de cara a una posible investigación.

Néstor, firme defensor de la honradez policial, se lo tomó muy en serio. ¿Consecuencia? Enfrentamiento personal con el inspector Alterio, que resultó estar más limpio que una patena. Marina llegó a la conclusión de que Alterio tan solo era un policía mediocre y se encargó de informar de esto a Mario por Whatsapp.

El abogado pidió disculpas por la infección del virus informático en su empresa. Su jefe le dijo que no pasaba nada, que lo importante era que su hijo estuviera sano y salvo. Le ofreció ser socio del bufete. Al Mario de antes del secuestro de Pablo se le hubieran iluminado los ojos con el símbolo del dólar; el nuevo Mario le dio las gracias y presentó su dimisión.

Vendió el todoterreno, con ese dinero y con unos ahorros que tenía se montó un pequeño despacho dirigido por él mismo, especializado en demandas de divorcio. Podría decirse que su mujer —exmujer—fue su primer cliente. Parte de ese dinero también lo invirtió en convertir el garaje de su chalet en un pequeño apartamento. Eso era algo que se hacía mucho en su barrio y que luego alquilaban por más de seiscientos euros al mes. El motivo para no largarse lejos de Irene fue Pablo. No quería alejarse de él, y el niño tan solo tenía que bajar o subir las escaleras para estar con uno u otro

progenitor, que no habían estipulado un régimen de visitas ni custodia compartida: el niño dormía, jugaba y hacía los deberes en las dos casas indistintamente según le apeteciera y fuera compatible con los horarios laborales de sus padres.

Mario borró todos sus perfiles en redes sociales, incluso en las profesionales. Borró todas sus cuentas de email, dio de baja su línea telefónica antigua y contrató una nueva. Desde una cuenta de email que creó exprofeso para ello, escribió a Tomás Buendía y le dijo que saludara a Morales de su parte y que le pidiera disculpas por no defenderlo. Quería alejarse de todo lo que había rodeado el secuestro. Buendía le contestó diciendo que le debía un favor muy grande y que ahora o en el futuro se lo tendría que devolver, que no había actuado de forma honesta, y que por ello un criminal como el Belga seguiría en libertad a pesar de haber quemado la sierra. Mario le contestó y le pidió que no volviera a amenazarle porque iniciaría acciones legales contra él, que no tenía pruebas y que se podría meter en una batalla judicial de la que no sabría salir. Acto seguido, bloqueó el email de Buendía y borró la cuenta de correo.

En las labores de apagado del megaincendio de Sierra Bermeja, que se prolongaron durante más de quince días, dos bomberos resultaron heridos de gravedad y casi fallecieron. El terreno fue recalificado en un treinta por ciento como urbanizable y el setenta por ciento restante debería ser repoblado por la empresa que consiguiera el proyecto. Cómo no, la empresa adjudicataria fue una empresa ligada a Frederick Poir por medio de un testaferro. Mario llegó a pensar que el ucraniano estaba detrás de ello, aunque no pudo probarlo ni ganas que tenía de investigar. Esa sería una espina con la que tanto él como su compañera de fatigas tendrían que lidiar el resto de su vida.

Después de aquello solo se vieron una vez, y fue para que Marina conociera mejor a Pablo. En el trayecto de Sierra Bermeja a la casa familiar, solo le pudo ver unos segundos por el retrovisor. Esa cita fue un encuentro aséptico, en el que la agente le explicó al niño algunos aspectos de su labor policial y se despidieron con un escueto: «hasta otra».

Entre abogado y policía había una especie de código de honor que les tenía vetado llegar a ser algo más. En realidad no eran ni amigos. Como si la experiencia vivida les hubiera traumatizado tanto que alejarse el uno del otro era lo mejor para su salud mental y para su paz.

Tras ese encuentro, al que también acudió Irene, no volvieron a contactar hasta justo dos años después: el día grande de la feria de Marbella.

La feria de Marbella se convirtió en un evento en el que Mario se marchaba de la localidad. Eso hizo, al menos, el primer aniversario del rapto de Pablo. Se fueron los tres, a pesar de la separación, cinco días a Disneyland Paris. Pablo, obvio, no puso ninguna queja.

En el segundo aniversario la cosa estaba más relajada, al menos para Irene, que fue la que se encargó de llevar al niño a montarse en las atracciones y comerse una patata asada.

Mario aprovechó ese día para concertar una de las reuniones más importantes de su vida.

—Buenos días, señor Morales —dijo, y le ofreció la mano al amago de activista climático que acababa de entrar en su modesto despacho.

Morales no le correspondió el saludo y Mario tuvo que retirarlo como lo hiciera en su momento Pedro Sánchez con Mariano Rajoy en la famosa especie de «cobra».

Morales observaba el espartano despacho con dos estanterías, una mesa de escritorio, y dos asientos de polipiel para los clientes. No había ni recepcionista en la entrada. Quizá por la hora o quizá porque era día festivo en Marbella, aunque eso no lo supiera Morales. Prefirió pensar que al abogado no le iba bien en su nueva aventura profesional.

—¿Por qué estoy aquí?

—¿Quiere tomar algo? ¿Un café? También tengo vino, que estamos en feria —Morales hizo un gesto de negación con la mano—. Bien, lo primero que quiero es expresarle mi alegría porque ya sea un hombre libre.

—Corta el rollo, picapleitos.

Mario sonrió.

—Esa expresión está un poco anticuada, pero vale. Vamos a dejarnos de formalismos. Y vamos a ir al turrón, como decía mi padre.

Morales asintió y colocó las manos sobre los apoyabrazos de la silla. Como si quisiera coger impulso para saltar como un leopardo

sobre el abogado. Por un momento, los dos hombres permanecieron quietos, con las miradas fijas el uno en el otro, sin querer apartarlas, como si el primero en hacerlo perdiera.

Mario tomó el móvil y tecleó algo. Permaneció así unos segundos, y se lo enseñó a su invitado.

—¿Qué es eso? —preguntó Morales.

—Cógelo y amplíalo bien si no te has traido las gafas de cerca.

Morales resopló, sacó las gafas de un bolsillo y tomó el móvil de Mario. Examinó la imagen que le estaba mostrando y miró por encima de las lentes al abogado.

—Esto es simplemente el email que Tomás le envió hace dos años.

—¿Simplemente? —Mario dio un golpe sobre la mesa que desconcertó a Morales— . ¡Simplemente! —Dio un segundo golpe, lo que puso en alerta al expresidiario, que se levantó—. ¡Siéntate!

—¿Qué quieres?

—Mirarte a los ojos y decirte que tú no eres un ecologista ni conservacionista ni una mierda. Eres un cobarde que usa a las personas de la misma forma que el Belga.

—¿De la misma forma?

—O peor. Porque te aprovechaste de mi buena fe.

—No sé qué coño estás diciendo, yo me marcho que tengo mucho que hacer, que acabo de salir de la cárcel y como sigas así voy a volver pronto.

La amenaza de Morales no amedrentó a Mario. Algo había cambiado en el abogado, y aquel tipo, lejos de darle miedo, le empoderaba.

—Yo sé que tú sabes, Luis —dijo Mario —. Chiclana.

La expresión causó el efecto deseado en Morales. Esa expresión similar a la que había pronunciado Frederick Poir a Marina dos años atrás. Mencionar Chiclana ayudó mucho. Marina le había relatado todo lo que confesó el Belga sobre Morales. La causa, justa, de Luis Morales y Tomás Buendía se había convertido más que en una lucha por salvar los bosques andaluces del urbanismo salvaje, en una lucha

personal, en una venganza. Frederick Poir estaba convencido de que la urbanización que construyó sobre terreno quemado en Chiclana, de donde era originario Morales, le afectó de alguna forma más allá de la causa ecologista.

—¿Chiclana? No tienes ni puta idea.

—No, no la tengo, ni me interesa. No sé si buscabas meter a Poir en el talego por sus delitos contra la naturaleza, o porque te jodió en el pasado, o por si se folló a tu novio —los ojos de Morales parecían que iban a explotar—, el caso es que me vendiste, hijo de… Me vendiste a mí y a mi familia.

—No tienes pruebas.

—Amissa pulchritudo —dijo Mario. Morales calló—. No me hagas conseguirlas, Morales, porque entonces… —Mario se reprimió. La referencia a la clave para acceder al ucraniano fue el golpe definitivo. Gálvez, sin tener pruebas, aunque sí certezas, daba por hecho que había una conexión entre Morales y Frederick Poir con el ucraniano. El hecho de que Mario tuviera acceso a Verigo, le convirtió en blanco fácil para Morales—. ¿Me lo vas a contar o vas a seguir con la comedia?

Morales dudó. Se levantó incluso. Antes de llegar a la puerta se dio la vuelta. Se sentó. Lo confesó todo: Morales sabía que Gálvez tenía acceso al ucraniano, lo supo gracias a Buendía, que era un abogado retirado que vertía todas sus energías en ayudarlo, ya que se había enamorado de él y, por ello, se embarcó en su cruzada ecologista con los ojos cerrados. Buendía siguió al dedillo el juicio contra Berbatov y la carrera meteórica de Gálvez. Gracias a unos contactos que Tomás tenía en el puerto de Algeciras, llegó a saber la existencia de un tipo que era un mago de las finanzas de la gente con dinero. Y de alguna forma, el Belga tenía que estar en la órbita del ucraniano. Morales, por su parte, conocía a mucha gente del entorno de Poir que había salido de su influencia, bien con los pies por delante, bien desaparecidos, bien en el talego. Después de entrevistarse y amenazar, con la ayuda de Buendía y su hermano, a varios de ellos, llegó al nombre de Arturo Moreno, el traficante de poca monta que acabó en el entorno de Poir un día de suerte para él. Le invitaron a una de sus fiestas, consiguió las imágenes más sucias que pudo, y traficó con ellas. Se jugó mucho el cuello, y por eso se las vendió al ucraniano por mucho dinero, dinero que Arturo tenía bien guardado. Lo que no supo fue que el ucraniano informó a la policía para que lo metieran en el talego. En parte lo hizo para protegerse a sí

mismo, en parte para proteger al propio chivato. Si el Belga descubría en algún momento esas imágenes, Arturo acabaría muy mal. Y Luka Verigo quería esa información porque él quería todo de todo el que mereciera la pena tenerla. Y el Belga era un gran objetivo en la zona.

Mario desconocía esto, había supuesto que el archivo de audio, y los documentos que probaban los negocios sucios de Poir los había conseguido el ucraniano por otro medio, otro medio que a él no le interesaba investigar. Cuando lo escuchó de boca de Morales, alucinó. Aunque a Mario solo le interesaba Luis Morales, quien, por su parte, se encargó de delinquir en la provincia de Málaga para acabar con sus huesos en Alhaurín. ¿Por qué? Porque averiguó que a Arturo lo habían metido allí. Una vez en el talego, sobornó a una funcionaria de prisiones para que los pusiera juntos. Se lo cameló, y en una de las múltiples noches de sexo y confidencias, le contó que él estaba en chirona por culpa del Belga. Arturo, al principio, receló, pero el roce hace el cariño y acabó confesando que él tenía esa información sensible de Poir. Él mismo la había conseguido en su época de esplendor, cuando llegaron a invitarlo a la mansión de Poir donde grabó unas imágenes y consiguió una información que pretendía convertir en su seguro de vida o de jubilación.

Cuando llegó el peor momento de toda la confesión de Morales, Mario se echó a temblar.

Era el momento de confesar y Morales dudó. Mucho. Pero al final disparó.

—Sí, Buendía envió una información anónima a Poir en la que avisaba que yo había contactado contigo en relación a una información que tenía sobre él. Por lo que me contó Tomás, el Belga hackeó tu móvil y llegó a la misma conclusión que mi socio: que tú eras el único que podría contactar con Verigo. Poir no tenía acceso al ucraniano. De haberlo tenido su procedimiento, quizá, no habría sido secuestrar a un niño de ocho años, sino desprender al tipo por un barranco o un puente.

—Solo me lo tenías que haber documentado y hubiera accedido a esa información, y ahora el Belga estaría en el talego, o muerto, y tú no te habrías chupado dos años a la sombra.

—¿Hubieras accedido a mi petición? ¿El abogado del momento? ¿Hubieras incumplido la ley? Porque acceder a esa información no podrías haberlo hecho bajo supervisión judicial ni policial…

—¡Me pidieron que me suicidara a cambio de salvar a mi hijo! ¡Me quisieron hacer pasar por un pederasta adicto a los antidepresivos! Hubiera manchado mi memoria para siempre, y lo que es peor, mi hijo lo hubiera descubierto con el tiempo. ¡¿Te haces una idea de lo que eso significa?! No duermo más de cuatro horas seguidas…

—Yo eso no lo podía saber, pensaba que te pedirían la información a cambio de devolverte a tu hijo o a tu mujer si la hubieran secuestrado a ella.

—Claro, y entonces Tomás me la habría robado —sentenció Mario.

—Te hubieran ayudado a recuperar primero a tu hijo. Y ya después…

—Sus intenciones cuando se presentó con su hermano el navajero no eran esas.

—Porque tú no les llamaste.

—Claro, claro… —dijo Mario. Morales se dejó caer sobre el

asiento. Mario también. Después de unos segundos, el abogado sentenció—: Gracias.

Morales no entendió el agradecimiento. Mario no se lo iba a explicar, tan solo tenía esa necesidad de saber. Esa incertidumbre le carcomía. Marina, en cambio, carecía de esa desazón, ella estaba convencida de que la confesión del Belga era verdad. Que Morales les había filtrado el email que Buendía había mandado a Mario. El Belga se lo enseñó. Morales y Buendía habían vendido a Gálvez.

El abogado tecleó algo en el móvil. Cuando Morales se disponía a marcharse, alguien entró en el despacho. Una mujer con un velo en la cabeza y un chiquillo de una edad parecida a la de Pablo saludaron a Mario.

—Te presento a Rasha y a Amin —Morales levantó las cejas, no entendía nada— Me ha dicho un pajarito que has abierto un vivero en Estepona junto con Tomás, que vendió el bar de su hermano cuando falleció el año pasado.

—¿Qué ocurre?

—Que sé que necesitas personal. Rasha tiene unas manos de oro. Mira —Mario se sujetó la camisa que llevaba—. Esto lo ha cosido Rasha, es de lino orgánico.

Morales entendió. Movió la cabeza hacia arriba y hacia abajo. Se levantó y le entregó una tarjeta a la mujer. Le pidió que le llamara al día siguiente. Ella se lo agradeció con aspavientos y él se marchó sin decir nada. Antes de que abandonara el despacho, Mario intentó detenerlo.

—Morales. Gracias por segunda vez.

Morales ya había abandonado el local cuando escuchó a su espalda las palabras del abogado. Salió a la calle y allí se encontró con otro rostro conocido: el de una oficial de policía.

Marina Caracuel, oficial de policía después de haber aprobado las oposiciones con la nota más alta de la promoción, y Mario Gálvez, abogado experto en divorcios, masticaban sentados sobre el capó del utilitario coreano de la mujer. En el equipo de música del coche sonaba la canción Virtud y castigo, de, cómo no, los Arde Bogotá.

«Tus vestidos,

guardan momentos de las noches que pasamos prohibidos».

—Mira qué bonito —dijo ella.

—¿La canción?

—Anda ya, mira…

El sol se ponía por la montaña. Era bello; aunque no se sumergiera en el mar, la puesta de sol malagueña no tenía nada que envidiar a la gaditana, pensó la policía.

—Bonito es lo que te estás comiendo —repuso él—. Y está cojonudo.

Ambos rieron.

Habían recorrido unos treinta kilómetros desde el despacho de Mario en Marbella. Estaban en Sierra Bermeja. Aparcados en una curva con espacio para un coche desde donde cenaban un bocadillo campero de pollo y atún; y contemplaban la puesta de sol. Cuando terminaron, la policía se tumbó sobre el capó con la esperanza de que el abogado la imitara. Mario seguía contemplando el mar, aunque poco a poco se dejó caer sobre la chapa metálica del coche.

«Invertimos,

tanto tiempo en repelernos y en hacer enemigos…»

Sus brazos estaban rozándose, y las manos muy cerca una de la otra, sin llegar a tocarse a pesar de los esfuerzos de Marina por dar de sí su dedo meñique.

—¿Estás mejor, no, abogado?

—Mucho mejor, agente.

—Oficial.

—Eso.

«…que sufrimos,

de tener este romance por virtud y castigo».

Marina giró la cabeza y analizó el perfil de Mario: flequillo rebelde, nariz recta, y labios tamaño medio. Él no se inmutó y siguió con sus ojos fijos en el cielo, que comenzaba a mostrar las primeras estrellas. Ella no tenía prisa. Había esperado dos años y podía esperar más tiempo. No estaba enamorada, tan solo era interés. Al menos eso se decía a sí misma. Era un hombre con el que podía estar a solas sin hablar. Eso lo aprendieron en su aventura en común. Él sentía algo parecido. No había estado con ninguna mujer en esos dos años. La oficial le gustaba, aunque seguía encontrando una barrera en su interior que achacaba a la experiencia traumática. Además, Pablo le retenía. No sabía cómo enfocar una relación con otra mujer y el hecho de tener que presentársela en algún momento a su hijo. Irene había cambiado también en ese aspecto. Al parecer le puso las cosas claras a Raúl y no se habían vuelto a ver. Mario, que pensó en denunciar a Solana ante Villegas por sus escapadas sexuales, decidió desistir. Decidió que ese mediocre le daría igual. Su compromiso era con su hijo.

—¿Vamos entonces? —preguntó la policía al cabo de media hora, cuando la noche había caído del todo.

—Vamos.

En el momento de incorporarse, ella se resbaló y él la sujetó por el brazo. Después se resbaló él y los dos cayeron al suelo. Entre risas y protestas se levantaron.

—Anda que vaya dos vándalos de pacotilla —dijo él.

—Tú espera que lleguemos al sitio.

Apagaron la música y se pusieron a caminar. Lo hicieron por tres kilómetros. Había que protegerse de las posibles cámaras de seguridad. Llegaron al sitio con mucho esfuerzo por la carga que llevaban. Se detuvieron junto al letrero. Iban a cometer un nuevo delito. El primero en dos años.

—¿Qué color te pides? —preguntó ella.

—El negro, obvio. ¿Y tú?

—El rojo, obvio —respondió y le sonrió. Se aguantaron las miradas. Él le tocó la cara, a ella le bastó ese leve contacto del abogado.

Al día siguiente, el letrero de la urbanizacíón Belleza Andaluza, edificada sobre los restos quemados y recalificados de Sierra Bermeja, apareció vandalizado. Junto al letrero había un mechero zippo. Ya no se leía el nombre original de la urbanización. Había dos cambios. Debajo una pintada, en negro, rezaba:

«Amissa pulchritudo»

En el nombre de la urbanización estaba tachada la palabra «andaluza» y había otra pintada:

«Belleza Perdida».

Detrás del letrero, una grúa, una excavadora y una caseta de obra de la urbanización a medio construir sobre terreno natural quemado eran pasto de las llamas.

Table of Contents